DOSSIER

NAM

TESTIMONIOS

VOCES DEL VIETNAM

UNA SERIE DE ANGUSTIOSOS RELATOS SOBRE LA GUERRA A CARGO DE HOMBRES QUE LUCHARON EN ELLA, POR MARK BAKER.

1

PLANETA-AGOSTINI

MARK BAKER

VOCES DEL VIETNAM

Introducción 2

Capítulo 1 5
Iniciación
No preguntes...
Bautismo de fuego

Capítulo 2 19
Operaciones
Soldados
Artes marciales

Capítulo 3 39
Historias de guerra
Vencedores
Víctimas

Capítulo 4 55
El Mundo
El regreso
Bajas

J. HILLELSON AGENCY

Introducción del Editor

Esta obra no es una historia de la guerra. Lo que Mark Baker ha hecho, a través de una serie de entrevistas, es componer un retrato de la guerra conforme la vio el soldado norteamericano corriente. Muchas de sus fuentes se mostraron muy reacias a hablar en un principio y a menudo fueron precisas varias horas de pacientes tentativas —y varias botellas de whisky— antes de lograr que los veteranos entrevistados revelaran los detalles de sus experiencias, tan profundas fueron las heridas. Y así se gestó *Nam*, el primer libro que obligó a los Estados Unidos de América a enfrentarse a su alma pródiga.

A diferencia de otros testimonios bélicos contemporáneos, el *Nam* de Mark Baker permite al lector la experiencia de convertirse en un soldado corriente enviado a un país lejano a luchar en una guerra que no puede ganar. El equipo editor de **TESTIMONIOS NAM** ha escogido este libro para iniciar la nueva serie porque proporciona al lector el más completo relato de lo que supuso combatir en la guerra más sangrienta de las que ha librado Norteamérica. El libro refleja las acciones, y la tragedia, de la ciencia militar moderna, y escudriña las zonas más sombrías del alma del soldado norteamericano, empujado a situaciones límite para las que no estaba entrenado ni preparado. Ninguno salió incólume.

Fue una guerra en la que no hubo supervivientes, sino solamente veteranos. Muchos habían visto y hecho cosas que nunca habrían podido imaginar en una vida corriente. Pero lo peor fue que muchos comenzaron a dudar de la justicia de su causa. Cuando regresaron, los "palomas" los esquivaban por ser asesinos de niños, y los "halcones", por haber perdido la guerra.

Escrito con las palabras de los hombres y las mujeres que combatieron allí, *Nam* nos ofrece un conmovedor relato de la desilusión de una generación y de los horrores de la guerra. Los testimonios y fotografías que componen la obra abarcan desde la brutal entrada de Estados Unidos en una guerra en que la fuerza bruta de la tecnología chocó contra la infinita paciencia de la mentalidad oriental hasta el final del conflicto, sin que en ningún momento pierda interés. *Nam* es lo que fue Vietnam.

INTRODUCCION

¿Quieren oír una historia de guerra ver-da-de-ra? Yo solamente puedo comprender Vietnam como si fuera una historia, no como algo que me ocurrió a mí.

"Si el tipo muere, no se me puede achacar nada. Le pongo la etiqueta, lo registro y lo meto en la bolsa", pensó el doctor. "He visto demasiada mierda y no puedo perder el sueño por él. No puedo." El "doctor" no lo era realmente. En Vietnam, los soldados llamaban "doctor" a todos los sanitarios, salvo en combate, cuando al caer los heridos gritaban "¡Un médico!"

Volvió a mirar la carta de los padres de un muchacho que había pertenecido a su unidad. "Querido doctor", decía, "nuestro hijo le mencionaba con frecuencia en sus cartas, contándonos las maravillas que hacía por los muchachos de la compañía. Díganos, si es posible, cómo murió nuestro hijo." Su hijo les había sido devuelto en un ataúd hermético.

"Santo Dios!", suspiró el doctor, "¿qué voy a contestarles? No voy a decirles que había desayunado 'judías e hijas de puta' frías, mientras unos compañeros se metían con él llamándole pimpollo, y después había salido y había reventado en cincuenta millones de pedazos... y, sin embargo, eso es lo que ocurrió."

Yendo con el pelotón en una patrulla de rutina, hizo estallar una mina terrestre que contenía unos 60 kg de explosivos, según estimaciones posteriores. El cráter que dejó era del tamaño de un dormitorio en zona residencial. Le arrancó un brazo y las dos piernas, y le destrozó parte del cráneo.

Con él murieron otros seis hombres. Morir era algo corriente en Vietnam. Miles de ataúdes herméticos fueron enterrados en apacibles cementerios de Norteamérica mientras duró la intervención de Estados Unidos en la guerra del Sudeste asiático. Durante más de diez años descansaron en paz, prácticamente olvidados.

Recientemente, los periodistas, productores cinematográficos, diplomáticos y políticos han decidido contar a los norteamericanos cómo y por qué murió aquel muchacho. El relato se ha centrado, en su mayor parte, en el silencio del ataúd hermético; pero, según va avanzando, o bien ignora la personalidad individual del muchacho que está en la caja, o bien se aprovecha del misterio que contiene el féretro, elevando su sangre y sus huesos al mítico reino del heroísmo, la maldad o el desenfrenado rock'n'roll.

En el relato se echa algo en falta, algo personal y tangible. La guerra es tratada como si fuera un acontecimiento borroso de un pasado lejano del que no existieran recuerdos entre los vivos. Nadie se ha molestado en hablar con los hombres y las mujeres que estuvieron en Vietnam combatiendo.

¿Qué ocurrió en Vietnam? ¿Cómo era? ¿A qué olía? ¿Cómo te fue? Los veteranos de Vietnam conocen de primera mano las cifras, el heroísmo, la maldad y la locura. Son los únicos capacitados para mirar dentro del ataúd e identificar el cuerpo como lo que es: el cadáver de un muchacho muerto en una guerra, y que tenía nombre, personalidad y su historia particular.

Algunos de los que vivieron la guerra contarán en las páginas siguientes lo que les ocurrió. Hasta ahora, la mayoría de ellos se ha mantenido tan silenciosa sobre sus experiencias y ha pasado tan inadvertida para la sociedad como sus hermanos muertos. Son hombres que miran con recelo a los extraños y responden cautelosamente.

"Hay que tener siempre en marcha el detector de embusteros", según palabras de un veterano. A partir de un puñado de contactos, fui de entrevista en entrevista con un pasaporte verbal de recomendaciones personales. "Sí, ése está bien. Vaya a ver si quiere hablar."

Mis entrevistados deseaban saber qué hacía yo mientras ellos estaban en Vietnam. Les dije que era un estudiante universitario que participaba ocasionalmente en las protestas contra la guerra, porque, aunque mis convicciones fueran bastantes sinceras, no estaba dispuesto a que la dedicación a "El Movimiento" me hiciera perder la maravillosa y privilegiada prórroga militar de que disfrutaba. Imagino que era lo típico entre los estudiantes universitarios de aquella época. Me resulta mucho más gratificador rememorar las manifestaciones del movimiento pacifista y el cálido sentimiento de comunión tribal hoy desaparecido, pero mi propósito es separar los hechos tanto de las presiones sociales como de los motivos personales.

Les dije a los veteranos que no tenía intención de elaborar un documento político cebándome en condenas y culpabilidades, y que tampoco estaba interesado en ensalzar la guerra y el papel que jugaron los soldados. Deseaba simplemente recopilar cuanto pudieran recordar del cruce de sus vidas con la guerra de Vietnam y las consecuencias de esa experiencia.

Aunque los abordaba con respeto y franqueza, algunos de ellos no me dijeron nada, cancelando en el último minuto una

cita tras otra. Pero la mayoría de los hombres y las mujeres a los que entrevisté dejaron que sacara a la luz con mis preguntas partes escondidas de sus vidas, con un doble sentimiento de obligación y alivio. Parecían sentirse obligados a relatar sus historias con claridad y precisión en consideración a sus amigos muertos, los ideales perdidos y un sentido personal de la dignidad y la sinceridad. Una vez que ganaba su confianza, las palabras irrumpían como prisioneros liberados de celdas de aislamiento. Para algunos pocos supuso un alivio echar fuera el veneno que les había empozoñado las heridas.

No se trata de personas extraordinarias, excepto por el hecho de que sobrevivieron a Vietnam y continúan sobreviviendo. En más de una ocasión, alguno de los entrevistados me pidió que mencionara expresamente que tenía un buen trabajo y se ganaba la vida honradamente: por la noche volvía a casa con la mujer y los niños, a veces después de tomar un par de cervezas en el bar; y el tiempo libre lo dedicaba a ver un partido de béisbol o a limpiar el coche... y no a subirse a un campanario con un fusil automático para disparar sobre ciudadanos inocentes.

Sin embargo, también hablé con individuos que sabían de dónde venía ese impulso de subir a la torre. Encontré personas que parece que no puedan asentarse en ningún lugar, que no son capaces de amar a sus semejantes, que se encuentran atenazados por la amargura, que han intentado suicidarse. Cubiertos de cicatrices físicas y mentales, la experiencia de Vietnam les ha destrozado la vida para siempre; pero ello no les hace anormales, sino únicamente tan frágiles como otros seres humanos.

Debido a su componente personal, a estas narraciones se las denomina corrientemente "cuentos de guerra". No puede negarse que en ellas haya generalizaciones, exageraciones, fanfarronadas y —muy probablemente— mentiras completas. Pero, si se contaran en un contexto religioso, se hablaría de "dar testimonio".

En muchos aspectos estos relatos sobre el Vietnam son tan viejos como la guerra misma. No lo vimos todo en televisión. El estallido del napalm parpadeando en la pantalla en tecnicolor, mientras Walter recitaba las bajas del día como una macabra bendición de la cena, poco tiene que ver con el sofocante hedor de un ser humano abrasado. Nuestra sociedad ennoblece la guerra por medio de la aventura romántica y la propaganda grandilocuente, hasta hacerla lo bastante elegante para convivir con ella. Pero, como los veteranos del Vietnam vivieron *en* ella, su relato es tan crudo y repulsivo como una herida abierta.

La muerte y la brutalidad recorren estas páginas como el pesado tic-tac de un reloj que resuena por toda la casa en una noche de insomnio. Pero es el dolor del espíritu la pesadilla que mantiene despiertos a los habitantes de la casa. Los sangrientos mecanismos de la muerte nos recuerdan por milésima vez que la guerra es tan infernal como lo ha sido siempre. Y, sin embargo, la sangre y las heridas no son más que un escenario extraordinario en el que hombres y mujeres corrientes representaron su propia vida.

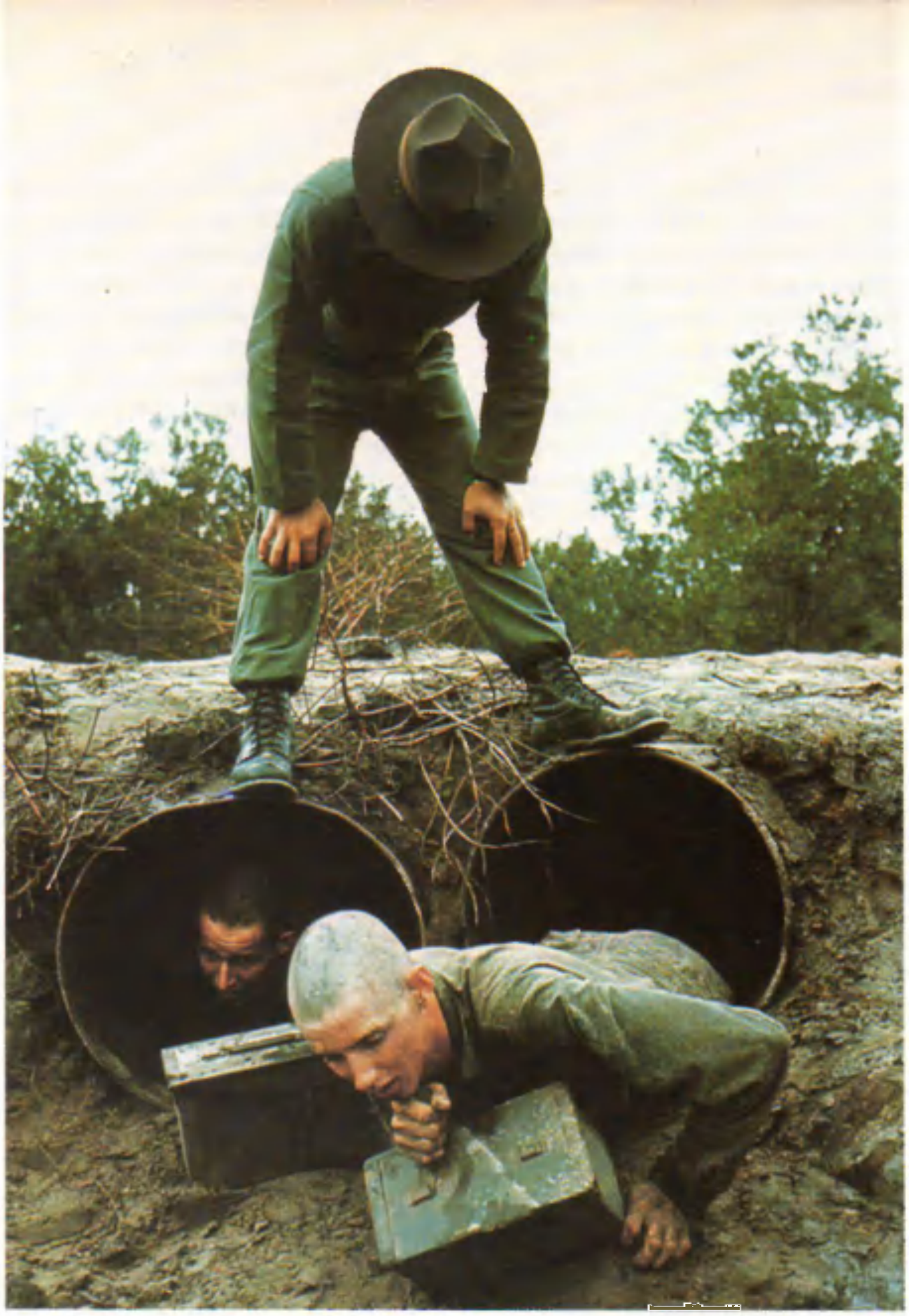
La guerra plantea todas las más difíciles cuestiones filosóficas sobre la vida, la muerte y la moralidad, y exige respuestas inmediatas. Las ideas nacidas del debate intelectual se convierten en asuntos concretos que afectan a la supervivencia misma. En menos de un año, el Vietnam le tomó las medidas al hombre y a la cultura que le llevó allí. La guerra arranca la fina capa de barniz aplicada chapuceramente por las instituciones sociales y muestra al Hombre como realmente es. Por tanto, es preciso que escuchemos atentamente a los hombres y mujeres que fueron a un tiempo las víctimas y los responsables de la guerra, si deseamos aprender algo verdadero acerca de este conflicto concreto, y también acerca del ser humano, de nosotros mismos.

Nam. Esa media palabra es algo más que el nombre de una de las muchas guerras que ha librado Estados Unidos en sus 200 años de historia. Vietnam fue más que ideologías y ejércitos. Esa guerra y sus ramificaciones culturales proporcionaron el ritual para el tránsito a la mayoría de edad a toda una generación de norteamericanos. Pocas esperanzas hay de que hagamos muchos progresos como individuos o como nación, hasta que no nos enfrentemos con la guerra de Vietnam y sus veteranos de una manera más sincera y profunda.

Este libro no es la Verdad sobre Vietnam. Cada cual tiene su pieza del rompecabezas. Pero estos relatos de guerra, repletos de emotividad y despojados de pretensiones y sentimentalismos, pueden acercarnos un poco más a la verdad.

US ARMY

ARRIBA: *Con una copa en el lugar destinado al M16, los infantes de Marina charlan animadamente tras su graduación.*
DERECHA: *Esto no es la guerra, es una carrera distinguida...*



J. HILLELSON AGENCY

Capítulo 1

INICIACION

CAPÍTULO 1 INICIACIÓN

NO PREGUNTES...

En los primeros años de la adolescencia se disfruta quemando aviones de plástico en el patio de casa e ideando horribles torturas para hacérselas a la chica de al lado. Con manos sucias, se diseccIona torpemente insectos, sapos, cangrejos... en parte por curiosidad, en parte por maldad.

La civilización aparece en la escuela superior. El fútbol proporciona la oportunidad de "sal y mátalos" impunemente; en las clases de gimnasia, los chicos abusan de aquellos a los que aún no les sale vello púbico.

En ese momento son Hombres.

¿Qué hace un hombre? Un hombre resiste en solitario ante lo imposible, se enfrenta al jefe apache en singular combate para proteger la marcha de la caravana, toca la guitarra y se lleva a la chica, supera altos edificios de un salto, clava la bandera en Iwo Jima, se lanza sobre una granada para salvar a los compañeros de trinchera, y después se adelanta a recibir un aplauso atronador. La muerte sólo es una amenaza para los animales de compañía y los abuelos.

"En el barrio en que me crié era la única niña de mi edad, así que me pasaba el día jugando con pistolas con los chicos. Imaginaba que en Vietnam podría arreglármelas."

Una cosa es cierta: haga lo que haga, el hombre tiene que abandonar su hogar. Pese a toda su jactancia, un joven de dieciocho años vuelve a ser un niño cuando se asoma por primera vez al exterior desde el borde del alto nido familiar.

En la década de los sesenta, la larga caída desde el nido la proporcionaba en primer lugar la Movilización. Los muchachos eran elegidos por el Sistema de Servicio Selectivo o quedaban registrados bajo su amenaza. Ninguno sabía en realidad a dónde iba y todos ellos sabían poco del lugar de donde procedían.

★ ★ ★

Entré en la Infantería de Marina porque en el Ejército no me querían. Tenía diecisiete años y vivía en el barrio de Brooklyn sin nada que hacer. Sabía que tarde o temprano tenía que ir a juicio por alguna mierda en la que me había metido. En la caja de recluta del Ejército no quisieron ni verme, porque no querían mezclarse en problemas judiciales o con menores de edad. De la Armada y la Aviación, ni hablar: hacían pruebas de inteligencia y yo de eso no tenía.

Aquel enorme infante de Marina me echa una mirada y dice: "Este tío es un gili. No te queremos. Fuera de aquí." Y entonces me subí en una silla y le dije mirándole a la cara: "Háblame ahora de esa maravillosa Infantería de Marina."

"¿Cuántos años tienes?"

"Diecisiete."

"¿Firmará tu madre por ti?"

"No está por aquí."

El soldado me dio diez dólares y dijo: "¿Ves a esa señora que está allí de pie? Dale el dinero y seguro que firmará por ti." Me acerqué a ella y le dije: "Quiero entrar en la Infantería de Marina, ¿firmará por mí?" No hubo ningún problema, debía de hacer aquello como medio de vida.

Ese fin de semana estaba en la Infantería de Marina. Le dejé una nota a mi madre: "Mamá, me voy a Parris Island. Volveré dentro de dos meses." No tenía idea de dónde me estaba metiendo.

★ ★ ★

Por aquel entonces yo estaba en la Escuela de Medicina John Hopkins. Para gastarme una broma, alguien le cortó un dedo al cadáver con el que yo estaba trabajando y lo escondió. Cuando fui a devolver el cadáver, no pude explicar lo del dedo.

Sabía quién lo había hecho, de modo que al día siguiente,

US ARMY

DERECHA: *Formar, numerarse y atender a un instructor que convierte a los jóvenes en máquinas de combate. "Bienvenidos al nuevo orden, muchachos. Yo voy a ser vuestra peor pesadilla."*

mientras él hacía una disección en la pierna, le corté un brazo a su cadáver y se lo birlé. Lo metí en una nevera portátil y fui a dar una vuelta en el coche por la autopista de circunvalación de Baltimore. Al llegar a la cabina de peaje, puse unas monedas en la mano del brazo helado y sacándolo por la ventanilla se lo entregué al empleado.

El asunto llegó al presidente de la escuela, Milton, que era hermano de Dwight Eisenhower, un jodido halcón. Me dijo que me tomara un permiso para que reconsiderara mi compromiso con la Escuela. Me pareció una buena idea y le dije: "Estupendo." Una semana después me llegó el aviso de movilización. Me entregaron directamente al Consejo.

★ ★ ★

Después de terminar los estudios de enfermera quería ir a alguna parte y hacer algo, así que probé en el Ejército. Me garantizaron de buen grado que podría elegir el puesto que deseara si me alistaba. Fabuloso, me iría a Hawaii.

Mientras estaba en la fase de entrenamiento, oí a los que volvían de Nam hablar de lo emocionante que era. Profesionalmente, era la oportunidad de mi vida. Tenía dos hermanos y en el barrio en que me crié era la única niña de mi edad, así que me pasaba el día jugando con pistolas con los chicos. Imaginaba que en Vietnam podría arreglármelas.

★ ★ ★

Aunque me aterrorizaba la idea de ir al Ejército —porque me imaginaba que era la persona menos preparada que conocía para sobrevivir—, había algo atractivo en todo ello. Me encantaba la Segunda Guerra Mundial y las películas de John Wayne. Cuando era niño, una de mis fantasías era estar al mando de un barco de guerra en una gran batalla naval, guardando en

algún lugar del baúl de marino la espada de gala de la Armada del siglo dieciocho que pertenecía a mi tío abuelo Arthur.

Probablemente podría haber tirado de algunos hilos; sin embargo, cuando miro hacia atrás, encuentro curioso que, a pesar de disponer de toda la información, educación y oportunidades que tenía un universitario de clase media para librarme de ello, no hice nada que no fuera ponerme la soga al cuello. Incluso en medio del miedo que me provocó el aviso de movilización, había una parte de mí que fantaseaba por la noche al acostarme preguntándose qué pasaría si fuera.

★ ★ ★

Cuando estaba en la escuela superior, sabía que no iría a la universidad. Era algo fuera de duda, porque el mero hecho de acabar la escuela era un gran esfuerzo para los míos. Mi familia provenía de México. Mi padre era un trabajador que sólo había llegado hasta el tercero de la escuela y murió cuando yo tenía cinco años, por lo que mi madre tuvo que sacarnos adelante ella sola. Tengo dos hermanos y tres hermanas.

Me alisté un par de años después de dejar la escuela superior. Por aquel entonces era joven e ingenuo y tenía la impresión de que alistarse era la cosa más "americana" que se podía hacer.

★ ★ ★

Me crié en una ciudad pequeña. En la escuela era bastante testarudo. Entonces no sabía lo que tenía. Hice algunas chapuzas y conseguí ahorrar para comprarme una guitarra eléctrica y un amplificador, y comencé a tocar en una banda.

Cuando estaba acabando la escuela superior, todos me decían: "¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer?" Como no lo sabía,

J. HILLELSON AGENCY

dije: "Iré a hacer el servicio." Después de acabar, entré en la Infantería de Marina. Tenían fama de ser los mejores y para mí lo fueron: me ayudaron a crecer, porque yo crecí en Vietnam.

★ ★ ★

Cuando empezó la guerra me dijo el viejo: "Vamos, vete. Aprenderás algo, te harás un hombre. Vete."

Mierda, si hubieran tenido que mandar al perrito, habrían llorado más que por mí. Pero se suponía que yo debía ir, porque soy un hombre.

★ ★ ★

El autobús entra en la zona de recepción. Aparece un tipo delgado con un sombrero "Smokey Bear" y aire de matón. Sube al autobús y comienza a disparar órdenes: "Muy bien, vais a

CAPÍTULO 1 INICIACIÓN

IZQUIERDA: *El entrenamiento cuerpo a cuerpo libera la agresividad, pero Vietnam es un mundo diferente.*

agarrar el macuto y bajar del autobús, vais a colocaros sobre las marcas amarillas pintadas en el pavimento..."

Era verdaderamente gracioso, sacado de una película. Un muchacho que estaba al alcance del infante de Marina se echó a reír como todos los demás. "Smokey Bear" se volvió de repente y le dio un manotazo en plena cara que casi le sacó por la ventanilla. La cabeza rebotó en la rejilla del equipaje y el chico volvió tambaleante hacia el pasillo.

Las sonrisas se helaron en las caras. Se me paró el corazón. Nos dimos cuenta de que el tipo no se andaba con chiquitas: "Va a recorrer el autobús dando patadas en el culo", pensamos, y nos lanzamos volando hacia la puerta.

Nos colocamos atropelladamente en las marcas que nos correspondían y "Smokey" nos llevó a unos barracones y nos hizo formar, sin dejar de chillar y gritar; daba verdadero miedo. Nos hacía vaciar el macuto en una mesa y pasaba tirándolo todo. Pero estábamos demasiado asustados para decirle algo.

A mi lado había un puertorriqueño corpulento. "Smokey" le cogió mirándole por el rabillo del ojo y le dijo: "¿Pretendes joderme con la mirada, muchacho? No quiero ver tus cochinos ojos encima de mí. ¿Te parece divertido? Espero que te jodas bien, odio a los soplapollas puertorriqueños."

Con el ojo del cogote "Smokey" ve a un tipo parpadear y de un puñetazo en el pecho le lanza medio metro contra la pared. Me tiemblan las rodillas. ¿Dónde coño me he metido?

★ ★ ★

Con gran rapidez se vuelve a lo primitivo. Inmediatamente los jefes son los más fuertes, los que pueden obligar físicamente a que se les obedezca. Un grupo necesita jefes nada más llegar al Ejército, y el sargento escoge a los tipos más grandes porque sabe que son ellos los que pueden obligar a los demás a hacer cualquier cosa. Todo el mundo comprende la fuerza bruta. Si el nuevo jefe de grupo mide dos metros y pesa cien quilos, no importa lo estúpido que sea, él es el que manda. En el patio la autoridad es el sargento, en el barracón ese tipo enorme es el matón.

Durante mucho tiempo me sentí perdido en aquella refriega donde todo dependía de la fuerza y yo sólo pesaba setenta quilos. Había pocos por debajo de mí en la escala. Fue una verdadera conmoción y en realidad nunca conseguí sobreponerme.

★ ★ ★

"La única manera de salir de esto", me decía a mí mismo, "es hacer las cosas bien y no crear problemas." Pero aunque lo intentaba no podía dejar de meterme en problemas. "¿Qué hacías en la universidad? ¿Te enseñaban a afilar lápices?"

"Siseñor."

"¿Qué quieres decir"

"Noseñor".

"Te gusto, ¿no es verdad?"

"Siseñor."

"Estás loco por mí."

"Noseñor."

"¿No te gusto?"

"Siseñor. Noseñor."

"Muy bien, señoritas. Parecéis bastante mierdas, así que vamos a hacer un poco de entrenamiento básico. Flexiones de piernas. Muchas, muchas, muchas. Comenzad. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos, uno, dos, unodos-unodos-unodos-unodos".

CAPÍTULO 1 INICIACIÓN

"Cuerpo a tierra. Arriba, abajo. Arriba, abajo. De espaldas. Cara al suelo. Arriba, abajo."

"Levantando las rodillas. Listos, ya. Uno, dos. Uno, dos. Unodos-unodos-unodos. Abrir piernas de salto. Listos, ya..."

Después te hacían correr alrededor de los barracones. Cuando estábamos a unos doscientos metros, decían: "Volved a las taquillas. ¡Vamos!" Nos apelotonábamos todos en la puerta y nos abríamos paso a golpes para formar delante de la taquilla.

Y si no era eso, había que ponerse el reglamento del recluta ante los morros y memorizar las once normas elementales. Era una verdadera comedura de coco.

> "Nos dieron un impreso en el que había que decir por qué nos alistábamos en la Infantería de Marina. Yo puse: 'Para matar'."

Uno de los muchachos se bebió una lata de Brasso: le hicieron un lavado de estómago y lo enviaron al psiquiatra. También vi derrumbarse a un par de tipos. Pero cuando se llega al final del proceso, uno se siente el tipo más cojonudo que ha pisado este mundo. Cuando te llaman infante de Marina en la ceremonia de graduación, los ojos se te llenan de lágrimas. Entonces estás completamente adoctrinado.

★ ★ ★

Cuando llegamos al campamento de instrucción nos dieron un impreso en el que había que decir por qué nos alistábamos en la Infantería de Marina. Yo puse: "Para matar." En esencia, eso era lo que quería hacer, aunque no deseaba matar a cualquier bicho viviente, sino únicamente al malo.

En el cine y la televisión salen malos y buenos. Yo deseaba coger al malo. Yo no era un patriota, no me alisté para defender la nación. Claro que amo a este país, pero entonces me importaba un comino. Lo que quería era matar al malo.

En el campamento me sacaron esa maldita idea a golpes. "¿Quién es ese jodido cerdo a quien quieres MATAAAR?" Entonces me cogieron y me mandaron a ver a dos "comecocos". El segundo con el que hablé me hizo toda esa clase de preguntas como: "¿Mataste a alguien cuando eras niño?" Le contesté que tenía una pistola B-B (de aire comprimido) y había matado un par de pájaros. ¿Qué coño pasaba?

Fue una tortura. Uno se alista en el Ejército para defender el país y ¿no significa eso matar en la mayoría de los casos?

Pasé por muchos lugares y acabé en el Centro Naval de Filadelfia. Me pusieron a cuidar zonas recién pintadas. Comencé a rellenar solicitudes para ir a Vietnam y siempre me rechazaban, pero seguí insistiendo en que quería ir al extranjero y al final decidieron dejarme ir.

Pero antes de irme tuve un par de accidentes. Una vez me dieron un navajazo en un cabaret negro y acabé en el Hospital Naval de Filadelfia. El pinchazo atravesó la cavidad torácica y me alcanzó el pulmón. Mientras estaba en el hospital vi a los mutilados que regresaban de Nam, pero ni siquiera eso me echó para atrás. Seguía queriendo ir allá.

★ ★ ★

Cuando regresé del campamento de entrenamiento, mi familia no se entendía conmigo. Mi chica me decía: "¡Oh, Jim! Te encuentro muy patriota. ¿De dónde vienes? Te han dejado sin pelo y sin cerebro." La Infantería de Marina me había hecho creer que aquella guerra era justa. Ella me dijo: "Pero tú antes no eras así."

No podía decir qué había cambiado, pero ninguno de mis amigos me reconocía: "¿Qué es esto? Jim convertido de pronto en un patriota, y yendo a esa guerra 'quién-sabe-para-qué'."

★ ★ ★

ABAJO: *Los infantes de Marina parten de Da Nang hacia su primer contacto con un escenario nuevo y peligroso. Dejan la escuela de gladiadores para salir a la arena de verdad.*

BAUTISMO DE FUEGO

El soldado pasa con rapidez el montón de fotos de sus compañeros de armas. Chicos con pistolas de plástico en poses estúpidas, caricaturas de hombres. Un puñado de alborotadores, borrachos con la primera caja de cervezas, intentan mantener el gesto impasible mientras juegan al póquer con fichas emitidas por el Gobierno. Rostros en los que brilla una sonrisa gordezuela bajo los restos de un bigote ocasionado tal vez al beber un gran vaso de leche de un trago. Uno o dos con pipas de juguete, como colegiales intentando parecer "mayores".

"Eh, mira éste. El del centro es Geezer, mi compañero", dice como si estuviera hojeando un anuario escolar. "Era un tío cojonudo." Inmediatamente se le nubla el rostro al recordar. "Está muerto. Perdió la vida en alguna colina."

La guerra anunciada en la marquesina como una prueba de virilidad a lo John Wayne se convierte en una versión distorsionada de Peter Pan. Vietnam fue un brutal País de Nuncajamás, fuera del tiempo y el espacio, donde los niños no tenían que crecer. Se hicieron viejos antes de tiempo.

US ARMY

★ ★ ★

Acababa de cumplir 18 años. Curiosamente, en el barco había un montón de tipos que todavía tenían 17, pero cumplieron 18 mientras cruzábamos el océano, salvo cuatro o cinco, a los que se les hizo esperar en el barco sin bajar a tierra hasta el día de su cumpleaños.

> "Era como estar sentenciado a muerte. Habíamos ido a la escuela de gladiadores y éramos de la clase del 68. Si sobrevivíamos, sobrevivíamos."

Cuando el barco atracó atardecía y apenas había luz. Pasamos en cubierta dos o tres horas contemplando aterradores fuegos artificiales: la maldita artillería, tiroteos por todas partes y, de pronto, bengalas iluminando todo. Santo cielo. En vez de lanzarnos allá dentro sin más, nos hicieron esperar en las cercanías contemplándolo. No sabíamos lo que era, todo era un misterio.

Al amanecer el combate era menos violento. Fuimos metiéndonos en ello lenta y tediosamente, esperando y contemplando. Era como estar sentenciado a muerte. Habíamos ido a la escuela de gladiadores y éramos de la clase del 68. Si sobrevivíamos, sobrevivíamos.

★ ★ ★

Tomamos tierra en Cam Ranh Bay. Nos cargaron en un autobús escolar gris oliváceo para hacer el corto recorrido que había desde la pista de aterrizaje al recinto militar. Las ventanas estaban cubiertas por tela metálica. Le dije a alguien: "¿Para qué demonios es la tela metálica?"

"Es por los 'amarillos', muchacho, por los 'amarillos'", me contestó. "Les gusta arrojar granadas por las ventanas. ¿Ves a esos 'amarillos' ahí fuera?" Miré al exterior y vi a unos viejos pequeños y arrugados sentados junto a la carretera llenando sacos de arena. Alzaron los rostros hacia mí mirándome con desprecio.

Estábamos en una de las instalaciones militares más grandes del mundo y teníamos que tapar las ventanas para protegernos de unos viejecitos.

★ ★ ★

Aquella primera noche. Phuoc Vinh era un poco como estar en un campamento de verano. Tocando la guitarra, cogiéndose una tajada; todos por allí sentados y bebiendo bajo las estrellas alrededor de una barbacoa. Entonces comenzaron los disparos.

No muy cerca, pero bastante. No sabía qué pasaba. Alguien había gritado: "¡Nos atacan!", e inmediatamente se produjo un rápido intercambio de la información necesaria. Hay que dar al nuevo lo que necesita saber enseguida. Algunas cosas tan simples como el lugar en que se encontraba el refugio más cercano.

El búnquer estaba negro como la boca de un lobo y durante un rato nadie dijo nada. Luego, en medio del silencio y la oscuridad, dijo alguien:

"¿Dónde está el nuevo?"

"Aquí", contesté.

Eso fue todo y, sin embargo, ese pequeño intercambio de palabras en la oscuridad es algo que no olvidaré mientras viva. Aquella pregunta en la oscuridad fue verdaderamente —no en-

J. HILLELSON AGENCY

ARRIBA: *Miradas ingenuas, rostros de malhechores, gestos nerviosos o altaneros, deseando un poco de acción.*

cuentro la palabra— ¿generosa? Hablar de preocupación sería excesivo, generosidad es bastante. Una cosa así es mucho: que alguien se molestara en pensar en mí. ¿Quién diablos era yo? Un jodido novato un poco mayor, más bien callado, con el uniforme limpio y las botas ni siquiera rojas aún. Me parecía asombroso.

★ ★ ★

Sabía que no quería estar en una compañía de infantería. Miré el terreno y me di cuenta de que no me apetecía estar dando vueltas por allí día tras día. Todo el Delta estaba inundado y caminar por él era un continuo chapoteo por un barrizal que intentaba chuparte. Me presenté voluntario para cualquier cosa: para los Lurp, rastreadores ayudados por perros, la "Patrulla de las Ratas" —esos maníacos que iban en jeeps limpiando las carreteras de minas—. Habría hecho cualquier cosa para no tener que llevar toda aquella mierda a la espalda y caminar sin descanso viviendo como un animal.

No tenía idea de las cosas a las que me presentaba voluntario. Simplemente miraba el lugar en que vivían los tipos que hacían esos trabajos y pensaba: "No está mal. Seguro que salen alguna vez a arrastrarse en la oscuridad, pero el cambio merece la pena."

Intervenimos en algunos combates, pero resultaron ser mucho menos terroríficos que las tremendas batallas que me había imaginado, así que el nivel de miedo no subió muy alto.

"¡Dispara!, ¡dispara!", me decían constantemente.

"¿Dónde están?"

"Allí", respondían, señalando hacia unos árboles situados a unos ciento cincuenta metros. Así que me asomaba por encima del embarrado canal de un arrozal y disparaba a la fila de árboles.

Muy bien, he disparado. Ya he cumplido.

★ ★ ★

¿A quién diablos estoy disparando? Sí, nos están disparando —si asomas la cabeza como un idiota, las balas te silban en las orejas—, pero no consigo ver a nadie. Al cabo de un rato, estaba tan harto que disparaba a los cocos o me ponía a comprobar cuántos disparos necesitaba para partir un arbusto por la mitad.

Al final, me dieron el "aprobado", después de participar en varios combates sin quedarme helado de miedo ni cagarme en los pantalones. Un incidente lo ratificó. Sucedió en un combate en que yo no podía hacer nada: estábamos agazapados tras un canal, fuera de peligro a menos que uno hiciera alguna estupidez como salir a destruir un nido de ametralladoras, cosa que yo no pensaba hacer, y me quedé dormido en medio de aquel

tregado. Lo consideraron sangre fría y pasé a ser uno de esos tíos "curtidos por la guerra".

★ ★ ★

La primera vez que me dispararon vi de dónde venía el fuego. Era una especie de granero. Me lancé adentro en busca del tipo, arrepellándolo todo, pero no lo encontré. Vi huellas recientes que se dirigían a otra cabaña, que era como una barbería. Dentro encontré a cuatro "amarillos": los puse contra la pared y preparé el M16.

Llegó el sargento y gritó: "¿Qué estás haciendo? No puedes hacer eso."

"¿Qué quieres decir? Uno de estos hijoputas me ha disparado y voy a descubrir quién fue."

"No, no puedes hacer eso."

"¿Qué pasa, acaso estamos jugando?"

Me hizo apartarme.

"Sal de aquí, chico, no puedes hacer eso. Pregúntales, y si te contestan, te contestan. No puedes maltratarlos."

"Pero, sargento, ¡ellos me han disparado!"

"Es lo mismo, no puedes hacerlo."

"¡Vaya lugar va a ser éste!"

Los que habían estado allá tenían una aureola especial. Eran unos muchachos, pero no lo eran: tenían algo en la mirada que los hacía completamente diferentes. Yo estaba fascinado, hipnotizado por ellos, no podía quitarles los ojos de encima. Todos ellos tenían aire de muy viejos y yo todavía me sentía un crío.

★ ★ ★

> "El cerebro se te escapa del cuerpo y te dice: 'Te han dado'... No podía creerlo. Acababa de llegar."

¿Qué hacía yo allí? Tengo solamente 21 años, no puedo creer que vayan a darme una sección, he olvidado todo lo que me han enseñado. Se supone que sé cómo pedir ayuda a la artillería, pero soy incapaz de recordar nada. ¡Oh, Dios mío, esto es mucho más serio de lo que había imaginado!

Sobre las 2:30 de la mañana, inesperadamente, el cielo se desploma sobre nuestras cabezas. Hay explosiones por todas partes. Me levanto: "¿Qué coño pasa?" Entonces llega Larry, que era teniente, y dice: "A los refugios. Nos están batiendo, han conseguido rebasar las defensas."

Así que doy un salto y en ese momento siento algo, como si me golpearan en la espalda con grava ardiendo. *Boom*. Algo me arrojó unos pasos hacia adelante y vi las estrellas como en un cómic. Siento algo dentro de mí.

El cerebro se te escapa del cuerpo y te dice: "Te han dado. Te han dado." No podía creerlo. Acababa de llegar.

Me hundo. No sé si estoy muerto, paralizado o qué. Larry, el último en salir del barracón, me mira y me dice: "Estás bien", y echa a correr. Estaba muerto de miedo y allí me dejó. "Gracias, Larry." Nunca le dije una palabra sobre aquello cuando volví.

La puerta se abrió de golpe y a mi alrededor todo voló por los aires. Los vietcong habían entrado y lanzado una ráfaga al barracón, y pensando que habían vuelto a darme me dejaron allí. Yo estaba quieto, haciéndome el muerto.

Oí que alguien entraba en el barracón, levanté la vista y vi un sargento disparando por la ventana. Se vuelve y me ve; me había dado por muerto. Corre a mi lado y me dice: "¿Sabe alguien que estás aquí?"

"Sí, uno lo sabe." El recuerdo del teniente Larry huyendo por la puerta.

"Te traeré ayuda." Sale corriendo y vuelve con un jeep del puesto de socorro del batallón. Un puñado de muchachos me echa a una camilla y me saca al jeep.

Miro alrededor y lo veo todo ardiendo, bañado de rojo. Veo trazadoras que van y vienen, se oyen gritos y chillidos. Pac, pac, pac, hacen las armas cortas. Pacs rápidos hacen las armas automáticas. Un caos completo. Y por encima de todo, en una radio abandonada en un barracón suena la voz de Mary Hopkins cantando "Goodbye".

Cruzamos el batallón por entre toda esa basura en dirección al puesto de socorro. Está atestado de tipos con el gotero puesto y aguantándose las tripas. El tercer helicóptero de evacuación fue el mío. Se ve a un helicóptero en lo alto, y entonces apagan las luces y van descendiendo en espiral. Boom, boom, boom. Me echaron en la parte trasera y así salí de allí. Miro lo que dejamos atrás por una ventanilla: es como verlo en televisión. Estás en medio de todo ello y al momento siguiente estás a un millón de quilómetros y todo queda bajo tus pies.

Pasé un mes en el hospital de Guam. Veíamos dos películas diarias. Por allí pasaron un montón de pilotos, tíos en silla de ruedas, sin brazos ni piernas; o si les quedaba algún miembro, no era más que un muñón requemado. Pasé un tiempo sacándome pedazos de metralla de la cabeza: salen a la superficie entre el hueso y la piel. Aunque todavía me quedaban algunos, al cabo de un mes me dieron el alta y regresé al campo de batalla.

★ ★ ★

No había demasiado que hacer, excepto gandulear y echar alguna partida de billar, mientras esperábamos alguna misión. Los novatos tenían que hacer un poco de formación todas las mañanas. Los hacían formar para pasar lista, calculo, y todas las mañanas Charlie les echaba algunos obuses encima. Algunos murieron antes de que les llegase la orden de ir a su destino. Y simplemente los metían en sacos y los enviaban a casa.

★ ★ ★

El primer vendaje que cambié era el de un tipo que había pasado dos días tirado en una zanja llena de agua esperando que alguien le recogiera. No sólo tenía una pulmonía, por lo cual estaba lleno de líquido, sino que cuando le quité el vendaje del brazo no había brazo: únicamente le quedaba el hueso. Le habían invadido los gusanos en la zanja, y puede que eso fuera lo que le salvara, porque se le habían comido todo el tejido. Intenté hablar con él sin que me viniera una arcada y me pusiera a vomitar, aunque a él no le importaba, porque estaba delirando con mucha fiebre. No tenía ni la más remota idea de qué tipo de vendaje ponerle. Entonces descubrí lo que había llevado antes y le puse un poco más de lo mismo. Había hueso y carne, pero gracias a Dios los gusanos habían desaparecido, porque si no yo habría abandonado. Muy bien, renuncio, estoy listo para regresar a casa. Algún otro puede hacer esto; yo, no.

★ ★ ★

En realidad, no habría tenido problemas en Vietnam, si una noche no hubiera cometido el error de abrir la boca. Dije: "Si viera a un vietcong sin que él me viera a mí, pensaría que tiene mujer e hijos y no lo mataría." A la mañana siguiente estaba en la pista de aterrizaje con todas mis pertenencias destinado a una unidad de combate en primera línea de fuego.

CAPÍTULO 1 INICIACIÓN

El día en que llegué, tuvimos que permanecer suspendidos en el aire contemplando como batían toda la zona. No podía creer que fuera *aquel* el lugar al que iba. Después del ataque de mortero, fui a mi unidad y pedí ver al capitán. Me dijeron que estaba apartado de la zona principal del campamento.

"¿Puedo llegar hasta él?"

"Claro, está por algún sitio bajo aquellos árboles."

Fui a buscarlo. Estaba muerto, sin cabeza y con el pájaro fuera. Había ido a masturbarse cuando le alcanzó un obús y le voló la cabeza. Tieso como un palo y con la polla en la mano.

★ ★ ★

En Okinawa oyes un montón de cosas. "Cuando estés en el avión te darán las armas y el chaleco antibalas. Al aterrizar, sal del aparato corriendo como un loco. Corre, porque si no volarás por los aires." Te meten un miedo mortal. Ellos han cumplido los trece meses y al regresar se dedican a reírse de los pimpollos que van al frente. Nosotros decimos: "¡Mierda, tío! ¿De qué están hablando? Yo no quiero ir allá."

"Ya es demasiado tarde, ya estás en camino. Vas a Khe Sanh, te necesitan."

F. SPOONER PICTURES

"¿Cuándo nos vamos? ¿En un par de días?"

"¡Qué va!, ahora mismo."

"Pero nosotros acabamos de llegar. ¿No se entrena un poco a los nuevos antes de ir allá?"

"¡Sí!, con el ESM."

"¡Eh, espera! ¿Qué es el ESM?"

"Entrenamiento sobre la marcha. Así os prepararán." Eso no era demasiado bueno.

> "Se olía el napalm y se olía la carne humana al quemarse. Ese olor me acompañará hasta el fin de mi vida. Nada huele como Vietnam."

Todo aquello empezaba a presentar un aspecto muy poco prometedor. Estaba acojonado. Tuve miedo desde el principio, pero cuanto más al norte iba, más miedo tenía. Diablos, la cosa se pone fea. Veo bosques y más bosques, y constantemente estoy oyendo hablar de heridos. Veo a los que están echados por el suelo cerca de la LZ (zona de aterrizaje), con heridas y mordeduras de rata. Con las piernas destrozadas por la metralla van renqueando o esperan a que el helicóptero se los lleve a casa.

Subimos a los helicópteros. Al sobrevolar Khe Sanh miré hacia abajo y vi que era una gran montaña redondeada cuya cima estaba contorneada por una línea irregular: era la línea de trincheras. Los helicópteros sólo podían llegar allí cuando les comunicaban que no eran atacados, pero los atacaban cinco veces al día.

Por primera vez tuve conciencia del lugar en que estaba y a dónde me dirigía y eso me dejó más destrozado que una horrible pesadilla. Bueno, esto es la guerra. ¡Dios mío!, puedo morir aquí de verdad. Hasta entonces no me lo había tomado realmente en serio: ocurría, pero no era real, era televisión... sí, héroes y todo eso. Pero no, podía morir de verdad en aquel jodido lugar. No estaba preparado para eso. Aquello me atrapaba y me zarandeaba por todas partes imprecisamente. Tomamos tierra y nos hicieron salir corriendo de los helicópteros.

En mi primera patrulla fuimos a un lugar en que unos infantes de Marina habían tendido una emboscada a un grupo de vietcong. Tuve que cargar con cadáveres, de vietcong y de soldados norvietnamitas. Arrastrar un cuerpo fuera del camino, echar otro encima, ver tripas fuera y cabezas parcialmente voladas. No podía dejar de vomitar por todas partes.

"Continúa. Lleva este cadáver allí."

"¿Para qué?"

"Tienes que acostumbrarte a la muerte antes que entres en combate y nos mates a todos. Eres un tirador y los tiradores no pueden abandonarse al pánico y disparar sobre nosotros."

La primera vez todo se ponía cuesta arriba. Temeroso de empezar y de pronto con aquel espectáculo ante los ojos. Trasladé algunos cadáveres más y al cabo de un rato dejé de vomitar. Pero, en general, no estaba demasiado contento.

Se dieron cuenta de que ya no vomitaba y me dieron un descanso de diez minutos. No paraban de reír y hacer bromas, les parecía muy divertido hablar de ello.

IZQUIERDA: *Demasiado joven para tomar una copa en un bar de Estados Unidos, pero bastante viejo para morir al servicio del Tío Sam.*

Luego tuve que dar patadas a un cadáver en la cabeza hasta que parte del cerebro le salió por el otro lado. Dije: "Sólo estaba moviendo un cadáver. ¿A mí qué me decís?" Entonces no le encontraba sentido, pero más tarde lo comprendí. En aquellos momentos pensaba: "Estos cabrones llevan demasiado tiempo aquí y están todos locos." Voy pasando por distintas experiencias y los otros no dejan de reírse.

"Dale patadas", me dicen. "Comienzas a sentir lo que es matar. Ese hombre está muerto, pero mentalmente estás matándolo otra vez. Ya ves, no es nada del otro mundo. Mira esto." Y arrojaron varios cuerpos por el despeñadero.

"Adelante. Coge uno y déjalo rodar por ahí abajo. Cuando le saques los sesos a patadas, sabrás lo que significa sacarle a uno los sesos a patadas. Y podrás decir que tú has sacado a uno los sesos a patadas. Así..., dale una patada." Hablaban en serio. Comenzó el coro: "Dale..., dale..., dale."

Ahora estoy casi tocando la cabeza de aquel payaso con la punta de la bota. "Dale una patada. Dale. Dale." De pronto no oigo nada más que "¡Dale, dale, dale!" Cada vez más alto: "Si no le das una patada, ellos te cogerán y te matarán. Así que dale." Estoy mirando hacia el suelo y ese "dale, dale, dale" me martillea en la cabeza.

Empiezo a dar patadas. Doy patadas y más patadas y de pronto comienzan a salírsele los sesos por el otro lado. ¡Mierda! Pensé que iba a morirme cuando vi lo que estaba haciendo. Pensaba que iba a morirme. Comencé a vomitar de nuevo, pero no me quedaba nada por echar. Me dan arcadas y no puedo echar nada. ¡Dios mío!, me estaba matando. Comencé a beber agua para tener algo que arrojar. No me vino mal.

Ellos eran hombres serios, que ponían dedicación en lo que hacían y en aquel momento su ocupación era enseñarme, prepararme para que, cuando la muerte llegara —y podía alcanzarme a mí o a cualquiera de ellos—, no me desplomara al ver morir a un amigo. Más adelante vi ocurrir cosas de ésas. Vi cómo algunos morían y casi provocaban el exterminio de una sección porque enloquecían de miedo, o porque se entregaban, o porque caían heridos y no soportaban su propia sangre. Se tomaban a pecho lo de enseñar exactamente a los novatos con qué tenían que vérselas y cómo aceptar la realidad del lugar en que estaban.

★ ★ ★

Un día al atardecer, antes de que estuviera realmente oscuro, estaba yo solo en lo alto del búnquer cuando comenzaron a dispararnos. En aquella ocasión no me dejé llevar por el pánico. Con toda calma, pero sintiéndome ajeno, como cuando te ves a ti mismo haciendo algo —Clint Eastwood habría estado orgulloso de mí—, fui moviendo el M16 hasta que tuve en mi línea de tiro los fogonazos que partían del cementerio. El tipo disparó y yo le respondí desde lo alto, descargando sobre él ocho o nueve balazos.

Escuché el grito, muy alto de volumen, pero como si viniera de un altavoz desconectado. Sabía que había hecho reventar a alguien por primera vez. El gorgoteo duró unos 30 o 40 segundos, un grito ahogado y prolongado. Me sentía extraño. Al día siguiente me enfrenté a las consecuencias de apretar el gatillo al descubrir sobre una tumba una mancha de sangre mezclada con pelos y cuero cabelludo. Seguramente había matado a aquel tipo.

★ ★ ★

Cuando tomábamos tierra, en Bien Hoa, el Vietcong estaba arrojando cohetes sobre el campo. Pero aún no estaba asustado. Me decía: "Sé que voy a morir. Pero moriré en la selva, no aquí."

En cuanto tocamos el campo de aterrizaje abrieron las portezuelas del aparato y nos ordenaron salir. Lo que no puedo olvidar de Nam es su olor. El olor. Se olía el napalm y se olía la carne humana al quemarse. Ese olor me acompañará hasta el fin de mi vida, porque nada huele como Vietnam. Corrimos hacia los refugios en medio de aquel olor a esperar allí a que parara el bombardeo.

Cuando acabó todo, nos sacaron y nos hicieron formar. Frente a nosotros está el teniente, un tío curtido. Tiene el uniforme sucio, hecho jirones, con granadas colgando; lleva una cartuchera y el M16 en bandolera. Al mirarle a los ojos no se ve alegría en ellos. Todos los tipos que vi en la base aérea parecían moverse en un mundo de muertos vivientes.

"Estáis en la República del Vietnam", dijo. "Este es el programa del día: vais a morir en Vietnam. Este es nuestro mundo, y si no hacéis lo que yo os diga, seréis echados fuera de nuestro mundo." Aquello nos impactó a todos. "¡Eh!, ahora estoy de verdad en el Nam."

ABAJO: *Combatir de forma continua y enloquecida aguza el instinto luchador o confiere al rostro una mirada extraviada como la del soldado de la fotografía.*

J. HILLELSON AGENCY

Tuvimos "amarillos" en las alambradas esa noche. Eran "amarillos" corrientes, vietcong, gente del lugar. Durante el día eran amigos, pero por la noche eran vietcong. Nos cargamos a algunos; yo sólo maté a un par de ellos. En el fondo de mi corazón pensaba que iba a perder los nervios y echarme a llorar porque había matado a uno, y sin embargo no supuso nada. Los

CAPÍTULO 1 INICIACIÓN

TIM PAGE

ARRIBA: *Un grupo de vietcong emboscados abre fuego sobre un helicóptero de suministro en el momento en que se dispone a despegar.*

vi caer, pero había tantos hombres disparando desde distintos búnqueres que no me afectó.

Cuando acabó el tiroteo, lanzaron una bengala blanca para indicar que todo estaba en calma. Pasamos allí toda la noche y a la mañana siguiente tuvimos que salir a recoger los cuerpos. En aquel momento no lo comprendía, pero se trataba del recuento de cadáveres. Habían muerto un par de soldados. Los cogimos y los tendimos en el suelo después de despojarles de todo lo que llevaban encima. Entonces avisaron a los de Intendencia para que se ocuparan de los cuerpos. Los metieron en aquellos sacos verdes. Te meten en el saco verde y te lo cierran bien fuerte sobre la cabeza. No había ningún médico que certificase la muerte. Creo que muchos murieron en ese saco verde.

"Doctor, comprueba éste."

"Sí, está muerto." Lo meten en el saco y se acabó. Les cogimos las armas a los "amarillos" y los amontonamos. ¿Han visto alguna vez esas fotos de safaris, cuando van a África a matar elefantes? El cazador pone un pie sobre el elefante y coloca el rifle encima, como una foto de Teddy Roosevelt con un búfalo. Así era en el Nam. Primero se los mataba y luego se apilaba los cadáveres. Entonces llamaban a los periodistas, como los de la NBC o la CBS. No salían mientras disparábamos, sino cuando el recuento de cadáveres estaba terminado, y tomaban fotografías de los cuerpos amontonados rodeados por soldados norteamericanos. Era como un trofeo. ¡Eh!, hoy es día de trofeos. ¿Qué importa la muerte del cazador? Ellos contaban los muertos y después los llevaban a la selva y los quemaban sin más. No se molestaban en enterrar a los "amarillos": los rociaban con gasóleo y les prendían fuego. Estoy de verdad en el Nam. Me parecía como si acabara de caer en ello.

> "Te meten en el saco verde y te lo cierran bien fuerte sobre la cabeza... Creo que muchos murieron en ese saco verde."

No comprendo cuando hablan de coger prisioneros y todo eso. Nosotros no pasábamos por esas tonterías, los matábamos. Los poníamos contra la pared, les colocábamos una pistola junto a la cabeza y decíamos: "Habla. Si no lo haces, apretaré el gatillo." O cogían a la esposa del hombre, o a su hija, y la violaban delante de él. Y le hacían hablar. Si no hablaba, mataban a la mujer y después le mataban a él. Quitar una vida no era nada, simplemente cuestión de acostumbrarse.

Teníamos una manía en el Nam: les cortábamos las orejas y las guardábamos como trofeo. Si un tío tenía un collar de orejas, era un buen matador, un buen soldado. Se incitaba a cortar orejas, narices, penes. Y a las mujeres, los pechos. Se incitaba a hacer cosas de esas: los oficiales esperaban de uno que lo hiciera, y si no lo hacías, algo andaba mal.

Me encontraba en otro ambiente y tenía que actuar según sus normas. Como sólo llevaba allí dos o tres días me sentía reacio a dispararles a quemarropa. Pero no tuve que preocuparme, porque después de llevar dos semanas comencé a cortar orejas. Podía pegarme con un par de tipos sólo por una oreja. Llevaba un collar de orejas atadas con hilo verde, de nilón. Las orejas no pueden llevarse al cuello más de unos tres días, porque se ponen parduscas, comienzan a pudrirse y se llenan de moscas. Yo llevaba un collar de orejas y eso demostraba que era un soldado eficaz.

Era como nos había dicho aquel teniente en el campo de aterrizaje: "Este es nuestro mundo. Fuisteis al Infierno y seguís vivos." Ahora lo comprendía.

A decir verdad, comenzaba a disfrutarlo. Me gustaba disparar y matar. Me excitaba de verdad ver caer a un "amarillo". Cuando caía un soldado me afectaba, aunque no lo conociera, porque un soldado era real, un norteamericano muerto era una pérdida real. Pero un "amarillo" muerto era como si ahora voy y piso una cucaracha.

★ ★ ★

Mi primer encuentro con la muerte fue una trampa explosiva. Yo iba en cabeza y había rebasado su radio de acción. En el suelo había una bomba con unos cables que llegaban hasta un agujero a unos cien metros, donde dos vietcong esperaban a que entrase en la zona el grueso de la columna. Entonces conectaron dos cables a una batería de ocho voltios y 11 hombres volaron por los aires. Íbamos andando y de repente nos sorprendió la muerte.

Esa primera vez no fue horrible. Lo espantoso fue ver a esos hombres, que conocía y me importaban, morir de una explosión. Sentí rabia, estaba rabioso porque no tuvimos la posibilidad de responder a la agresión. Simplemente nos volaron.

"A partir de ese momento nos internábamos en la jungla de una manera completamente distinta. Llevábamos la intención de matar..., de devolverles lo que nos habían hecho."

Nuestro coronel saltó del helicóptero en que había venido. Yo estaba asistiendo a los heridos cuando llegó hasta nosotros, con una expresión colérica en el rostro. Nos había escogido él mismo y sabía cómo cuidar a sus hombres. El médico estaba poniendo un parche en un ojo a un soldado. El coronel dijo: "¿Cómo estás, hijo?" El chico levantó la vista hacia él y contestó: "Estoy bien, señor; creo que sólo he perdido el ojo."

"Estamos orgullosos de ti y la patria está orgullosa de ti", le dijo el coronel. El era tan impotente como nosotros.

A partir de ese momento nos internábamos en la jungla de una manera completamente distinta. Llevábamos la intención de matar, la intención de devolverles lo que nos habían hecho.

Durante aquellos primeros años no podíamos abrir fuego. Necesitábamos permiso. Un día, al salir de una zona de jungla en cabeza, veo a cinco tipos armados corriendo por un arrozal. La primera reacción es disparar, pero nuestras órdenes son que no podemos abrir fuego sin permiso. Le doy un grito al teniente que está en la radio y el teniente llama al puesto de mando. Le dicen que espere, porque tienen que llamar a S2, su servicio de información; S2 tiene que llamar a G3 en el cuartel general. Entretanto, tenemos que verlos correr sin poder hacer nada para impedirlo. Sabemos que fueron ellos, los que hicieron explotar la trampa explosiva.

Íbamos cambiando mucho. El cambio era personal: íbamos haciéndonos silenciosos, reservados, llenos de rabia por dentro al ver a los compañeros volar por los aires. Las palabras que se ocultaban detrás de la rabia eran: "Ya veréis, hijoputas. Dejar que encuentre a uno de vosotros y va a morir igual que ellos. Voy a volaros vuestros sesos de mierda." Nos internábamos en la jungla coléricos y silenciosos y completamente decididos a hacer aquello para lo que nos habían entrenado... que era matar.

Tres días después, dejamos de pedir permiso para abrir fuego. Si en el curso de una acción veíamos algunos vietcong y los matábamos sin autorización, antes de regresar al campamento destrozábamos la radio a tiros y decíamos que habíamos tenido un enfrentamiento y no habíamos podido pedir permiso. Comenzábamos a ver qué era eso de la guerra.

★ ★ ★

No sabía una puñetera cosa del Vietnam ni de la guerra. "¡Bah!, para eso tienen que mandar a los tíos mayores; no envían a mocosos como yo." Y allí estaba con los demás mocosos, en pleno baile. Teniendo que arreglárnoslas en unas circunstancias horribles. Teniendo que apañarnos sin nada, nosotros solos. Coges jovencitos, los echas al caos general y ellos se las apañan. O te endureces enseguida o no tienes ninguna esperanza de sobrevivir.

Era como las fantasías de un niño. Cuando era niño, jugaba a guardias y ladrones, de modo que cuando vi lo que pasaba en Vietnam quise aprovechar la ocasión. ¿Por qué no? Era como si te invitaran a jugar con los mayores.

Intentábamos divertirnos con las cosas. Emboscarse es divertido. Se supone que hay que ser un profesional, pero no es verdad.

"Cuidado, ahí llega. Me lo quedo."

"Éste es para mí."

"No, me toca a mí. Tú ya te quedaste el último."

"Tío, éste es para mí. Búscate otro."

"Es mío."

"No."

"Ya vale."

"No."

Tuvimos un oficial —uno muy bueno— que de pronto se levantó de un salto en medio de un tiroteo diciendo: "No son más que niños y están cayendo como moscas. Nada más que niños, niños, niños." Tuvieron que llevárselo.

¿Saben lo que me asustaba en Nam? Uno de los compañeros murió accidentalmente: estaba nadando y se ahogó. Había olvidado que también había que luchar contra Dios. No lo había incluido en el guión. Aquello me hizo cagarme de miedo.

★ ★ ★

US ARMY

ARRIBA: *Los "niños acuáticos" de la Fuerza Fluvial Móvil se internan en "territorio indio".*
DERECHA: *Nuevamente en tierra firme, los soldados avanzan agachados durante operaciones secretas en Camboya.*

US ARMY

Capítulo 2

OPERACIONES

CAPÍTULO 2 OPERACIONES

SOLDADOS

El hogar estaba muy lejos, y aún más en el pensamiento que en la realidad. Cuanto más tiempo llevaban luchando por el Sueño Americano menos conformes estaban con sus dirigentes. Los ideales rotos y la falta de esperanzas fueron entrelazándose hasta dar como resultado un cinismo cruel.

"Recuerdo el 26 de julio de 1969. Estaba en el barracón viendo en una transmisión en diferido las escenas del aterrizaje en la Luna y el primer paso de Neil Armstrong en la superficie lunar, cuando oí aquella estúpida frase de la mierda: 'Un pequeño paso para un hombre, un paso gigantesco para la humanidad.' Me puso furioso y pensé: 'Ven aquí a andar conmigo un día, cabrón.' "

★ ★ ★

El noventa por ciento del tiempo no ocurría nada, simplemente un paseo aburrido bajo el sol, como de turismo; pero siempre había que estar alerta para no volar por los aires.

Sales a cazar el animal más astuto que existe: el ser humano. Es increíble lo jodidamente astuto que es un hombre, si coges a uno es pura chorra. En todo el tiempo que estuve allí, sólo conseguimos asegurarnos de haber matado a uno, un día que patrullábamos fuera del batallón. Ellos son los dueños del circo y tú estás en su escenario.

Westmoreland me sacaba de mis casillas con todo aquello de ganarse el corazón y la mente de aquella gente. A veces uno se sentía una mierda cuando atravesaba sus aldeas. Algunas de aquellas personas eran hermosas, aristocráticas, más civilizadas de lo que uno habría pensado nunca. Se acercaban y decían: "América y los americanos son el número 1. Vietnam es el 10. ¿Tienes novia? Deberías estar con ella, aquí no te queremos." ¿Qué estábamos buscando nosotros allí?

"Después vuelves otra vez a la caza del hombre. Espero que aparezca uno, tío. Voy a mandar a ese hijoputa al reino de los cielos."

Las trampas explosivas eran un desgaste continuo: siete de cada diez heridas eran por amputación traumática. En una batida nos poníamos formando una larga línea y nos internábamos; cada uno iba mirando el sitio en donde pisaba preguntándose quién iba a caer. Sabíamos que alguno caería. Una batida, otra, otra más, casi medio día y aún no ha ocurrido nada. ¿Vamos a trompezarnos hoy con una trampa explosiva? ¿A quién le tocará? Era mentalmente agotador.

¡Boom! Nada más que eso y uno de los muchachos ha perdido una pierna, otro ha perdido el pie. Todo se detiene un momento y las radios empiezan a funcionar frenéticamente. Un helicóptero desciende a recogerle. *Zoom*, ya se fue. Yo pensaba: "Va a haber un montón de gente andando sin pies después de la guerra." Pero aún no los he visto. ¿Dónde están?

Después vuelves otra vez a la caza del hombre. Espero que aparezca uno, tío. Voy a mandar a ese hijoputa al reino de los cielos. ¡Si el mundo pudiera verme ahora! Aquí las noticias son malas y yo soy malo. Estamos armados hasta los dientes. Si pudiera regresar a Estados Unidos con mi sección intacta, podría

ARRIBA: *Ni verlo ni oírlo. Atrapado en descubierto por una lluvia de balas, un soldado decide que puede ser más seguro permanecer inmóvil que correr a la desesperada hacia un refugio.*

conquistar el mundo. Que alguien venga a joderme, que alguien venga a joderme. ¡Venga, venid a por mí!

Cuando algo marcha bien en un combate..., consigues un fuego de apoyo francamente bueno, tienes un campo de tiro apropiado, despliegas a tus hombres y tú estás moviéndote entre ellos... es excitante. No hay nada como eso. Es muy real, viajas más allá de la realidad..., mucho más allá que con las drogas.

Pero va cayendo el sol y siento el estómago vacío. Se va la luz. Se va uno de los sentidos, el más importante. La vida se detiene. Aquí no hay electricidad, no hay tecnología. No hay más que tugurios hechos con hojalatas onduladas, cajas de *Coke*, cartones, maderas y paja. No hay nada más. La única tecnología que existe es para la muerte: M16 —fusiles de plástico negro—, granadas, bombas de bolsillo, minas Claymore, los M79, las M60, morteros, equipo para la jungla, chalecos antibalas, botas para la jungla, C4, radiotransmisores y reac-

POPPERFOTO

tores para lanzar el napalm. Esa era la única tecnología a nuestra disposición. Piensas en la gente que está en el mundo, que pasea por las calles, que va a tomar una cerveza. Pero tú tienes que escudriñar la oscuridad, tan intensamente que has de llevarte la mano a los ojos y tocarlos para asegurarte de que los tienes abiertos.

Sabes que mañana va a ser un día igual que hoy, aunque tal vez sea peor. Teníamos un dicho para expresar lo malo que podía ser algo: "Tan malo como un día en el Nam."

★ ★ ★

Siempre que había luna llena, decían con mucho bombo: "Esta noche se espera un ataque, porque los vietcong aprovecharán la luz de la luna." No nos atacaban. Si no había luna, anunciaban con el mismo bombo: "Van a atacar." Y no atacaban. "Esta noche no hay nubes, así que atacarán." Tampoco. "Esta noche llueve, no os atacarán." Y nos atacaban. Todas las noches iban a atacarnos, ellos siempre encontraban alguna razón.

Durante el primero y el segundo mes todos tiran alegremente de gatillo por la noche. Todo el mundo. Uno mira a la alambrada y ve una caja vacía de ración C; un soplo de brisa hace que se mueva y el tipo le entierra tres balas. Otro tipo está cru-

zando el campamento y le disparan tres tiros desde su búnquer. De pronto, el de aquella ametralladora decide: "Demonios, llevo dos semanas aquí sentado y ni siquiera he apretado el gatillo." De modo que aprieta el gatillo e inmediatamente el centro de dirección de tiro de la batería Uno-Cero-Cinco pide iluminación. Se monta una batalla artillera a gran escala y no sirve para nada. Lo único que hiciste fue disparar a un grupo de casuchas vietnamitas y darle un susto de muerte a sus moradores.

O estás una noche sentado mirando por la mira de infrarrojos de un fusil de francotirador y ves a un Charlie pasando a través de cuatro rollos de alambre de espino. El tipo comenzó a cruzarlo a las 10 y a las cuatro de la mañana aún no ha pasado la última línea de alambrada. Le había llevado ya seis horas, porque teníamos todas las clases de obstáculos de alambre imaginables, además de minas, "cargas de dedo" y minas Claymore. Al fin consiguió pasar y entonces le dimos un tiro.

A la mañana siguiente sales a quitarlo de la alambrada y resulta ser el barbero que te ha estado afeitando con navaja durante los últimos dos meses.

"Sabes que mañana va a ser un día igual que hoy... Teníamos un dicho para expresar lo malo que podía ser algo: 'Tan malo como un día en el Nam.'"

Los relatos de combates son comunes a todas las guerras. En un tiroteo hay 20 tipos disparándoos y vosotros sois 20 o 30 respondiendo a sus disparos. Nosotros pedimos ayuda a la artillería y ellos piden fuego de mortero. Al fin, uno de los dos bandos toma una decisión: "Bueno, ya está bien." Y todo termina. Pero no se conquistaba el terreno, nadie ganaba nada ni movía sus líneas.

Durante un tiempo, todas las acciones las llevaron a cabo las tropas survietnamitas. Yo estaba sentado en una colina contemplando cómo la Fuerza Aérea de Vietnam del Sur se lanzaba sobre la Infantería survietnamita, porque dos generales estaban enfrentados rabiosamente entre sí. ¿Qué te parecería leer en la prensa norteamericana que la Fuerza Aérea de Estados Unidos ha bombardeado Fort Bragg, en Carolina del Norte, porque el general Jones y el general Smith habían tenido unas palabras? El presidente Carter está interviniendo, pero el actual gobierno es débil, en tanto que los generales son fuertes, tienen aviones y cañones. Así andaban las cosas.

★ ★ ★

Salir a la selva era algo que asustaba tanto como lanzarse a un mar helado. Tocas tierra en la LZ y aquello se pone a arder. Se abre la portezuela y sales corriendo y gritando. Cohetes de pequeño tamaño silban por el aire, te parece que puedes extender la mano y coger un proyectil. En aquella ocasión, podría haber batido a Bob Hayes en una carrera con el equipo y todo; o podría haberme escondido detrás de un paquete de *Camel* sin que sobresaliera nada de mí.

Aquello iba a ser lo más peliagudo del mundo. Adrenalina para muchos días.

★ ★ ★

Una de las primeras cosas de que te dabas cuenta en cuanto llegabas a Vietnam, era que no ibas a ganar la guerra. No había forma de que ganáramos haciendo lo que hacíamos. Después

CAPÍTULO 2 OPERACIONES

POPPERFOTO

ARRIBA: *Quien crea que la guerra es gloriosa, debería preguntar a los soldados de Infantería... o a los muertos.*

del primer mes, todos los que estábamos allí decíamos: "Voy a pasar aquí mis 12 meses y luego mando todo esto a la mierda."

★ ★ ★

Tuve un amigo de verdad, Bobby se llamaba. Me había dicho desde el primer momento: "No cruces una puerta abierta, no lo hagas." Y esa vez estaba yo pasando la valla y a punto de decirle: "No pases por encima de la puerta abierta, Bob." Oye, Bob tocó esa maldita puerta y una carga explosiva le reventó el culo en mil pedazos. Cayó al suelo gritando: "¡Me voy a casa! ¡Me voy a casa! ¡Me voy a casa!"

A mí, me alcanzó un pequeño trozo de metralla y quedé cubierto de piel, sangre y mierda de mi compañero. Me acerqué a él, sin saber si llorar, gritar o volverme loco. Luego se lo llevaron todo lleno de vendajes...; el enfermero había gastado todos los vendajes que tenía. Había perdido un pie y una pierna; tenía la cara negra y gritaba: "¿Qué pasa con mi motocicleta? ¿Qué pasa con mi motocicleta? Me voy a casa, por fin me voy a casa."

El enfermero dijo: "Claro que te vas a casa." Permaneció así despierto en el hospital hasta la tarde del día siguiente, en que murió. Yo en su lugar también habría deseado morir.

Pobre diablo. Su período de servicio acababa una o dos semanas más tarde.

★ ★ ★

El primer día que lo vi destacaba entre todos como un dedo hinchado porque no tenía fusil. Todos parecían tratarlo como si fuese basura. El oficial al mando le encargaba todas las tareas jodidas. Si salían en escuadras a patrullar por las aldeas, le hacían quedarse a quemar la basura y recorrer todo el perímetro defensivo. Cuando salía con una escuadra, todos le maldecían y le hacían llevar el doble de carga que a los demás.

Yo me dirigí a uno de los jefes de la escuadra y le pregunté: "¿Qué pasa con ese tipo?"

"Es un objetor de conciencia."

"¿Qué significa eso?"

"Matar va contra su religión."

Eso me sorprendió mucho, porque yo pensaba que a los demás nos pasaba lo mismo.

Todavía recuerdo su cara: tenía una expresión triste que nunca cambiaba. Jamás le dije nada, pero pensaba: "Bueno, tiene muchos huevos." Y me gustaba más aún porque, aunque se negaba a matar, no se negaba a ir a servir a su patria. Había muchos en Vietnam que no estaban defendiendo a su patria, sino que estaban únicamente por razones personales.

★ ★ ★

Miss América llegó un día al hospital. Yo me dirigía a mi sala a trabajar cuando el coche se detuvo. Traía consigo a todas esas preciosas jovencitas con sus minifaldas azules, blancas y rojas. No soy demasiado celosa, pero hay que tener en cuenta que no me había arreglado las uñas ni me había dado un baño como Dios manda desde hacía 11 meses, y ahora llegaban estas jovencitas. Tenían buen aspecto, olían bien y los cuellos de sus camisas no tenían cerco.

Venían de mal humor y quejosas por no haber hecho una comida decente; además estaban hartas de que los tíos se metiesen continuamente con ellas. Yo pensé: "Entonces, ¿qué diablos habéis venido a hacer aquí?"

Teníamos en aquel momento un montón de pacientes en situación crítica. Un par de ellos habían muerto, pero nos habíamos quedado sin sacos para los cadáveres, de manera que estaban simplemente cubiertos con una sábana.

> "¿Qué vais a decirme, qué me vais a mostrar?... No me estáis mostrando nada. Un muerto es un muerto. Eso es todo. Eso trasciende la vida diaria."

Estábamos intentando meter un cadáver en el último de los sacos... y Miss América entra. Se echa sobre un paciente casi ahogándolo y le dice en un susurro: "Apuesto a que nunca pensaste en ver nada tan bonito y que oliera tan bien." Si el tío hubiera podido golpearla, lo habría hecho. En lugar de eso, se echó a llorar volviendo la cara.

Nos pusimos tan furiosos que la echamos de la sala. Vaya, vaya, Miss América arrojada a la calle. Pero se había ganado la antipatía de todos y no íbamos a dejarla entrar ni íbamos a permitir que molestara a los enfermos en sus camas.

Las noticias vuelan y todo el hospital se enteró de que habíamos echado a Miss América. Por las noches, al oscurecer, solíamos pasar una película en el exterior. Mi compañera y yo terminamos el recorrido por la sala a las 7:30 y nos dirigimos a nuestro barracón. Cuando pasábamos ante el grupo que veía la

película, todos —como en el último acto de una mala obra de teatro— se levantaron y comenzaron a aplaudirnos. Y comenzaron a cantar: "Allá van, las Miss Américas; allá van, nuestros ideales."

★ ★ ★

Llegas a adoptar una actitud: pueden matarte, pero no comerte. No hay que agobiarse con las pequeñas cosas. Mis hombres solían decir: "Ahí tiene eso, teniente, ahí lo tiene." Mira, ¿qué vais a decirme, qué me vais a mostrar? ¿Qué es eso en el conjunto de las cosas para que vaya a darme una nueva idea sobre la situación? No me estáis mostrando nada. Un muerto es un muerto. Eso es todo. Eso trasciende la vida diaria.

★ ★ ★

Siempre las botas, precisamente las botazas asomando bajo el poncho. Siempre nos hacían estar con los cadáveres. Si metían 30 cuerpos dentro de un M113, teníamos que entrar también 5 o 6 de nosotros. Al cabo de un rato los cadáveres son un espectáculo corriente. Llegaba a ser tan corriente que podías estar en un búnquer con dos cadáveres sin salir, y ni siquiera los movías aunque a los dos o tres días comenzasen a apestar.

Yo tenía que comunicar por radio los nombres de los muchachos que morían. Me enteraba de todos los que morían, pero nunca lloraba por ellos. Ahora me hace sentirme mal, pero la verdad es que continuamente te decían: "Bueno, mañana te tocará el turno a ti."

★ ★ ★

Siempre que volvíamos al batallón después de una operación, nos daban el día libre.

En aquella ocasión, había estado en la selva en una misión de 54 días seguidos. Después de atiborrarme de carne y cerveza, regresé al barracón a charlar con el sargento de mi pelotón. El mero hecho de gandulear era increíble, era sentirse vivo. Allí uno era tan consciente del tiempo que podía saborearlo.

Mientras estábamos hablando, casualmente me volví a mirar por encima del hombro: había otra persona en la habitación. Me quedé muy sorprendido, porque no había oído entrar a nadie. Entonces caí en la cuenta de que estaba mirando a un espejo y no había reconocido mi propia imagen. ¿Ése era yo? Tuve que sonreír para asegurarme. Estaba mirando a un extraño. Había cambiado, nunca antes me había visto así: me había

ABAJO: *Golpeado y maltratado por sus captores norteamericanos, un vietcong es conducido a un último interrogatorio.*

REX FEATURES

CAPÍTULO 2 OPERACIONES

TOPHAM

ARRIBA: *Un campesino angustiado lleva a su mujer a lugar seguro después que los norteamericanos hayan barrido la aldea con fuego de ametralladora.*

convertido en uno de aquellos tipos que vi cuando llegué aquí. Ahora tenía aquella mirada en los ojos.

★ ★ ★

Estábamos en una torre a unos 40 metros de altura haciendo guardia en una base aérea. Nos estábamos pasando un canuto de uno a otro. Lo siguiente que supe fue que eran las 6:30 de la mañana. Pensé: "Dios mío, nos hemos metido en un lío. No hemos llamado por radio ni hemos contestado." De modo que corté los cables del teléfono y de la radio y dije que habíamos tenido problemas.

Por supuesto, no tragaron. Nos hicieron chupar guardia otro día entero y la noche siguiente. Todos estaban de mala leche, porque durante el día hacía verdaderamente calor en aquella jodida torre; y era como estar sentado en el centro de una diana.

A unos 500 metros se veía a una mujer doblada sobre la tierra, recogiendo algo. Estábamos hablando y alguien dijo: "Te lo digo. Te apuesto a que le doy." Yo dije: "No seas tonto, no des la lata." Estaba claro que ella no era un agente enemigo ni nada de eso y quedaba fuera de nuestro alcance.

Empezaron todos a disparar al azar contra la mujer, sólo por ver si la alcanzaban. Al principio yo fui el único que no lo hice, pero luego algo se apoderó de mí. Estaba jodido. Hacía un calor infernal y era el segundo día en aquella jodida torre. Y entonces dije: "Mierda, tíos, mirad esto." Disparé y la mujer se desplomó muerta.

En ese momento me di cuenta de mi falta de respeto a la vida. Antes, no podía relacionar el hecho de apretar el gatillo y ver caer a alguien, porque yo había hecho sobre todo emboscadas nocturnas. En la oscuridad disparas sin ver a quién y luego corres como alma que lleva el diablo. Al día siguiente buscas sangre por el suelo de la jungla e intentas calcular a cuántos has matado. Pero no lo sabes de verdad. Sencillamente, no podía creer que hubiera hecho aquello.

★ ★ ★

A veces, acababas de acostarte por la noche y de pronto comenzaba a disparar la artillería y te levantaba literalmente un par de centímetro del piso, como un gato con los pelos de punta. Los músculos de la espalda se tensaban de una manera tan espasmódica que realmente te levantaban. Si uno pudiera agarrarse al techo, hundiría los dedos en él y se quedaría clavado, con los miembros extendidos. *Bum-rumrumdumdum*. Se te sale el corazón y pierdes la cabeza, te vuelves loco y quieres matar. El ruido te enloquece y deseas rebanarle la garganta a alguien.

CAMERA PRESS

ARRIBA: *La guerra como un juego de nervios, con un cigarrillo para matar el tiempo y un M16 para matar enemigos.*

Todavía hoy oigo ruidos fuertes y me pongo fuera de mí y necesito dar golpes.

★ ★ ★

Estaba una noche de avanzadilla en una colina, no recuerdo cuál, cuando de pronto oigo un porrazo. Miro y veo a alguien arrojando rocas, y pienso: "Mierda, están probando a ver quién está dormido en las líneas." Me asusté de verdad, tomándolo como algo personal. Comencé a ponerme nervioso. Volvió a ocurrir y me alcanzó un guijarro. Entonces pensé: "Cabrones, me haré el dormido y le volaré los sesos a quien se acerque."

> "Los muchachos que disfrutaban el R & R (permiso) al principio morían todos cuando volvían... No tenían ya ninguna ilusión."

Aquella cosa se precipitó hacia mí en la oscuridad. Tenía la cara peluda. No tuve tiempo de asustarme. Abrí fuego contra él, y en ese instante comenzaron a saltar de los árboles, por todas partes. Los muchachos abrieron fuego a discreción. En un momento cundió el pánico: nos estaban invadiendo. Lo siguiente que recuerdo es que estoy sin balas. Todo fue tan rápido que no tuve tiempo de cambiar el cargador. Derribé a otro de un golpe y *brooooom*.

Pasamos la noche en vela, temblando muertos de miedo. Después que todos dejaron de disparar, todo quedó en silencio. Revisamos las líneas y descubrimos que nadie había sido alcanzado. Comenzamos a llamar a todo el mundo para que vinieran a ayudarnos, pero nos dijeron que no podían hacer nada hasta que se hiciera de día.

Cuando sale el sol, vemos a seis o siete monos muertos: nos habían atacado los monos. No habría podido imaginarlo, pensaba que eran guerrilleros norvietnamitas o algo así. Sin embargo, eran gorilas.

★ ★ ★

Distinguimos tres figuras humanas que subían por la ladera, aunque al principio no estábamos seguros de que lo fueran, a causa de la intermitente luz de la luna. No esperábamos ver gente en aquella zona y había algo en su forma de moverse que no parecía ser real. De modo que preguntamos. ¿Hay alguien en esta zona? No. Nos dijeron que abriéramos fuego y retrocediéramos.

TIM PAGE

A la mañana siguiente enviaron una patrulla, que encontró a tres personas, una de ellas viva. Una mujer muerta y un hombre muerto. Eran montagnards, unas gentes que no hacían caso de las zonas de tiro libre. No sé si el otro, un niño, acabó muriendo o si sobrevivió.

★ ★ ★

Observé que los muchachos que disfrutaban el R & R (permiso) al principio morían todos cuando volvían. Vas buscando las más pequeñas señales para ponerlo todo a tu favor. Los compañeros volvían contando historias sobre las chicas con las que habían estado y luego volaban por los aires, porque no tenían ya ninguna ilusión. Así que sabía que si lo disfrutaba al principio, luego no tendría nada que esperar, pues lo único que me hacía continuar era pensar: "Puedo irme cuando quiera." Aquello no era verdad, pero venía bien a últimas horas de la noche.

Llegaron los helicópteros con suministros en un momento en que los vietcong estaban bombardeándonos. El sargento chilló: "Quien esté pendiente de disfrutar el permiso y quiera hacerlo, que suba a ese helicóptero." Yo era el que estaba más cerca y salté dentro. Pregunté: "¿A dónde voy a ir?" Cuando me dijeron que a Hong Kong, intenté saltar. Quería ir a Australia. ¿Hong Kong? Ese era uno de los sitios más caros y, además, cuando uno está enfrentado a ojos rasgados, desea ver gente de ojos redondos.

Fui a retaguardia, a Da Nang, y me dieron un uniforme nuevo, excepto botas. Me aseé y volví a acostumbrarme a los inodoros con agua. Lo primero que uno hace es ir a revisar el lavabo y jugar con el inodoro, como cuando era un niño: lo descargas un par de veces y llamas a un amigo para que lo vea. Es muy excitante.

"Ni siquiera ahora sé cómo consiguieron pasar esa noche aquellos dos. Sólo sé lo que vi a la mañana siguiente... Lawrence no volvió a ser el mismo... nunca."

Luego fuimos a Hong Kong. Hacía 10 meses que no había visto vida civilizada y no había estado solo en una ciudad extraña en toda mi vida. Estaba tan turbado que llegué a sentir terror. Me dijeron: "Vamos, eres un chico grande, no te hace falta que te lleven de la manita." Pero me hacía falta. Nueve o diez horas antes me encontraba en medio de un tiroteo y ahora estaba fuera de la zona de guerra con 500 dólares en el bolsillo. Era el momento de vivir a cuerpo de rey, pero no sabía cómo hacerlo.

Tres días y cuatro noches en Hong Kong viviendo como un ser humano, como un rey. Estuve con una fulana muy guapa, una joven de 19 años —que era mayor que yo—, follando y dejando que me la chupara toda la noche. Para desayunar tomé huevos con jamón y esa misma noche regresé a la lluvia y el barro, entre sanguijuelas y hombres intentando matarme. Fue un vuelco mental. No me extrañaba que un montón de muchachos murieran al volver. Era como si una mano salida del espacio te cogiera y te pusiera en otro planeta durante tres días.

IZQUIERDA: *Un breve descanso en el combate da la oportunidad de escribir a casa. "Imagínate lo que me ha ocurrido hoy, cariño."*

Me arrepentía de haber tomado el permiso. Antes de abandonar Hong Kong ya había olvidado que existían las servilletas. Olvidé las camas y las sábanas. Había olvidado que cuando quieres luz en una noche oscura, no tienes más que encenderla. Con meter 15 centavos en una máquina tienes un dulce siempre que lo desees. Casi me había olvidado ya de las fulanas.

★ ★ ★

Nos atacaron un poco después de la medianoche. Esa era su hora preferida. Normalmente empezaban entre medianoche y la una de la madrugada y continuaban hasta unos instantes antes del amanecer. Cuando disparaban creando una especie de cortina de fuego incesante, se sabía que iba a ser serio. Oíamos los primeros disparos y pensábamos: "Ahí están otra vez." Y empezaba la función: helicópteros en el aire, trazadoras por todas partes, lanzamiento de cohetes desde distintos puntos del perímetro, los Cobras haciendo picados... Y si las cosas se ponían difíciles, llegaba un cañonero Spooky para arrasar la vegetación.

Finalmente, acabó la noche y llegó el día. El fuego cesó, como ocurría siempre a esa hora, y enseguida comenzaron a volver los muchachos que habían estado de guardia. Habían pasado cinco horas y media bajo un fuego intenso e incesante.

Lawrence y Whip era de los que regresaban, y por casualidad yo estaba cerca de su lugar de alojamiento en el momento en que se dirigían hacia allí.

Lawrence venía delante, y lo primero que vi fueron sus ojos. Siempre son los ojos lo primero que se ve. Es difícil hablar de esto sin caer en el tópico, es difícil dejar de usar frases como "la mirada perdida" y otras por el estilo. Pero lo que vi en los ojos de Lawrence era horror. El Horror. Lo que daba miedo era que podía decirse inmediatamente de él que sabía que a partir de ese momento todo era diferente.

Aunque ambos estaban deshechos, antes de acostarse tenían una historia que contar. Whip llevó la voz cantante, mientras Lawrence callaba.

En pleno combate se les habían quemado los M-60 —se les fundió el cañón—. Se habían quedado sin municiones casi dos horas antes de que acabase la batalla.

Estos dos pobres chicos, vestidos con "pijamas negros", tuvieron que afrontar el estar rodeados de búnqueres, en los que al menos había tres soldados —lo que significaba, como mínimo, un M-60 y tres M16 y un puñado de granadas y minas Claymore y, en algunos puntos del perímetro, explosiones de barriles de napalm colocados por la ladera—, y además entre los búnqueres había también un M113 con una ametralladora del calibre 50 y 10 hombres con M16 o un carro Sheridan disparando proyectiles de metralla. Aún no sé cómo pudieron hacerlo.

La táctica habitual del enemigo era enviar primero a los jóvenes reclutados en la zona. Previamente, equipos de zapadores muy avezados cortaban la alambrada, volaban uno o dos búnqueres y abrían una brecha en las líneas. Después mandaban a niños —literalmente niños, que no tendrían más de 14 o 15 años— que habían sido sacados por la fuerza de la aldea más próxima, y por último la unidad selecta del EVN, en el caso de que tuviéramos que vérnoslas con los soldados norvietnamitas.

Whip estaba bastante seguro de haber contado 11 muertos, algunos de ellos muy cerca de su refugio. Dios sabe por cuántos momentos de terror habrían pasado desde que se quedaron sin municiones y comenzaron a ver al enemigo atravesando la alambrada enfrente de ellos. Se salvaron sólo porque llegó un carro a tapar la brecha que habían hecho los zapadores al volar el búnquer de al lado con una o dos cargas explosivas.

CAPÍTULO 2 OPERACIONES

Ni siquiera ahora sé cómo consiguieron pasar esa noche aquellos dos. Sólo sé lo que vi a la mañana siguiente y que, en cualquier caso, Lawrence no volvió nunca a ser la misma persona.

Lawrence no llevaba mucho tiempo allí. Era despreocupado e ingenuo, el juguete de los compañeros. Parecía ser de Brooklyn, pero no era un matón de barrio. Aunque viniera de lugares duros, era en cierto modo demasiado bueno para aquello.

Supongo que intentaba pasarlo de la mejor manera posible, de modo que en el pequeño club de reclutas, era él normalmente el que se encargaba de cambiar la media docena de discos que poníamos continuamente y de atender el bar. Era servicial y divertido, siempre dispuesto a colaborar: una verdadera joya.

Pero el tipo que volvió aquella mañana no era el que se había ido 24 horas antes y nunca volvió a serlo. Probablemente ahora no lo sea, ni lo será jamás. Durante una semana, Lawrence no habló mucho y, cuando comenzó a hacerlo otra vez, nunca recuperó el entusiasmo que había tenido anteriormente. Tenía la mirada velada y sombría como la de un viejo, los ojos hundidos hasta el fondo del cráneo. Si hubiera tenido el rostro cubierto de arrugas, habría pasado por un escéptico de 70 años.

Ese primer ataque terrestre fue muy violento. A la mañana siguiente había más de 200 cadáveres de "ellos" alrededor de la base y en la alambrada. ¿Quién sabe cuántos más habían caído muertos o heridos y habían sido arrastrados lejos de allí? Nosotros habíamos tenido 22 muertos y, aunque no sé cuál fue el número total de heridos, 22 muertos para una batalla nocturna en una pequeña posición era una cifra muy notable en aquellos tiempos.

Presencié el traslado de los cadáveres desde el puesto médico al depósito. Allí no cabían a lo sumo más que ocho en las "neveras" —contenedores Conex que tenían pequeños generadores para mantener los cadáveres refrigerados—, de modo que comenzaron a apilar a los demás en el patio. Según el informe oficial, los norteamericanos muertos no fueron más que ocho. Es horrible pensar en ello: no eran más que números, ni siquiera eran seres humanos.

Me enfureció darme cuenta de que nuestros datos de bajas en *Barras y Estrellas* eran falsos. Yo sabía en todas las ocasiones cuál era el total, pero los números que se daban eran siempre menores. Claro que, si falsificábamos las bajas enemigas, ¿por qué no falsificar las nuestras?

ABAJO: *Dando agua a un soldado herido.*
DERECHA: *A muchos soldados les llega la muerte, pero no así.*

CAMERA PRESS

ARTES MARCIALES

Hacerse un especialista tenía el alcance de adquirir el atractivo de una estrella de cine, algo con sabor a Los cañones de Navarone *o* Doce del patíbulo. *A la élite se le guardaba respeto y se le daba un trato privilegiado. Un hombre podía llegar a ser una leyenda.*

"En el batallón corría el rumor de que había un tipo en la «Patrulla de las Ratas» conocido como El Príncipe de las Tinieblas. El Príncipe de las Tinieblas nunca salía de día, no veía la luz del sol, pasaba todo el día en un búnquer oscuro todo negro. Había ido acostumbrando sus pupilas durante meses hasta conseguir suficiente visión nocturna como para conducir un jeep. Ni siquiera encendía una cerilla. Estoy seguro que se drogaba, pero cerraría los ojos al dar las caladas. De acuerdo con la leyenda, nunca pude verlo debido a sus hábitos nocturnos. Así que no sé si existió o no, aunque todos creían que existía."

Eran los especialistas. Permitían que la guerra los estrechase con más fuerza entre sus brazos. Deseosos de vivir en el centro de la insania, algunos de ellos eran locos viciosos caminando por el filo de una navaja. Pero el deslumbramiento lo provocaba la cosmética de Hollywood: los artilleros de helicóptero, los oficiales de espionaje, los Boinas Verdes y los Lurps eran simplemente operarios adiestrados en la misma zona de demolición. Bajo los disfraces y el maquillaje, detrás de las acciones espectaculares, había otro equipo de trabajo, formado por soldados sudorosos y amedrentados.

★ ★ ★

Una noche estábamos volando muy al sur, cuando nos llegó una llamada en vuelo. Había una zona entera bajo el fuego enemigo, por tierra y aire. Era algo importante.

Me parece que hicimos seis salidas. Llegar, descargar la munición, regresar y volver a cargar. Y volver de nuevo. Por fin, llegó el amanecer y la batalla se interrumpió.

Había cientos y cientos de vietnamitas huyendo de la zona por todos los caminos imaginables. Cundía el pánico. Con el sol llegaba la ocasión para abandonar Dodge. Aquello no era un pueblo, era un gran pantano. La gente se marchaba en embarcaciones, caminando penosamente..., como fuera. No sé si estaban sin municiones o qué, pero el caso es que en ese momento recibíamos poco fuego y matábamos a todo bicho viviente.

Se convirtió en una cacería de patos. Estaban indefensos y teníamos tres o cuatro equipos de ametralladores recorriendo la zona. Caían a cientos segados por las balas y los cadáveres quedaban flotando en el agua. Era la locura.

Estuve con los mejores. Volando embarcaciones abarrotadas de gente, cazándolos en los arrozales, abatiéndolos en los árboles en nombre de Dios. Ansia de sangre, no encuentro otra forma mejor de definirlo. Un trabajo inmediato. Recuerdo haber pensado una locura como que soy Dios y aquí traigo vuestro merecido, en forma de mi ametralladora y las Miniguns que tengo a mi cargo, y de los cohetes que disparamos. Fue una carnicería. No era mejor que alinear a la gente al borde de una zanja y pegarles un tiro en la nuca, y yo lo hice con entusiasmo.

En ese punto empieza a entenderse cómo se produce un genocidio. Aunque yo me considere un hombre decente, he segado las vidas de aquellas gentes desde mi helicóptero. Cierto que muchos de aquellos a los que estábamos matando por la mañana eran los mismos que habían intentado matarnos por la noche. Mentalmente, intentaba contrarrestar mis actos pensando que la mayoría de ellos eran enemigos, pero comprendía

J. HILLELSON AGENCY

ARRIBA: *Envuelto en munición para la M60, un infante de Marina coloca la "cerda" en línea con los arbustos y comienza la "faena".*

con pesimismo que, en determinadas circunstancias, cualquiera puede llegar a matar en masa. Eso era lo que yo estaba haciendo. Grotesco, así era lo que estaba haciendo. Completamente grotesco.

★ ★ ★

No tuvimos mucho movimiento de pacientes en la sala hasta que aparecieron los helicópteros de evacuación "medevac". Entonces nos quitábamos de encima 20 o 30 de una vez. A veces estabas desayunando y pensabas: "Dios mío, ¿todavía estará allí Tracy, u Homero?" A veces deseabas que hubieran muerto y así no tendrías que ir a ver. Pero ellos no podían ir a ninguna parte, no tenían sitio a donde ir. La sala no se movía de allí y no podías librarte de ella.

La sala estaba dividida en dos partes: una de soldados y la

T. SPENCER

otra de vietnamitas. Nosotros solíamos rotar, de modo que un día estábamos con los soldados y al día siguiente teníamos que ocuparnos de los... odio la palabra "amarillos", pero es lo que venía a ser. Cuando llegué allí y vi que no trataban a los vietnamitas igual que a los norteamericanos, pensé: "¿Quién diablos se creen que son estas enfermeras? Eso no puede ser, un ser humano es un ser humano."

Seis meses más tarde yo hacía lo mismo. Aunque fueran civiles que se habían visto atrapados en un fuego cruzado o tu-

vieran la cabeza vendada, no quería atenderlos. Era desagradable el mero hecho de ir a su zona de la sala cuando tocaba.

Uno de los primeros niños que tuve que atender en el Nam estaba allí porque, por alguna razón, un soldado le había dado una granada para que jugara: la granada explotó e hizo pedazos su cuerpecillo. Estuvo un día y una noche agonizando antes de morir.

La mayoría de los soldados sucumbían al encanto de los niños y estaban siempre cogiéndolos en brazos. Tuvimos un niño de cinco años que fue una trampa explosiva. Alguien le colocó una bomba en el cuerpo y lo envió a un bar donde había un montón de soldados descansando. Uno de ellos lo cogió en brazos y el niño explotó: le costó la vida a cinco soldados.

La criatura no vivió mucho tiempo. Lo mirabas y pensabas: "Bueno, qué mierda, no quiero ocuparme de él." Pero enseguida te decías: "No tiene más que cinco años. ¿Qué podía hacer?" Así que lo más sencillo era no pensar en ello. Y decías: "¡Vaya mierda! De todas formas, está a punto de morir." Y continuabas con tu tarea.

Me parecía que yo no debería haberme visto sometido a esa experiencia. Preferiría no haber sabido que existe toda esa basura. No quería saber que podía haber un número tan elevado de hombres malheridos. No quería saber nada de niños que vuelan en pedazos. No quería saber lo feas que pueden ser las cosas, lo feo que puede llegar a ser uno mismo. No quería tener que decidir quién iba a recibir cuidados y quién no. Tendríamos que tratarlos a todos como a seres humanos, y yo no lo hacía.

Por la noche no dormíamos. Descabezábamos un sueño durante el día y listo. Yo hacía cualquier cosa para no ir a la cama, y entre nosotros llegó a convertirse en una broma, riéndonos de no ser capaces de ir a acostarnos. Era espantoso. No podíamos dormir si no estábamos borrachos como cubas o nos inyectábamos un narcótico; o si no llevábamos ya seis canutos y estábamos al borde del colapso. Nos quedamos sin sangre, nos quedamos sin antibióticos, pero nunca nos faltó cóctel de frutas, condones y zapatillas para la ducha.

El miedo de una enfermera era caer prisionera y no tener Tampax. No se podía contar con usar las hojas de la jungla, porque la jungla estaba deshojada. Se nos decía constantemente que tuviéramos preparada una maleta, porque en caso de invasión seríamos evacuadas. Pero era una puñetera mentira, porque después descubrí que nunca habían tenido un plan de evacuación. Si nos invadían, sería cosa de tenerlas "bien puestas". En cualquier caso, todas metíamos las mismas cosas en la maleta: dinero, una cámara y Tampax. Yo llevaba el chaleco antibalas tan atiborrado de Tampax que nada podía atravesarlo.

★ ★ ★

Cuando llegué me convertí automáticamente en el oficial de mayor categoría. Había otros tres muchachos que eran sargentos por méritos de guerra, un rango respetado por uno de reemplazo. Para la jungla llevábamos trajes de faena, sin ningún tipo de chapas —simplemente un "US" en el cuello y el nombre de la unidad—. Guerreros de la Jungla.

Entre nosotros había un tipo en concreto que era el arquetipo del mercenario. Nadie podía controlarlo y él no se controlaba a sí mismo. Yo le llamaba "Matador".

Era de Georgia y durante una temporada había jugado en un equipo universitario de rugby. En realidad, "Matador" tenía un poderoso atractivo, aunque tras aquella fachada se escondiera una fiera salvaje en constante actividad.

La mayoría de los que estaban en servicios de información

CAPÍTULO 2 OPERACIONES

US ARMY

ARRIBA: *El final del camino para un soldado norvietnamita abatido por el fuego norteamericano.*

sabían que estaban allí para evitar el combate. "Matador" deseaba acción. Como yo era el puñetero recién llegado y el mandamás, tenía que tomar partido. Emocional y mentalmente, había una parte de mí que se inclinaba hacia la facción opuesta a convertirse en una unidad especializada en golpes de mano. Sin embargo, otra parte de mí era inconscientemente temeraria y, tal vez, un poco aventurera. Tenía 24 años y era curioso.

"Matador" se excita de verdad por las revelaciones que nos hace un agente vietnamita, D-9. Nos dice que hoy hay vietcong —cuadros— en la zona. Si por casualidad una unidad de norteamericanos peinara la zona, los vietcong tendrían que refugiarse en determinados "agujeros de araña". Nuestro agente sabía que era cierto, porque en la aldea había un subagente que trabajaba para él.

D-9 había pasado información anteriormente y tenía bastantes éxitos en su haber. Y todos nosotros estábamos esperando una oportunidad para salir. No se trataba sólo de que la información fuera buena, era también cuestión de salir a zurrar la badana a alguno.

Subimos al aparato, despegamos y encontramos al pelotón avanzando penosamente por entre la alta hierba. Nos montamos en las orugas, tres transportes acorazados de personal.

D-9 nos hace detenernos en un bosquecillo. El teniente del grupo de reconocimiento despliega a sus hombres en un círculo de 100 metros de diámetro. Tenemos unos 35 hombres, aparte

del grupo de mando: "Matador", D-9 y sus secuaces, el intérprete, S2 (el miembro del servicio de información) y yo.

Por fin encuentran la tapa del "agujero de araña". "Matador" se arrastra hacia el borde y arroja algunas granadas de mano dentro. Después aparta la cubierta de una patada y, poniéndose de pie, vacía varios cargadores en el interior, como un Audie Murphy con ametralladora.

No sucedió nada, de modo que, tras una breve deliberación, decidimos arrojar una mina Claymore.

Le ponemos los cables, la arrojamos al agujero, atamos el cable al émbolo... *Cazum*... Todo salta por los aires. Pero todavía no son más que dardos, sin demasiada potencia explosiva.

A la entrada del agujero hay un árbol. El artificiero coloca explosivo plástico en la parte posterior del árbol, mete el cordón del detonador en la carga, lo estira... ¡Fuego! *Bum*.

> "Había un tipo en concreto que era el arquetipo del mercenario... Yo le llamaba 'Matador'."

Finalmente, D-9 ordena a uno de sus hombres que baje al agujero. Unos minutos después saca una pierna, luego el cuerpo de un hombre sin pierna. Después otro cuerpo. Y otro más —un joven, un niño, de unos 11 años—. Han sufrido una muerte horrible. Se habían refugiado allí muy apretados y era evidente que el hombre que había perdido la pierna se encontraba más al exterior.

Una vez que han sido sacados los cadáveres, sin que nadie haya dado la orden de dejar el círculo, los de caballería comienzan a aparecer por allí con sus mochilas a la espalda. Sin que se sepa de dónde salen, comienzan a aparecer cámaras Instamatic y enseguida empiezan a sucederse los fogonazos. Me dominó un sentimiento hondo y extraño, como si fuera proyectado a algún lugar lejos de allí. Pop. Pop. Pop. Lo veía todo como si fuera una pantomima, a cámara lenta: todos aquellos tipos rebuscando diestra y elegantemente en algún bolsillo oculto del traje de faena, el efecto paralizador del movimiento causado por los destellos de luz de las cámaras fotográficas. Mostraban grandes sonrisas de placer, como si hubiera ocurrido algo maravilloso. Habían hecho su trabajo, habían conseguido unos buenos puntos, se habían ganado una palmadita en la espalda.

Entonces alguien nota que el pecho del tercer tipo —el joven— se mueve. Está respirando. "Matador" se arrodilla a su lado, le agarra por los pelos y le levanta la cabeza. Luego saca su 38 de cañón corto y lo coloca en la sien del chico. Nos mira como buscando alguna clase de consenso, alguna clase de permiso. Si lo hubiera hecho de una forma espontánea y automática, nada habría salvado al muchacho, pero "Matador" deseaba implicar de alguna manera al grupo en la decisión, no podía hacerlo por su propia cuenta. Dijo algo como: "No hacemos prisioneros, ¿no es cierto?"

Algo ocurrió. Volví a la tierra y tomé una decisión tajante, sin un momento de vacilación, y dije: "No puedes matar a ese hombre."

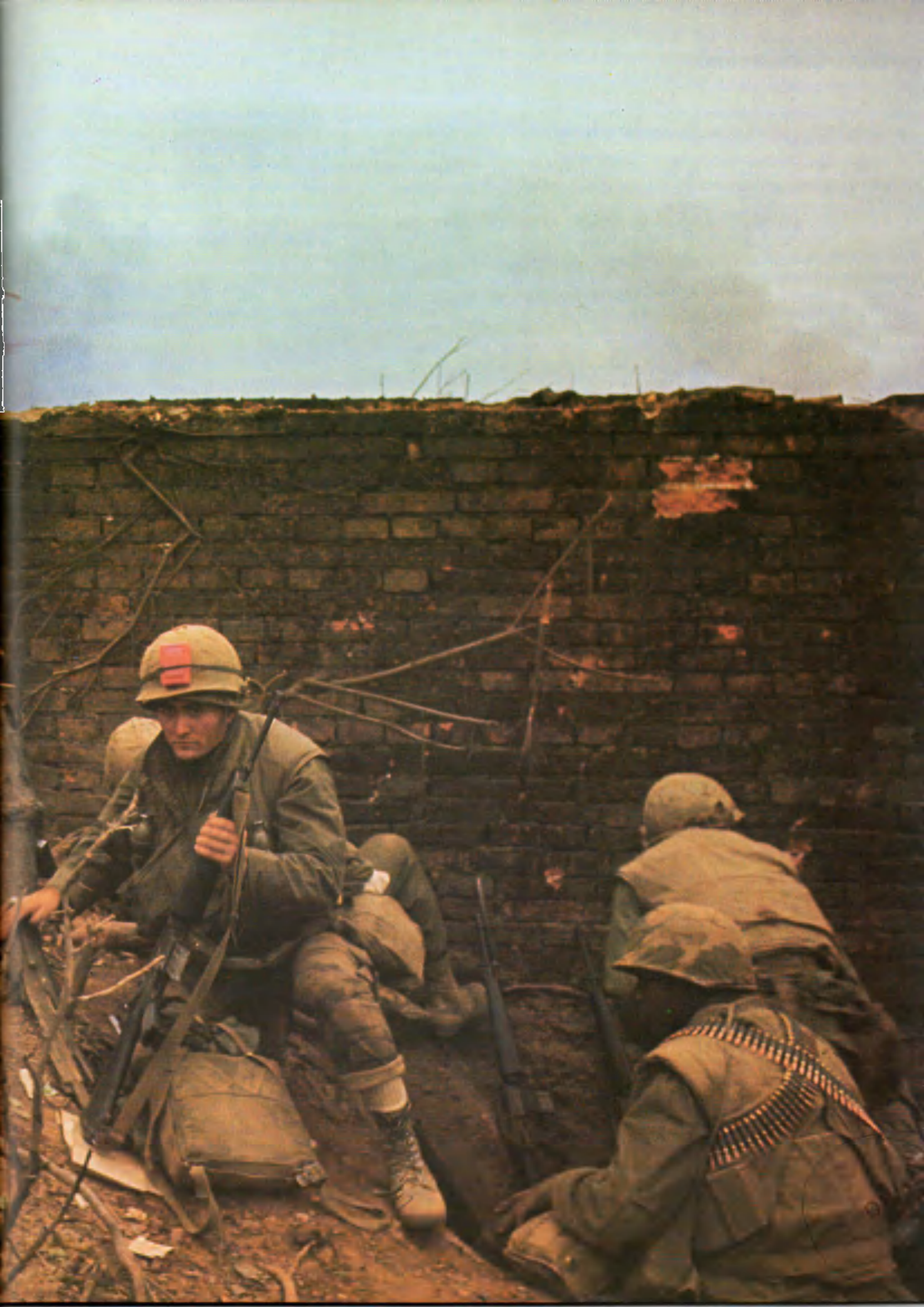
"Matador" cogió una rabieta: "Si llevamos a este tipo a la policía y se lo entregamos como sospechoso de ser un miembro del enemigo, no pasará allí más que unos días. Luego llegará un pariente, sobornará a quien sea preciso y este tipo volverá a poner minas en la carretera. Si no lo matamos ahora, él matará más soldados. En esta unidad tenemos una política, teniente: no hacemos prisioneros."

US ARMY

ARRIBA: *No te metas con las Fuerzas Especiales.*

Le contesté: "Bueno, esa no es mi política, no sé nada de eso." Entonces me embarqué en un discurso moralista, argumentando que lo que habíamos hecho ese día podía justificarse como un acto de combate de buena fe, pero que matar a un hombre a sangre fría era algo que yo no podía consentir. Y al final me busqué una escapatoria, añadiendo: "Además, puede suministrarnos información verdaderamente buena."

El otro teniente llamó al médico, quien saltó al agujero a atenderlo. Le pusieron una inyección intravenosa inmediatamente y lo evacuaron. Por lo que sé, lo subieron a un heli-



cóptero, le rebanaron la garganta y después lo tiraron al vacío.

Desde aquel día los muchachos no volvieron a tener confianza en mí.

★ ★ ★

En aquel campamento en concreto habíamos montado el tinglado de una forma muy hábil. Teníamos una alambrada móvil, de manera que las putas podían entrar a joder con todo el mundo en los refugios. Una de las noches se producen tiranteces entre los muchachos por lo de meter putas, porque al parecer el servicio de información militar va a vigilar los búnqueres para ver lo que hacemos. El tipo del servicio de información, como un verdadero estúpido, se coloca entre los búnqueres y la alambrada, cava una zanja y se mete dentro para pasar toda la puñetera noche.

Así que teníamos un pequeño problema: queríamos meter a las fulanas y aquel hijoputa estúpido se había colocado en el medio del lugar por donde cruzábamos la alambrada. Pero no tenía radio. ¡Ja! Comenzamos a acribillar a tiros la zona en la que estaba, de forma que ni siquiera podía asomar la cabeza. Metimos dentro a las putas en medio de un fuego intenso, batiendo toda la zona alrededor de él y haciéndole cagarse de miedo. Una vez que tuvimos a las fulanas dentro, cerramos la alambrada. Y cada vez que aquel tío asomaba la cabeza, le lanzábamos una andanada y entretanto nos pasamos la noche jodiendo.

A la mañana siguiente el tipo apareció todo tembloroso. Y así fue como abandonamos la Caballería Acorazada.

★ ★ ★

Como no querían que abandonáramos el campo de batalla ni siquiera para ir a la cercana Da Hang, pasábamos el rato en un bar situado a medio camino entre el campamento y Quang Tri. Allí fue donde conocí a ese tipo llamado "Ochenta-y-nueve". El nombre le venía de que había matado a 89 hombres en un solo día. El resto del pelotón había sido barrido y, cuando le encontraron, había 89 cadáveres a su alrededor y todo lo que le quedaba era la bayoneta en una mano y la culata del fusil en la otra. No tenía municiones, pero tanto la culata como la bayoneta estaban manchadas de sangre.

Cuando su unidad entraba en el bar, todos los que estaban en el tugurio les abrían paso. Diablos, yo estaba acostumbrado a que los maricones de retaguardia se apartaran ante mí, y ahora éramos nosotros los que lo hacíamos. No estaba dispuesto a retirarme, pero los muchachos me convencieron. Muchos de los tipos de aquella unidad llevaban una larga trenza, que les caía por un lado de la cara, y tenían afeitada una parte de la cabeza. Otros llevaban el pelo como los mohicanos o una trenza como la de Yul Brinner —mi actor favorito— en *Los Diez Mandamientos*. Los negros llevaban el pelo a lo mohicano por lo general, puesto que no llegaban a tenerlo lo bastante largo para hacerse una trenza.

"Ochenta-y-nueve" y sus hombres eran exploradores de Infantería de Marina y yo les tenía mucho respeto. Estaban todos locos, pero los respetaba. Coleccionaban orejas.

Extendían las orejas por la barra. El que tenía más orejas desparejadas tenía que pagarles las rondas a los demás durante toda la noche. Jugaban a formar parejas y, cuando no se encontraba más que una, no era una muerte confirmada. Quería decir que se la habrían robado a algún otro. Si alguno se quejaba: "No tuve tiempo de arrancarle la otra oreja", le contestaban: "¡Y una mierda!, seguro que la has robado."

Aquel grupo de hombres me fascinaba. Todos estaban en su segundo o tercer período de servicio en Nam y se decía que los que estaban en su tercer período iban a volver a casa esta vez. La relación entre ellos era aún más fuerte que la nuestra. No eran de los que iban diciendo: "Sí, somos muy malos." Ellos no pensaban para nada en los que los rodeaban. No recuerdo cómo conseguí hablar con "Ochenta-y-nueve", pero comprobé que él creía de verdad en lo que estaba haciendo. Esa era la diferencia. Nosotros estábamos allí porque no deseábamos ir a la cárcel u alguna otra razón por el estilo, pero él estaba allí porque creía en ello.

En cierto sentido, me daban pena. Habían llegado allí y habían descubierto que su oficio era matar, y eran endiabladamente buenos en eso. Habían probado la sangre y les gustaba. Pero, cuando la guerra terminara, ¿qué iban a hacer? Cuanto más alto llegas, más dura es la caída.

★ ★ ★

Hicimos un par de misiones que no fueron realmente legales. En ocasiones sabías exactamente a dónde ibas antes de salir, pero otras veces no lo sabías hasta que estabas allí y abrías los paquetes que contenían los mapas y las armas.

El asunto era que si alguno de los manejos en Camboya salía a la luz, para Nixon se acababa todo. Así que las operaciones en Camboya no es que fueran clandestinas, sino que se negaba de plano su existencia.

En una de nuestras misiones en Camboya, arrasamos una población. Sí, un pueblo entero. Después que todo acabó, leí unos informes del servicio de información en que se decía que en aquella ciudad todos prestaban apoyo a los norvietnamitas, pero eso no hay quien se lo trague. A menudo, los soldados norvietnamitas llegaban a una aldea para reclutar voluntarios, cogían al más viejo de la aldea, lo colgaban, le rajaban el vientre y dejaban que los cerdos se lo comieran mientras agonizaba. Después preguntaban: "¿Quién desea acompañarnos?" ¡Pobre del que no lo hiciera!

Así que llegamos al pueblo y reunimos a toda la gente, unas 60-70 personas. Mujeres, niños, todo el mundo. Quemamos todas las casas hasta hacerlas cenizas. Pensábamos que iban a ser evacuados.

Entonces un tío nos ordenó por radio: "Despachadlos."

Yo no iba a hablar por radio. Di una señal, luego una segunda. De nuevo dice la voz: "Despachadlos."

Le pregunto: "¿Despachar, a quién?"

"Despachad a todos los que atrapéis."

"Pero estás hablando de 60-70 personas, algunas de las cuales puede que sean amigas. ¿Te das cuenta de eso?"

Él contestó: "Despachadlos."

"Extendían las orejas por la barra. El que tenía más orejas desparejadas tenía que pagarles las rondas a los demás..."

"¿Puedes darme tu nombre y graduación?", repliqué, porque no pensaba matar a aquella gente.

"Hijito", me respondió, "te aseguro que tengo cinco veces mayor graduación que tú y 20 años más. Y te digo que los despaches."

"¿Cómo sé que no eres un civil?", dije. "Puede que seas un agente de la CIA o algo por el estilo. No voy a 'despacharlos' hasta que se ponga alguien a la radio que me diga quién diablos

POPPERFOTO

DOBLE PÁGINA ANTERIOR: *Combatiendo por Hue.*
ARRIBA: *Atados en reata, unos sospechosos de pertenecer a las guerrillas son llevados lejos de sus pueblos.*

es y quién da la orden de matarlos. Sólo a partir de ese momento puede que haga algo."

Se pusieron a la radio dos individuos que manifestaron ser oficiales de *muy* alta graduación. Uno de ellos me dijo: "Por orden del Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos te comunico que has de cumplir la orden dada en la transmisión que has recibido anteriormente."

"No puedo creer lo que me estáis diciendo."

"No nos importa que te lo creas. Despáchalos."

De modo que me reuní con ocho de mis hombres, mientras los otros dos vigilaban a los camboyanos. Les dije que nos habían dado por radio la orden de aniquilar a aquella gente. ¿Qué íbamos a hacer? Nos pasamos una hora discutiendo.

Estábamos entre la espada y la pared. Si lo hacíamos, nos sentiríamos muy mal con nosotros mismos. Si no lo hacíamos, tendríamos muchos problemas a la vuelta. No había una respuesta satisfactoria.

Pero en el grupo había un par de tipos que disfrutaban un montón matando, y eran los dos que estaban de guardia. Les dije cuál era la situación. No pudieron contenerse. Una sonrisa de oreja a oreja cruzó su rostro. Regresaron junto a los prisioneros y les hicieron tenderse en el suelo con las manos a la espalda. Así los despacharon: mujeres, hombres, niños, todo bicho viviente.

Lo más alucinante de todo el asunto fue que a la semana siguiente los periódicos informaban que las tropas regulares vietnamitas habían invadido aquel pueblo sin nombre y habían aniquilado a todos los habitantes.

Regresamos y pasamos una temporada bastante jodidos por aquello. En estos casos es cuando las cosas comienzan a ir mal. Mira, matar es algo impersonal, se aprieta el gatillo y no se ve quién cae. Sólo después puede que descubras el daño que hayas hecho. O tal vez un general que sobrevuele el escenario en helicóptero pueda ver a algunas personas cayendo muertas. Pero nosotros comenzábamos a tener un contacto muy personal con los que estábamos matando; no sólo con los de aquel pueblo. En líneas generales, comenzaba a sentir repulsión hacia alguna de las cosas que hacíamos. No era una cuestión de moral. Era sencillamente repulsión.

★ ★ ★

ARRIBA: *Los sanitarios hacen una cura de urgencia mientras el herido espera ser evacuado. El enfermero tiene que actuar rápidamente, pues en pocos minutos puede producirse la infección.*
DERECHA: *El hombre de Kentucky.*

TIM PAGE

Capítulo 3

HISTORIAS DE GUERRA

CAPÍTULO 3 HISTORIAS DE GUERRA

VENCEDORES

"Tuve un cachorro en Vietnam una temporada. En una ocasión pasé tres días durante los cuales lo cogía y lo estrujaba hasta hacerlo chillar, o le retorcía una pata.

"Sabía lo que hacía, sabía que estaba sirviéndome del animalito para librarme de algo. Alguien tenía que sufrir por todo el dolor que yo tenía acumulado, y ese alguien iba a ser el cachorrillo.

"Por último me sentí tan horrorizado que regalé el animal. Tenía que apartarlo de mi vista. No creo que lo hubiera matado, pero no quería saber a dónde podía llevarme aquella chispa de sadismo. Me enfrenté a la persona que yo me creía que era y comencé a tener la sensación de estar dividido en dos mitades."

Ningún chico de 18 años iba a Vietnam pensando: "Ahora voy a ser cruel." Pero la mayoría de ellos se encontró cara a cara con sus partes más sombrías en aquella guerra. Algunos de ellos encerraban en su interior una maldad adolescente que floreció violentamente, nutriéndose de las favorables condiciones que encontraron en Vietnam. Muchos de ellos se abandonaron a la crueldad al descubrir que formaba parte del instinto de supervivencia.

Pese a palabras tan grandiosas como deber, honor y valor, la guerra tiene más que ver con el mal, es como un reactor nuclear que arroja al exterior un infierno de sufrimiento a cambio del pequeño chispazo de sadismo con que el hombre lo alimenta. Se alentaba al mal recompensándolo con medallas, permisos para disfrutar lejos del horror, comida caliente... ¿Cómo convencer si no a unos chicos para que se maten entre sí? Y si su parte más negra se apodera de la mano corporal y consigue dominarla, ¿de qué otra forma puede perdonarse?

Los veteranos del Vietnam no pueden darse el lujo de rechazar la maldad como una aberración momentánea en un mundo civilizado por lo demás. Han visto la violencia de que es capaz el ser humano, de la que ellos mismos son capaces.

★ ★ ★

Conozco infantes de Marina que creaban más enemigos entre los vietnamitas que los que mataban, simplemente por el mal trato que les daban. Es curioso que cuando no se espera compasión de nadie es cuando más cuesta mostrarla. Así que, por la causa de la Defensa Nacional, en realidad se engendraba seres humanos odiosos. Ahora, cuando uno está aquí, sentado en el sofá, parece horrible, pero entonces no era horrible: era lo que había que hacer. Considerando cómo estaban las cosas, eso no era nada.

★ ★ ★

Nuestra base era muy tranquila. En algunas ocasiones en que nos tocaba montar guardia, el comandante nos decía: "Mirad, hace una temporada que no logramos muchas bajas, así que id al pueblo a matar a alguno y traedlo a este lado del río." Se suponía que no podías dispararles a menos que estuvieran en nuestra orilla. Exactamente no lo manifestaba así, sino que decía: "Eh, muchachos, si queréis un día libre necesitamos hacer más bajas." Ese era el tipo de insinuaciones que hacía.

Y los muchachos deseaban días libres. Yo también, pero no tanto como para matar a nadie. Mi pelotón nunca hizo una cosa así. Nosotros bajábamos al pueblo a acostarnos con las mujeres cuando se suponía que estábamos preparando emboscadas, pero otros bajaban a cargarse gente, mujeres y niños incluidos, y llevársela a rastras. Ya ves a quién matábamos.

La única forma de quitarte las frustraciones de encima era follar o salir a pegar un tiro a alguien. Y muchos de los muchachos, como no se atrevían a follar por miedo a coger una enfermedad venérea y esas cosas, tenían que salir a pegar tiros.

En aquel pueblo, Calley se cargó a todos los viejos y los niños. Eso era lo que se encontraba en los pueblos durante el día. Visitamos montones de ellos y en el noventa y nueve por ciento de los casos no intentaron nada contra nosotros. Nosotros nos pasábamos todo el tiempo borrachos y "colocados", listos para pasar un buen rato jodiendo con las mujeres. Aquellas mujeres tuvieron muchas oportunidades de rebanarme la garganta y nunca lo hicieron. Sin embargo, Calley llegó y los barrió a todos.

★ ★ ★

Nosotros no tomamos parte en torturas de ninguna clase, pero una vez estuvimos jugando con un norvietnamita. Lo había atrapado Silverman. Sabíamos que se estaba muriendo: estaba retorciéndose de dolor, con una herida en el abdomen que tenía muy mal aspecto. Si hubiéramos ido a rematarlo, habría sido un gesto humanitario. Viendo que apenas iba a vivir cinco minutos más, lo mejor habría sido volarle la tapa de los sesos.

"Imagino que lo hacíamos para probar que éramos unos tipos verdaderamente duros. Nosotros ganábamos y él perdía. La emoción de la victoria, la agonía de la derrota."

Pero no lo hicimos, sino que nos turnamos para posar sobre él amenazándolo con la bayoneta, vaya mierda. No se la clavábamos, ni nada de eso. Simplemente posábamos y sacábamos fotos. Cada foto era diferente, porque el tipo rodaba de un lado a otro. Tardó unos 20 minutos en morir.

Cuando miro hacia atrás, me siento avergonzado y me alegro de no conservar las fotos. Ahora me siento mucho más avergonzado que entonces. Imagino que lo hacíamos para probar que éramos unos tipos verdaderamente duros. Nosotros ganábamos y él perdía. La emoción de la victoria, la agonía de la derrota.

★ ★ ★

Tenía un paciente que era sospechoso de ser un correo del EVN. Lo habían cogido fuera de la ciudad con documentos encima. Había recibido un tiro en el pecho, de modo que estaba con dos sondas en el tórax y un tubo pequeño que se usaba para el drenaje.

Las chaquetas de enfermera tienen en la parte delantera izquierda un bolsillo pequeño, donde llevamos las tijeras. En una ocasión, mientras estaba agachada al lado de su cama, el paciente me quitó las tijeras del bolsillo y, cuando alcé la vista, le vi echarse hacia mí dispuesto a clavármelas en el pecho. Tenía agarrados el tubo de drenaje y las sondas, y con un tirón se los arranqué del cuerpo. No es necesario decir que soltó las tijeras. Los PM (Policía Militar), que estaban buscando una excusa para infligirle un castigo corporal, lo sacaron de la sala.

Volvieron unas horas más tarde. Uno de ellos entró y dijo:

DERECHA: *Los restos de la carnicería, barridos a la cuneta como basura. Una vez visto, no puede olvidarse nunca. La muerte y la mutilación no son unos extraños en Vietnam.*

US ARMY

CAPÍTULO 3 HISTORIAS DE GUERRA

"Eh, teniente, salga aquí fuera. Quiero mostrarle algo." Los PM lo habían desollado, como quien pela una manzana. No dije nada, no sabía qué decir. A su manera, pensaban que habían hecho algo por mí, puesto que el tipo había intentado matarme. Me pregunto lo que pensarán de eso ahora.

★ ★ ★

Tengo que admitir que disfrutaba matando. Me resultó muy excitante mientras estuve allí. Mi postura era: cuantos menos fueran los enemigos, mayores probabilidades tenía de sobrevivir. Pero está claro que eso se olvidaba enseguida. Matar provocaba un cierto placer, levantaba el ánimo de una manera difícil de explicar. Tras el combate, los muchachos estaban realmente excitados: "Eh, tío, ¿viste cómo hacía aquel tipo? ¡Joder! ¿Lo viste?"

Durante los combates terrestres, puede ocurrir que a un tipo lo alcancen mortalmente y, justo cuando va a desplomarse, el tiroteo sea tan intenso que lo levante un par de veces. Comienza a caer y —*whack*— arriba otra vez. Hacíamos competiciones para ver cuánto tiempo podíamos tener los cadáveres en movimiento. Para la mayoría de las personas esto es un espectáculo horrible, pero nosotros éramos tan sádicos que lo provocábamos. El hombre había muerto ya 20 o 30 veces y nosotros seguíamos intentando mantenerlo en pie.

★ ★ ★

Los niños de los pueblos nos veían venir por el canal en la enorme cañonera acorazada e inmediatamente se acercaban a pedir. Saltaban delante de la lancha y no nos dejaban pasar hasta que no les echábamos algo de comida. Arriesgaban de buena gana sus cuerpecillos por obtener unas raciones C.

Comenzaba a odiarlos, porque no podía soportar la idea de que hubiésemos irrumpido en las vidas de aquella gente, destrozándolas por completo. Comenzaba a sentir que a aquella gente le importaba un pimiento si los que estábamos allí éramos nosotros, el Vietcong, o cualquier otro. Lo único que deseaban era cultivar la tierra y llevar una vida normal. ¿Y nosotros llegábamos allí para hacer que sus hijos saltasen delante de la lancha para pedir comida?

★ ★ ★

ABAJO: *Soldados dando raciones C a una mujer vietnamita y su hija, mientras las balas enemigas silban sobre sus cabezas.*

POPPERFOTO

Cuando teníamos que interrogar a prisioneros, la costumbre era subir a tres "amarillos" en un helicóptero y llevarlos hasta unos 300 metros de altura. Estamos con un oficial del servicio de información, sección G2 del estado mayor general. El oficial va de paisano. Llevamos con nosotros a un "Kit Carson" para que nos sirva de intérprete.

El oficial agarra al primero y dice: "Habla." Nosotros decimos: "*Crackadill, sakmile, crackadill.*" *Crackadill* era "matar".

El primer "amarillo" no quiere hablar. El oficial nos hace la señal, indicando la portezuela con el pulgar, y tiramos al tipo al vacío. Los otros dos "amarillos" ven cómo sale su compañero por la portezuela del helicóptero.

Si el segundo parece no querer decir nada o miente, el oficial de información dice: "Afuera con él." Y le sacamos a patadas, porque se supone que tenemos que hacer lo que nos dicen los oficiales de información: hablan por el Ejército. El último prisionero está llorando y parece una máquina de escribir. Habla vietnamita como loco. Es la naturaleza humana. El tipo habla por los codos y no es posible detenerlo. Para hacerlo callar habría que amordazarlo. El "Kit Carson" está traduciéndolo todo.

Antes de regresar al campamento, y una vez que el tipo lo ha dicho todo y el oficial de información tiene los documentos, se le arroja igualmente al exterior. Incluso al "amarillo" bueno, si ellos daban la orden, se le arrojaba al vacío.

★ ★ ★

Tomemos un grupo de hombres y pongámoslo en un lugar donde no haya mujeres de ojos redondos. El medio ambiente es exclusivamente masculino. Enfrentémonos a la situación, la naturaleza es la naturaleza. Hay mujeres disponibles, mujeres de otra cultura, otro color, otra sociedad. No quieres una prostituta y tienes un M16: ¿qué necesidad tienes de pagar por una mujer? Bajas al pueblo y tomas lo que deseas. Vi a chicos que no creo que nunca antes hubieran tenido relaciones sexuales con una mujer en unas condiciones como aquéllas. Esos tipos regresaron doblemente veteranos. No eran hombres que cometiesen una violación en circunstancias normales, no habían tenido problemas psicológicos. Pero, en ese medio ambiente, le das un arma a un tío y ocurren cosas extrañas.

Un arma es poder. Para algunos, llevar un arma constantemente es como tener una erección permanente. Apretar el gatillo era un puro acto sexual.

"Tengo que admitir que disfrutaba matando. Me resultó muy emocionante mientras estuve allí... Cuantos menos fueran los enemigos, mayores probabilidades tenía de sobrevivir."

Éramos un grupo de asalto móvil, de modo que teníamos helicópteros a nuestra disposición. Recibía, por ejemplo, una orden por radio y decía: "Salimos de patrulla de reconocimiento de largo alcance, coordenadas Yankee Zulu uno-nueve-cinco-siete. Daremos señal cada dos horas." Según la frecuencia con que se diera la señal, era posible comunicarse sin tener que hablar por radio, porque ellos se limitaban a escuchar el ruido. Luego me cogía a mis hombres y nos íbamos a Vung Tau o Saigón: una fulana me la está soplando, me pongo en contacto por radio, doy un par de señales y vuelta a joder. Al regresar,

ARRIBA: *Un prisionero vietcong, atado y vigilado estrechamente, es introducido en un Huey para ser interrogado. Pero algunos vietcong no sobrevivían al interrogatorio: una portezuela abierta, un rápido empujón y se acabó todo.*

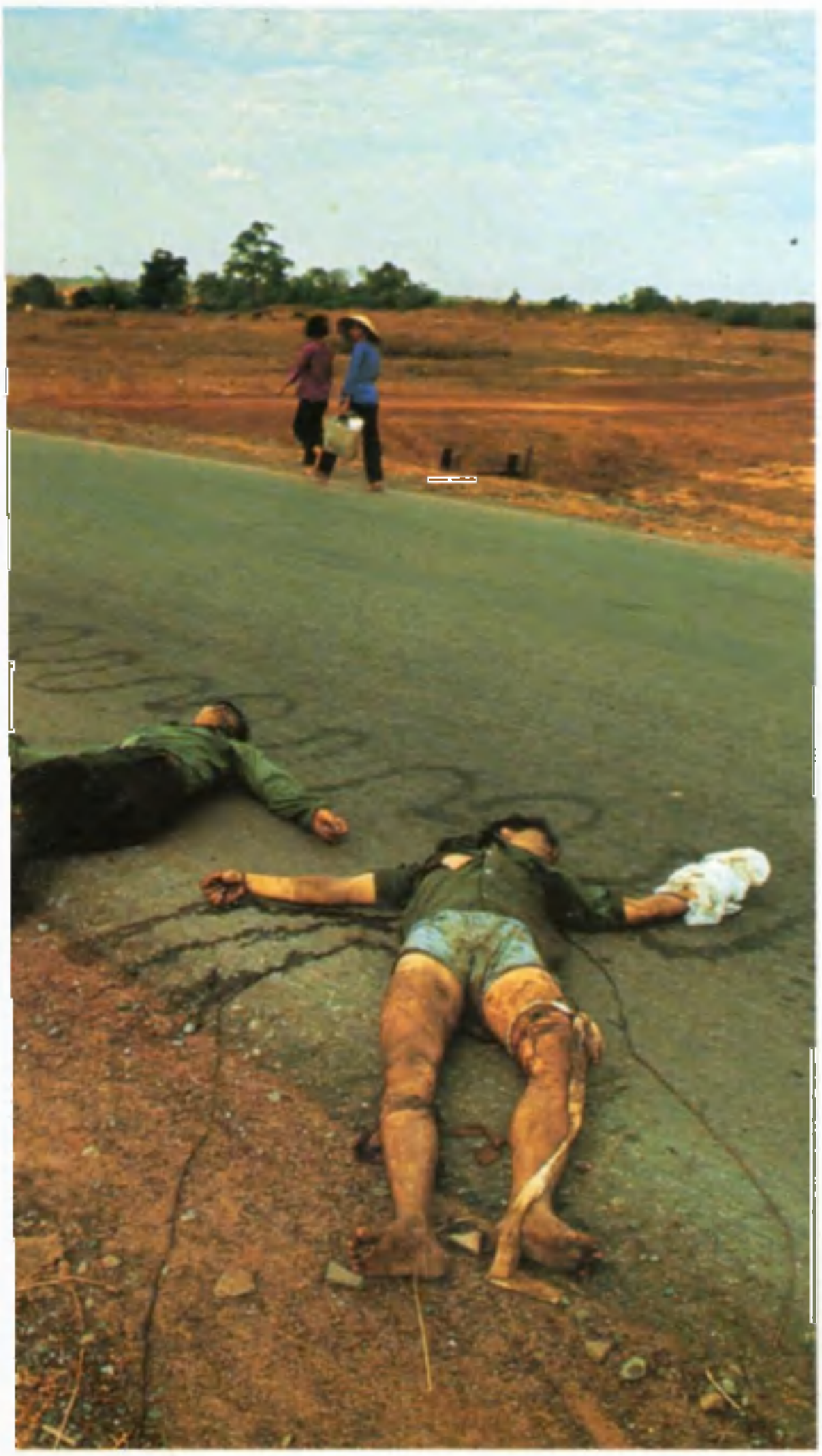
pasé un informe falso de movimientos de tropas. Eso pasaba en muchas ocasiones, pero no siempre. Sin embargo, lo hacía, pasaba informes falsos. De cualquier manera, ellos falsificaban los informes que les dábamos. Por lo que a mí concernía, el asunto no tenía demasiada importancia.

★ ★ ★

Estábamos de vigilancia en una carretera de una zona de tiro libre y aparecieron dos "amarillos" en una Lambretta: "Eh, vamos a detenerlos." Así que salimos de la maleza y los hicimos parar junto a la cuneta.

"¿Qué hacéis aquí? ¿Eh, vietcong? ¿Qué hacéis aquí?" Eran una "chicasan" y un "papasan". Calculo que ella tendría unos 15 o 16 años y él era un hombre maduro de unos 40 años.

¡Llevaban un bote de peras! Peras norteamericanas en un



F. SPOONER PICTURES

IZQUIERDA: *Sangre en los caminos, muerte en la carretera. Muchos vietcong murieron de esa manera, pero nadie sabe cuántos campesinos inocentes cayeron víctimas de los soldados de "dedos nerviosos" que habían visto morir a sus compañeros.*

gran bote verde, marcadas con un gran US en grandes letras de molde. Y decimos: "¿No es esto una putada? Nosotros en el campo sin saber lo que son las peras, pero ellos tienen peras. Y nosotros no." Nunca olvidaré las caras de los miembros de la unidad, desde los soldados hasta el capitán. Nosotros tragando mierda en primera línea y los tipos de la retaguardia dando peras a esos "amarillos"...

Dijimos: "¿Eh, no es bueno esto? Unos "amarillos" paseándose con una lata de peras. ¿Cómo las conseguisteis?"

"Me las dan los soldados." El hombre trabajaba en un comedor militar de retaguardia.

"¿Los soldados te dan peras? ¿De veras? Pues mira por dónde nos vamos a follar a tu hija." Así que rápidamente agarramos a la chica, que empezó a llorar. Creo que era virgen. Le bajamos las bragas y le colocamos una pistola en la cabeza.

Los muchachos hacían turnos para follársela, parecían una manada de fieras. "Eh, ése lleva ya demasiado rato." Ninguno se dio la vuelta ni nada de eso, sino que todos nos pusimos en la fila para follarla.

Mientras yo estaba forzándola, los muchachos la amenazaban con sus fusiles. Ella me dice: "¿Por qué me haces esto? ¿Por qué?" Algunos "amarillos" hablaban muy bien nuestro idioma. "Eh, tú eres negro, ¿cómo me haces esto a mí?"

Nos volvimos hacia el padre y le dijimos: "Puedes llevarte tus peras. Los soldados son muy amables al dártelas." Todos los vietnamitas tenían una tarjeta ID. Una tarjeta de plástico con la foto, en la que dice que estás en regla en la República del Vietnam. De modo que se la quitamos. "Muchachos, hemos cogido a un vietcong. Un vietcong con material del gobierno robado, así que debe ser un infiltrado." Le pegamos un tiro.

Como decía, estábamos en una *zona de tiro libre*. Comenzamos a meterle balazos hasta que reventó. Nunca más volvió a tener rostro.

La jovencita estaba llorando, de manera que uno de los muchachos le puso el fusil en la cabeza y apretó el gatillo para borrarla del mapa. Los demás empezamos a dispararle y, cuando acabamos, nos pusimos a darles patadas y pisotearlos. Así funcionaban el odio y la frustración. Después de violarla, desvirgarla, después de volarle la cabeza, date cuenta de lo que digo, nos pusimos a pisotear su cadáver.

> "La aldea es arrasada y nosotros continuamos... Eso era lo que se llamaba 'búsqueda y destrucción'. Si no había enemigo allí, nosotros lo creábamos."

Y todo el mundo se reía. Es como ver a unos leones alrededor de una cebra recién cazada, *El Reino Salvaje* o algo así. Se ponen en círculo orgullosos y comienzan a darse un festín con el cadáver. Y nosotros le dimos patadas en la cara, en las costillas y por todas partes.

Ahora íbamos a cortarle las orejas y también la nariz. El capitán dice: "¿Para quién son las orejas? ¿Para quién la nariz? Las orejas le tocan a Fulano." Un buen amigo mío —un muchacho blanco de California—, que se volvió majara en el Nam, va y se tira al suelo llorando, se arrodilla ante alguien y le suplica que le deje las orejas. El capitán dice: "Bueno, esta vez se las damos a Fulano. A ti te tocaron las del último cadáver. Déjaselas esta vez." De modo que se las damos al tipo. Le cortamos a la chica un pecho y le toca a otro de los muchachos. Pero el verdadero trofeo era las orejas. A mí me tocó un dedo del padre, eso fue todo lo que saqué del incidente. Allí dejamos los cadáveres mutilados.

Al día siguiente fuimos en misión de "búsqueda y destrucción". Había un par de aldeas que teníamos que barrer. Llega por el aire: "Hay vietcong en la aldea de Phu Hip, a unos quilómetros al norte. Id a echar una ojeada."

Recorremos sus aldeas molestando a las mujeres y disparan-

do a los hombres. Vemos, por ejemplo, a un tipo cuya forma de mirar no nos gusta. Tiene los ojos rasgados y eso no nos gusta; de modo que le pegamos un tiro, aunque no sea vietcong.

Cuando llegas a una aldea, si sus moradores no te tratan bien puedes hacérselo pagar. Ellos te echan miradas altivas. No dicen nada, pero se muestran un poco fríos. Nosotros esperábamos que salieran a nuestro encuentro a recibirnos como en la Segunda Guerra Mundial y todo eso. "¡Eh, soldados! ¡Eh, americanos!" Pero eran un poco distantes.

En cuanto salimos de la aldea el capitán informa por radio: "Estamos en estrecho contacto." Enseguida llegan los Phantom y descargan bombas de 200 quilos. La aldea es arrasada y nosotros continuamos a la siguiente. Eso era lo que se llamaba "búsqueda y destrucción". Si no había enemigo allí, nosotros lo creábamos.

Llegan los "slicks" y nos trasladan de vuelta a Long Binh, donde nos espera el coronel para felicitarnos: "Soldado, estás propuesto para una mención honorífica. Has matado a nueve enemigos en esa batalla, así que se te propone para una mención."

Había matado a nueve, creía que eran más. Pero, como decía, entramos en la aldea, alguno no nos gusta y se le mata, ¿comprendes? Pero en el informe se dice que fue en combate, en contacto directo. No había bajas norteamericanas y, sin embargo, el enemigo sufría fuertes pérdidas.

★ ★ ★

No puedes saber quién es el enemigo, así que pegas tiros a niños, pegas tiros a mujeres. No quieres hacerlo. Es posible que lamentaras hacer aquello, pero más lo lamentarías si no lo hicieras, esa es la maldita verdad.

★ ★ ★

"Eh, teniente, ¿desea ver mis fotos?"

"Sí, claro." Esto ocurría normalmente por la noche, porque entonces todos estaban dormidos o, al menos, callados. Iba a sentarme al borde de la cama de un muchacho y me sacaba una caja de cartón llena de fotografías. Desde el principio sabía que llegaríamos a las fotos horripilantes. Siempre sucedía así. Los muchachos tomaban fotografías de las cosas que hacían, no sé si por justificar que había una razón para hacerlas o por qué motivo. Si yo estaba en una unidad en el frente y mi mejor amigo aparecía desollado y con el pene metido en la boca, yo podía hacer lo mismo cuando atrapaba a un "amarillo". Eso es lo que hacían muchos de esos muchachos y luego tomaban fotografías de ello.

"Recuerdo a un muchacho de 18 años. Tenía montones de fotos y lo único que quería hacer era matar 'amarillos'. "Vine a matar 'amarillos'. Vine a matar 'amarillos'."

Mostrárselas a una enfermera del hospital significaba que necesitaban hablar con alguien. Después de ver fotografías las dos primeras veces, pensé: "Debería decir algo. Sirva o no para algo, si él consiguiera hablar probablemente se sentiría mejor al hacerlo."

Por otra parte, estaba la curiosidad. Te figuras que ya lo has visto todo, absolutamente todo, y de pronto te encuentras ui foto que te hiela la sangre.

Aquel tipo solía comenzar con: "Éste es mi mejor amigo. éste el teniente, y éste el sargento. Es un caradura. Un 'chu quero', pero caradura." Y seguía sin parar, hasta que sacaba l fotografías.

"Éste es un norvietnamita que atrapamos." Con el soldac norvietnamita hay una chica, probablemente una enferme —una versión de mí misma—. Uno le había metido una granac por el recto, o unos tipos la violaban en grupo, y cosas por estilo. Entonces el muchacho llegaba al hecho de que él era ur de los que estaban haciendo aquello, él mismo.

"Nunca pensé que haría algo así, teniente, pero imagino qu eso son cosas que se hacen en la guerra, ¿verdad?"

"Sí, se hacen cosas que no se pensaba hacer. Se ven cosa que todo el mundo imagina, pero que normalmente no hay qu afrontar."

"Sí..., claro..., parece que hace fresco." Aparta las fotos va a las letrinas.

Cuando llegaba la hora de la revisión nocturna, descubría qu estaba allí todavía, sentado en la taza, muchas veces con la agu ja colgando del brazo. Se chutaba por sentimiento de culpab lidad, porque no podía dormir o por lo que fuera. O esnifab tanto que no podía ni caminar, y yo tenía que arrastrarlo a l cama.

Recuerdo a un muchacho de 18 años. Tenía montones de fo tos y lo único que quería hacer era matar "amarillos". "Vine matar 'amarillos'. Vine a matar 'amarillos'."

"¡Dios mío!, no tienes más que 18 años. ¿No crees que en l vida hay algo más?" Tenía la malaria. Ya le había atacado ar tes, en un par de ocasiones. Su álbum de fotos era más grand cada vez que volvía a verlo en el hospital. Yo pensaba: "Die ciocho años. ¿Qué hace un chico de esa edad cuando vuelve casa?" Y había un montón de chicos como aquél.

★ ★ ★

Aunque no hablaba su idioma, comprendía algunas palabra Un día, durante un tiroteo escuché, por primera vez en mi vida los gritos de los vietnamitas heridos y los comprendí. Cuand uno cae herido, llama a su madre, a su esposa, a su novia... ahora yo escuchaba a los vietcong gritar las mismas cosas. E ese momento fue cuando verdaderamente caí en la cuenta de l futilidad de la guerra. Pensé: "Dios mío, ¡qué maldito despi farro todo ello!"

★ ★ ★

CAPÍTULO 3 HISTORIAS DE GUERRA

VÍCTIMAS

"Todos ellos se interesan siempre más por la gente que maté que por los amigos míos que murieron allá", decía. Devoramos la muerte y la destrucción con una curiosidad morbosa y luego nos giramos de espalda llenos de turbación, cuando el narrador nos revela la amistad compartida con sus camaradas y las lágrimas vertidas.

Los mismos veteranos parecen confusos ante aquella unión con los compañeros que experimentaron en Vietnam, más allá de la simple camaradería. Diez años después, muchos de ellos atribuyen su doloroso vacío interior a una palmada demasiado entrañable recibida en Nam —o no comentan nada en absoluto sobre ello—. Pero la amistad, un sincero afecto humano, es todo cuanto deseaban traer de allá y fue lo único que parecen no conservar. Los remordimientos, el dolor, las cicatrices están intactas. Las lecciones de amistad y compasión se han perdido.

★ ★ ★

Cuando pasábamos junto a la aldea, empezaba a oscurecer. De pronto —pac-pac-pac— nos disparan y respondemos al fuego. Pero los cabrones no se mueven, y no son más que una escuadra. Eran verdaderamente duros de pelar, de manera que me figuré que nos enfrentábamos a tropas regulares. Intentamos hacer ataques en equipos de tiradores y ellos también.

Llamé a la retaguardia para comunicar lo que sucedía y pedir refuerzos. Intento que ataque la artillería. Doy las coordenadas de la cuadrícula y dicen: "Eso no está bien, no podemos hacerlo. Son amigos."

"¿Qué?", les digo. "Aguanta el teléfono un momento, tío." Entonces grito: "¡Eh!, ¿habláis americano?"

"¡Ah, mierda!", se oye al otro lado. Aquel precioso tiroteo era contra otra unidad de Infantería de Marina.

> "No podía ver más que las lágrimas de sus ojos. Era como si dijera: 'Estoy vivo, pero ¿qué voy a hacer? Me estoy muriendo'."

Pero resulta que ahora no querían hacer dejarlo. Y ahí tienes dos escuadras que, aun sabiendo ambas que son norteamericanas, no quieren dejar de dispararse una a la otra. Desquiciante. En las puñeteras selvas todo es calor y suciedad, el mundo entero está en contra, y aquellos muchachos estaban fuera de quicio. Por tanto, un par de jefes de escuadra y yo nos sentamos tranquilamente a esperar a que se quedaran sin munición. Cuando por fin las gastaron, nos dirigimos hacia ellos.

Los otros tenían dos muertos y quizá cuatro o cinco heridos, nosotros tres heridos. No quisieron detenerse y no nos dejaron aproximarnos. Eso trae la locura. Estaban todavía enardecidos.

Finalmente ganamos la colina en el momento en que comienza a oscurecer. Miré a Stanley y a un tipo llamado Donald, que no llevaba aún tres meses en Vietnam. Stanley le había tomado afecto e intentaba protegerlo bajo el ala. Yo estaba diciéndoles: "Quiero que agachéis la cabeza, mantened los ojos abiertos. Ahí arriba hay francotiradores."

Stanley me hizo caso, pero Donald, riendo, se lo tomó con calma. Estábamos sentados detrás de un pequeño montículo, Donald con la cabeza levantada, con la cara vuelta hacia el exterior del perímetro defensivo. Y de pronto, cuando estaba diciéndole que mantuviera los ojos abiertos, suena aquel ¡pac!

La bala le alcanzó a Donald en el hombro y, saliéndole por el pecho, atravesó el brazo de Stanley. Stanley fue presa del pánico.

El chico no murió inmediatamente. Le asomaban las entrañas

POPPERFOTO

DERECHA: *Hue 1968. Un infante de Marina herido deja que sus sentimientos se desborden durante un breve respiro en uno de los combates callejeros más encarnizados de la guerra.*

por la boca y nariz; fue como si las hubiera vomitado al recibir el impacto. Aquello me hacía sufrir. No había tenido oportunidad de dedicarme a él, de enseñarle cómo mantenerse vivo, porque desde que llegó habíamos estado en acción continuamente. No había aprendido a hacer inmediatamente lo que se le decía y en cuanto se le decía.

El chico me miraba y yo no podía ver más que las lágrimas de sus ojos. Era como si me dijera: "Estoy vivo, pero ¿qué voy a hacer? Me estoy muriendo."

Deliberé sobre si debía o no meterle una bala en la cabeza que pusiera fin a su sufrimiento, pero, por alguna razón, no pude hacerlo. Lo miré: era un jovencito, tenía 17 años cuando sus padres firmaron por él para alistarse.

Stanley sufría una postración nerviosa. Le grité: "¡Baja al helicóptero, sal de aquí! Vuelves a casa." Stanley estaba aturdido y no hacía sino preguntar: "¿Qué le ha ocurrido a Donnie? ¿Qué?"

Decidí sacar a Stanley de allí, porque le tenía afecto. Le cogí por el cuello de la camisa y comencé a correr hacia el helicóptero tirando de él. Él gritó: "¡No! ¡Espera!"

"No hay nada que esperar", le dije. "No hay nada en esta colina para ti." Stanley estaba mirando al otro. Se encontraba

REX FEATURES

ARRIBA: *Llevar todo ese peso hasta que resulta insoportable. Sudoroso, exhausto, sabes que quedan aún millas por delante. Una orden del teniente y nuevamente en pie.*

muy unido a él, ¿sabes? Pero si Stanley se hubiera quedado allí, habría muerto.

Lo bajé corriendo al lugar en que había aterrizado el helicóptero a recoger a los heridos, lo metí dentro y le dije: "Escríbeme algún día. Ahora vuelves a casa." El helicóptero despegó y él volvió la mirada diciendo adiós con la mano. Me di la vuelta. Ya sabes, a la mierda todo. Déjalo estar. Luego volví a la maldita colina.

Para entonces Donald ya estaba muerto, así que lo tendimos en el suelo y lo metimos en un poncho. Les dije: "Sacadlo de aquí. No quiero verlo aquí arriba, bajadlo." Deseaba alejarlo de lo alto de aquel montículo... para poner a otro que cubriera su puesto.

Al día siguiente, Browne, el teniente y la escuadra que estaba especialmente a su mando salieron a patrullar por la zona. Los encargados de los morteros, colocados en lo alto de la colina, habían visto movimiento en el valle, según dijeron, pero no comprobaron con ningún ser vivo si nosotros habíamos enviado alguna patrulla: abrieron fuego sobre ellos sin más.

Dejaron jodido a Browne y mataron al teniente y a un par de muchachos. Cuando intentamos llegar a ellos, nos encontramos con que el Vietcong tenía francotiradores por las cercanías. Cada vez que se acercaba uno de los nuestros, los francotiradores lo tumbaban de un balazo, así que tuvimos que dejar que Browne pasara allí toda la noche.

A la mañana siguiente, cuando bajamos a buscarlo, Browne hacía gestos con las manos a los sanitarios para que se alejaran, como diciendo "No me toquéis". Pero antes de que pudiera decirlo, ellos ya le habían rozado. Era una trampa explosiva: le voló el costado. Ellos no querían hacerle daño, pensaban que actuaban bien. Iban con caretas antigás porque habíamos lanzado gases lacrimógenos y los cristales les estallaron en los ojos dejando ciegos a cuatro de ellos en el acto.

"Ingresó sin brazos y sin piernas más abajo de las rodillas. No le quedaba más que la cabeza y el tronco."

Además, puede decirse que mataron a Browne, porque, aunque estuviera vivo cuando lo sacamos de allí, en realidad estaba muerto: le habían volado el costado, sólo le quedaba el agujero.

Nunca olvidaré los ojos de Browne, mientras me miraba e intentaba sonreír. White, su cuñado, llegó a su lado. "Tengo que llevar a White a casa", dijo con la voz quebrada. Habían estado muy unidos y me daban lástima los dos. Pero de momento Browne iba a librarse de su sufrimiento y sin embargo White iba a tener que vivir con el recuerdo. Ambos pensaban que volverían a casa juntos. Un montón de muchachos cayeron malheridos intentando tomar aquella colina.

★ ★ ★

Este chico de 18 años estaba pasando una noche de juerga, porque a la mañana siguiente iba por primera vez al desfiladero de An Khe. Iba a montar una buena: emborracharse, cogerse una prostituta y pasar la noche haciendo todo lo que tuvieran que hacer.

Era una joven muy dulce. Entró en el M113 llevando consigo una carga explosiva. Lo hicieron y, poco después que ella se fuera, estalló el explosivo. Y claro, como era en un lugar cerrado, al muchacho no le afectó sólo la metralla, sino la carga entera. Ingresó sin brazos y sin piernas más abajo de las rodillas. No le quedaba más que la cabeza y el tronco.

Yo fui la afortunada a la que le tocó cuidar de él. Estaba tan grave que logró un "especial": una enfermera para él solo.

Tenía unos enormes agujeros y había perdido mucha sangre. Comenzaba a salir de la anestesia, pero yo no quería que se recuperara, porque se iba a espantar cuando viera lo que quedaba de él.

Siempre que el chico intentaba abrir los ojos o levantar la cabeza para ver cómo estaba, le dábamos una dosis de morfina. Tardó dos días en morir. Un precio horrible por una noche de placer.

Pobre chico, 18 años. Al poco tiempo, llegué a un punto en que ni siquiera le dejaba abrir los ojos. Cuando tan sólo parecía que volvía en sí, le inyectaba rápidamente otra dosis.

★ ★ ★

En medio de aquella histeria colectiva, uno que estaba de guardia en una torre —quizá "colgado", quizá no— creyó ver a las 2:30 de la madrugada soldados norvietnamitas cruzando la alambrada en dirección a un búnquer. Se lanzaron mensajes por radio y un Sheridan avanzó por la carretera del perímetro inferior, tomó posición aproximadamente a 75 metros de aquel búnquer y descargó un proyectil de fragmentación más o menos a quemarropa.

Nueve de las 12 personas que había en el búnquer murieron. Nueve soldados. Cuatro de ellos eran compañeros míos de barracón.

Ya por la mañana, llegó el capitán después del desayuno y fuimos juntos al búnquer a verlo. Era una escena muy típica. En aquellos momentos todos sabíamos exactamente lo que había ocurrido. Y nos enteramos además de que aquella misma mañana habían alejado de la posición a toda prisa el carro que había participado en los hechos.

Sabíamos también que el incidente había ocurrido entre las 2:30 y las 3:30 de la madrugada y la asistencia médica no había llegado hasta las cinco aproximadamente. Y que uno de los muchachos muertos había sobrevivido a la explosión y habría podido salvarse si los médicos hubieran llegado nada más ocurrir y no dos horas después. Aquel tipo era el oficial de complemento del puesto en aquellos momentos. Era un joven que la semana antes había recibido una carta de su esposa comunicándole el nacimiento de su primer hijo. Absurdo, innecesario. Todas las guerras están llenas de cosas como ésa, pero en el Vietnam fueron más frecuentes. O tal vez, como la guerra entera era tan absurda, cada vez que ocurría algo así resultaba simplemente un nuevo ultraje.

"Es igual que cuando se ve a la gente discutiendo por la forma de la mesa de París. Es lo mismo que cuando se llama pacificación al exterminio."

A las diez de la mañana toda esa información había recorrido el campamento. Nos llamaron a formar al patio para un funeral por los compañeros muertos, celebrado por el teniente coronel capellán del regimiento de Caballería Acorazada, uno de cuyos carros había sido responsable del suceso. Permanecíamos en posición de firmes, bajo el sol matinal y entre el polvo, escuchando a aquel jodido estúpido que daba un pequeño sermón sobre cómo "Estos hombres no han muerto en vano". Si las miradas matasen, aquel tipo habría muerto. De hecho, habría muerto igualmente si nos hubieran dejado a solas con él. Habríamos saltado sobre él como cuervos sobre un cadáver.

Todavía no sé lo que aquello provocó en mí. Es algo que aún no he podido superar y, en cierto sentido, no tengo esperanzas de hacerlo. Y realmente no debería superarlo, no ya por la insensata inutilidad de todo ello, sino por la forma en que se comportaron quienes ocupaban puestos de mando. Es igual que cuando se ve a la gente discutiendo por la forma de la mesa de París. Es lo mismo que cuando se llama pacificación al exterminio. Es lo mismo que con el Watergate. Es lo mismo que con los beneficios de las compañías petrolíferas. Negocio es el nombre que recibe por lo general, y eso es lo que es este país o lo que ha llegado a ser. Tal vez siempre lo fuera.

Me costó mucho contenerme de gritarle al capellán. Lloraba

J. HILLELSON AGENCY

ARRIBA: *El vencedor y el vencido. El soldado ha dejado el distintivo de su división en la boca del vietcong muerto.*

por mis amigos muertos y lloraba porque estaba furioso. Y no era el único. Miré a mi alrededor. Siempre lo hago, siempre levanto la cabeza para mirar cuando los demás están rezando. Muchos de los que estaban allí formados tenían lágrimas en el rostro. No todos, pero al menos un tercio de los presentes.

Subimos a los camiones para ir a comer. Estaba bastante cerca para ir andando, pero aquel día todos fuimos montados. Íbamos allí sentados como cuando nos dirigíamos al campo de tiro en el período de prácticas, todos en fila sin decir una palabra. Ni una sola palabra.

Sea lo que sea lo que pasó entre nosotros aquel día, constituyó una de las más intensas experiencias de mi vida. Resulta fácil, y es verdad, decirse a uno mismo: "Bueno, eso siempre ocurre. Son cosas de la guerra. Tanto si mueren por el fuego enemigo como por el propio, la reacción es similar." Pero desde un punto de vista personal, fue uno de los momentos del tiempo que estuve allí que me enseñó lo hondo que puede ser el sen-

timiento de unión entre las personas. En el resto de mi vida no he experimentado nunca, ni remotamente, nada igual.

★ ★ ★

Tuve un perro en Vietnam. Se llamaba Pussy. En Nam te das cuenta de que tienes capacidad para el amor, pero no había nadie en el puñetero mundo que te amara. El único ser que pude amar mientras estuve allí era un perro, de manera que me sentía muy unido a Pussy.

Ocurrió que hubo una epidemia de ratas y de rabia, y empezaron a matar perros por todas partes. Cuando llegó el policía militar a matar el mío, tiré del cerrojo de mi M16 y le dije: "¿Qué buscas?"

"Vengo a por tu perro", contestó.

"No, no vienes a por él, vienes a por mí."

"Sólo quiero matar el perro." Llevaba guantes y los mataba con una 45.

"Mira lo que voy a decirte", le dije. "Si matas el perro, te mato a ti. Así están las cosas. Adelante, ahí está el perro."

Se marchó.

★ ★ ★

Nunca he visto llorar a tantos hombres como cuando estuve en Vietnam. Algunos de los sanitarios y de los combatientes me sorprendieron con su delicadeza hacia los compañeros. Uno de los mayores miedos de los muchachos era morir solos. Montones de tipos ingresaron en el hospital mortalmente heridos y murieron allí, pero sus compañeros estuvieron a su lado.

"No me dejes, por favor, no me dejes." Y no lo hacían.

Por la época en que estaba harto de estar allí, entré un día en la sala y vi a un parapléjico que todavía podía usar los brazos, dando la comida al tipo de al lado, que había perdido la vista, y pensé: "Puede que odies esto y te sientas una mierda; que te parezca el infierno y pienses que no puedes soportarlo ni un día más, pero al menos no eres uno de esos tipos. Si ese chico sin piernas puede sobreponerse y dar de comer a su amigo ciego, tú puedes hacer lo que tienes que hacer."

"El médico que atendía a Sam estaba al borde de una crisis nerviosa."

Fui a Vietnam pensando que los médicos del Ejército eran insensibles. Pero no es así. Tuvimos en la sala a una chica vietnamita que tenía la misma edad que yo, 21 años. La chica limpiaba los barracones y usaba petróleo o algo así para quitar la cera del suelo. Algún listillo tiró una cerilla al suelo mientras ella estaba fregando y, *¡fuum!*, se vio en medio de una bocanada de humo y llamas.

El cirujano que la atendió se llamaba Paul. Cuando llegó a él tenía quemaduras de segundo y tercer grado en un 100 %. Además había inhalado gran cantidad de humo. Por lo general una persona en esas circunstancias está condenada a morir y se deja que lo haga. Pero el caso era que ella continuaba consciente y hablaba, y sus riñones continuaban funcionando, de manera que había que intentar salvarla. Paul le puso una intravenosa y la llevaron a mi sala.

A las víctimas de quemaduras se les desprende el interior de los pulmones. Algo así como pelarse de una excesiva exposición al sol. La muchacha tosía echando fuera parte de los pulmones y estaba desangrándose y ahogándose lentamente en su agonía. La vietnamita, que sabía inglés, agarró a Paul y le suplicó que no la dejara morir.

Llegó un punto en que ella estaba realmente grave y el cirujano tenía que tomar una decisión: o hacer una traqueotomía para limpiarle los pulmones y permitirle respirar, o dejarla morir. Paul dijo: "Necesito pensar. Voy a salir un rato, volveré dentro de una hora."

Pasó una hora y no regresaba. Pasó otra, y no aparecía. Al final, fui a buscarlo. Estaba en lo que era nuestra librería —era del tamaño de un armario amplio—. Tenía los ojos arrasados de lágrimas y me dijo: "¿Qué voy a hacer? No tenía que haberle puesto la intravenosa, no tenía que haberle puesto el catéter. Pero cuando ingresó estaba viva y debía hacer algo. No puedo hacerle una traqueotomía: vivirá seis semanas y después morirá horriblemente. ¿Qué voy a hacer con ella? ¿Qué voy a hacer?"

No hizo nada, iba a dejarla morir. Había que cambiarle los vendajes y él me ayudó, aunque no tuviera más deseos que yo de hacer aquello. Ella estuvo todo el tiempo llorando y suplicándole que no la dejara morir. Pero era inevitable: murió un día o dos después.

Durante una temporada tuvimos a un paciente llamado Sam. Fue en un típico turno de noche en que yo era la única enfermera. Había un par de sanitarios y un puñado de personas medio muertas. Todo parecía en orden. El muchacho no estaba pasándolo bien, pero aún estaba con nosotros, lo cual era mucho, considerando que le había alcanzado un proyectil de artillería.

De pronto, pasada la medianoche, se le pusieron los ojos en blanco. "¡Cielo santo, se nos va!"

Cuando se le dice a un médico que vaya a la sala normalmente lo hace. Pero si está jugando al póquer, hay que decirle: "Oiga, es mejor que venga. Fulano está jodido." Suena extraño, pero si se pronuncia la palabra "jodido", el médico deja las cartas y va a ver.

Le dije al enfermero: "Dile a John que venga inmediatamente. El muchacho está francamente jodido. Creo que se nos va."

El médico que atendía a Sam estaba al borde de una crisis nerviosa. Se estaba vistiendo como si se preparase para una inspección. Se puso el uniforme, abrochándose cada botón, pasó los cordones de las botas por todos los agujeros: llegó a la sala 20 minutos después de nuestro aviso.

El médico se sentó a la mesa. Estaba hundido. Había tenido una o dos semanas malas, había perdido un montón de pacientes. No era culpa suya. Era un buen médico, pero había llegado al punto crítico. Estaba sentado mirando simplemente y entonces se encendieron todas las luces, y lo más triste era que todos los pacientes estaban mirando también. Dave lloraba, yo lloraba. El enfermero lloraba. ¡Vaya cuadro!

Sam murió. Para añadir sarcasmo al asunto, Sam era muy alto y hubo muchos problemas para meterlo en el saco. Costó verdaderos sudores encerrarlo allí. No podía imaginar lo que sería para su mujer estar esperándolo en Hawaii y no recibir más que un telegrama.

★ ★ ★

Tuve un amigo verdaderamente íntimo en Vietnam. Nunca se debería tener amigos íntimos. Nunca. Se puede vivir con otros, saberlo todo acerca de ellos, pero es preciso evitar hacerse íntimos. Nosotros habíamos estado juntos desde el Día Uno: fumando canutos, tomando ácido, haciendo cualquier cosa.

Estábamos emboscados en una zona primaria. Pasan caminando por las cercanías dos o tres grupos de tres. De pronto,

CAMERA PRESS

DERECHA: *Esta foto de un soldado llevando a su compañero herido a un lugar seguro fue tomada por un fotógrafo de Vietnam del Norte.*

avanza hacia nosotros una columna de 20 hombres. De forma que nos imaginamos: ahí están, ése es el grueso de la partida, y nos los cargamos. Pero resultó que eran la avanzadilla de un batallón y nos arrollaron.

A mi amigo le dieron en el vientre. Sus tripas se me escurrían entre los dedos mientras intentaba sujetárselas. Cogí un poncho, se lo arrollé bien prieto a la cintura y até su cuerpo al mío. Él no dejaba de decir: "Bájame, déjame morir. Déjame morir solamente."

"Es inútil", le decía. "No vas a morir. Vas a salir de ésta."

Estaba muriéndose. Aquello no tenía vuelta de hoja, pero yo no estaba dispuesto a admitirlo.

Cuando pasó todo, sólo quedábamos cuatro, los demás estaban muertos. Comenzamos a atravesar la jungla. Mi amigo se quejaba y gritaba como un demonio, y no teníamos morfina, porque la habíamos usado para "colocarnos". La situación era horrible.

Al cabo de un rato enmudeció. El sofocante calor de la jungla te llega a hipnotizar y caminas sin cesar, pero estás demasiado agotado para hablar. Mi amigo me resultaba una carga ligera, no lo notaba en absoluto.

"Cogí el M16 y fui derecha hasta el médico, encasqueté un cargador en el arma y le metí el cañón por las narices."

Imagino que murió mientras estaba encima de mí, pero no me di cuenta de ello. Llegamos a una avanzada del ARVN (Ejército survietnamita). Cuando intentaron separar su cuerpo del mío, me puse como un perro rabioso. Comencé a lanzar puñetazos, golpeé al que estaba separándonos, golpeé a mi propio amigo, golpeé a todos los que me rodeaban. Me inyectaron no sé qué, cuatro inyecciones de alguna mierda de ésas. Estaba todavía sobreexcitado y no pude dormir durante 48 horas. Después pasé un día durmiendo y me recuperé.

★ ★ ★

Era difícil decir qué edad tenía el niño, seis meses probablemente. Su padre estaba sentado a su lado, agarrándole la manita. Toqué al niño y estaba ardiendo —de verdad, literalmente ardiendo—. Le pregunté a la enfermera cuánto tiempo llevaba así. El niño llevaba unos días enfermo.

No teníamos luz, de modo que un sanitario regresó a la ambulancia a por una linterna y un botiquín de primeros auxilios. Coloqué las palmas de las manos delante de los ojos del niño y al lado de las orejas. La criatura no cerró los ojos ni se movió. Diablos, ha pasado así unos días y probablemente esté ciego y probablemente sordo y probablemente vaya a morir.

Aquí estoy yo, Mrs. Albert Schweitzer, ¿de acuerdo? Dije: "Ve a llamar al hospital y diles que llevamos al niño." Le dije al padre que íbamos a llevarnos a su hijo al hospital y se puso tan contento que empezó a llorar.

Cuando llegamos al hospital, no había pacientes en la zona de recepción de urgencias. Descubrí que el médico estaba pasando consulta y fui a buscarlo. Había un puñado de tipos con las narices goteantes, dolores de muelas o gonorrea. Estaban todos esperando ser vistos por el doctor. Coloqué al niño en una camilla sobre un par de caballetes. Fui al médico y le dije chillando: "¡Eh, tiene que salir. Hay un niño realmente enfermo!" Y volví corriendo donde estaba el niño.

El médico no salió. En muy pocas ocasiones he perdido el control, pero ésa fue una de ellas. No podía creer que el médico no saliera inmediatamente. Por tanto, cogí el M16 y fui derecha al médico, encasqueté un cargador en el arma y le metí el

cañón por las narices. Le dije: "Mueve el culo y sal a ver al niño o te vuelo la tapa de los sesos." No hay que decir que se levantó y me acompañó, pero gritó al enfermero que avisara al comandante oficial al mando y le dijera lo que ocurría.

Yo estaba llorando, y nunca lloro. Se me llenaron los ojos de lágrimas, tantas que me impedían ver. El enfermero que había asistido antes al niño lloraba también, sin poder creer que el médico no quisiera ver a un niño enfermo. Todos los tipos que estaban en la consulta salieron a ver lo que pasaba, murmurando: "Esa enfermera está histérica de verdad. Va a cometer alguna locura." Pero la mayoría de ellos se echó a llorar antes de que acabara la cosa.

Comencé a gritarle al médico: "¡Ponle una intravenosa o lo que sea! Tenemos aspirinas, podemos darle oxígeno. No podemos quedarnos ahí parados." El médico estaba ahí parado mirando al niño.

Llegó el comandante. Por fortuna, el tipo que me acompañaba me arrebató el fusil. El comandante dijo: "¿Crees que puedes traer aquí a cualquier niño enfermo que te encuentres? ¿Qué crees que es esto? Supongo que, ya que está aquí, habrá que hacer algo."

Estaban buscando el lugar para ponerle la intravenosa al niño y no lo encontraban. Entretanto el niño dio un par de boqueadas y expiró.

El médico en cuya nariz había enterrado el cañón del fusil parecía exagüe, estaba pálido como un cadáver. El comandante le ordenó que volviera a la consulta. El tipo apenas podía caminar. Entonces el comandante me dijo a voces: "¡Vuelve a llevar a este niño al lugar de donde ha venido y al viejo con él! ¡Y que no vuelva a ocurrir!"

Cogimos al niñito muerto, volvimos a ponerle la chaquetita y se lo dimos al padre. Al volver a la ambulancia, buscamos al muchacho del campamento que nos había acompañado. Estaba deshecho, echado en la cama llorando. Había ido derecho a pincharse y estaba tan hundido que no podía haber vuelto a la ciudad aunque hubiera querido. Pero sólo deseaba "colocarse" y olvidarlo todo. El enfermero y yo estuvimos esnifando coca todo el camino de vuelta hacia el pequeño hospital donde dejamos al padre.

★ ★ ★

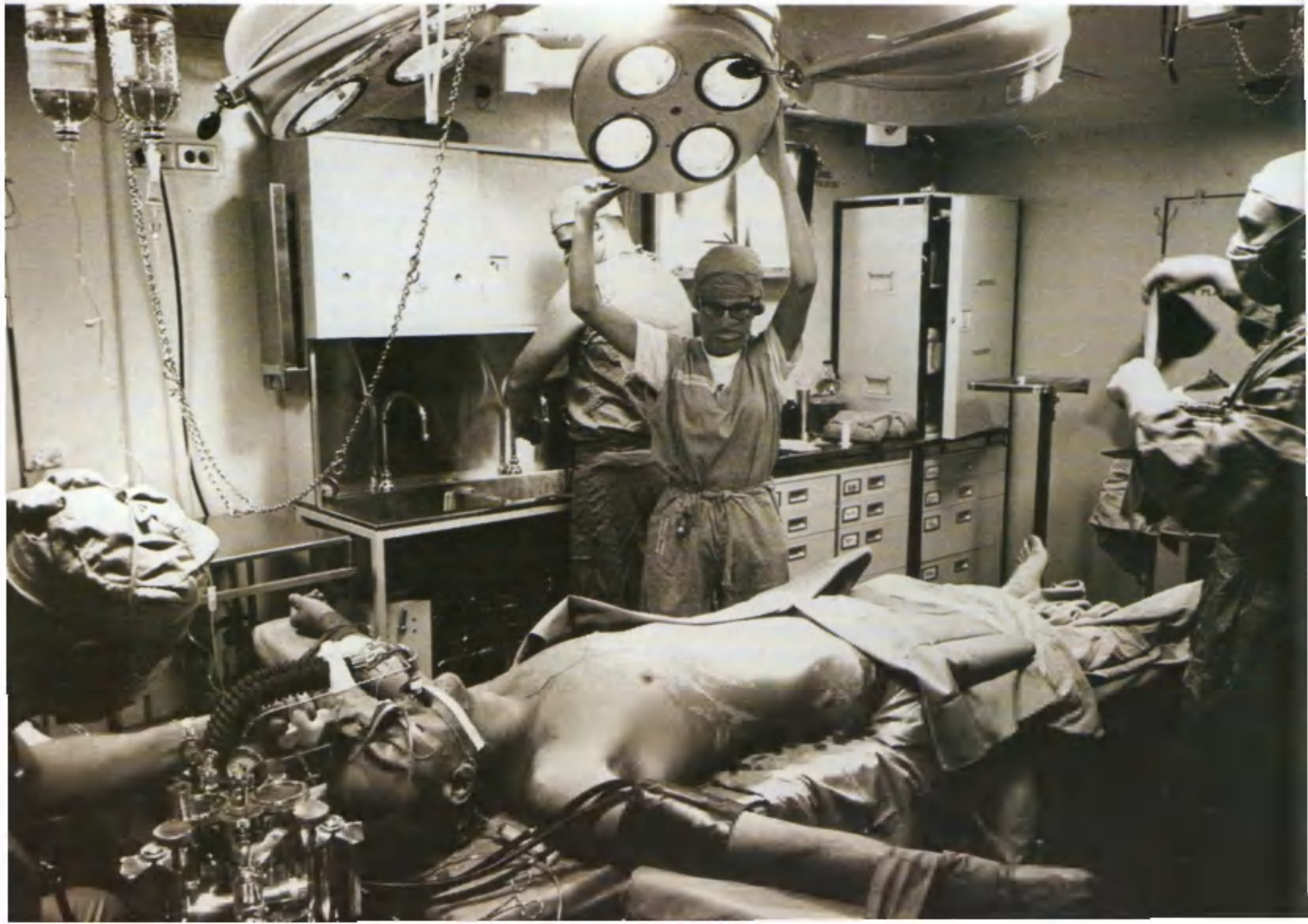
Era Nochebuena y estaba previsto que la tregua comenzase a las 6 en punto. En ese momento cesaba todo y teníamos tres días de Paz en la Tierra. Se hacía mucha presión sobre los oficiales para que las tropas no rompiesen la tregua, dado que nosotros éramos los buenos.

Una unidad terrestre del Delta se había internado en él y los estaban haciendo papilla. Habían quedado atrapados. Lo tenían muy difícil.

Había en la zona 15 equipos de tiradores ligeros —30 helicópteros—. Llegaron algunos reactores de la Armada para intentar forzar la retirada del enemigo y salvar a los muchachos. Un general de una estrella está dando vueltas en helicóptero por encima de nosotros supervisando la operación.

Todo el mundo está hablando por radio, incluyendo un pobre

ABAJO: *El soldado tuvo suerte: varios miembros de su pelotón no llegaron a tiempo a la mesa de operaciones.*



desgraciado de allá abajo, que dice: "Salvad nuestras cabezas, por favor." Hay otro operador allí abajo que se las ha apañado para que le metan un tiro. Está caído junto a un micro abierto, gimiendo y suplicando ayuda. Casi todo se reduce a esa única palabra, una y otra vez: "¡Ayuda!"

Así que teníamos a aquel ridículo general ocupándose de los formalismos de la tregua. Teníamos a los muchachos que intervenían ocupándose con los sistemas de la huida. Teníamos a los tipos de los helicópteros decidiendo quién iba a hacer qué y cuándo iba a hacerlo, a la escala de las personas concretas. Y teníamos al tipo en tierra muriéndose desangrado.

¡Que me ahorquen si a las seis no lo dejamos y nos fuimos! Es Nochebuena. No puedo hablar por el resto de los componentes de la operación, pero nuestro equipo de tiradores se fue. Habíamos acabado la munición, teníamos un par de pasos realmente peliagudos y andábamos escasos de gasóleo. Yo volaba en el helicóptero de cabeza y el jefe del equipo dijo: "Bueno, ¿qué vamos a hacer? Para cuando vayamos a repostar y queramos volver van a ser más de las seis, de modo que vámonos."

A nuestras espaldas el napalm está ardiendo. Mientras nos alejamos se puede oír todavía al tipo que habla por el micro abierto, ese tipo que yace en el suelo desangrándose y chillando por la radio.

Arranqué mi ametralladora del cable y la arrojé al suelo con rabia. *¡Baam!* El resto de la tripulación se quedó mirándome. Alcancé mi panel de control situado en el techo donde estaban los interruptores de las cuatro o cinco frecuencias de radio y los apagué. Luego me quedé sentado en silencio. Oscurecía. Volábamos.

No me di cuenta, pero me había olvidado de apagar el interruptor de comunicación con la cabina. Nadie dijo nada durante cinco o seis minutos, hasta que, al fin, alguien se volvió y dijo: "Eh, ¿qué pasa?, ¿por qué te comportas de esa forma?" Me quedé sorprendido. No quería oír nada de nadie y ni siquiera le contesté. Casi descolgué en pedazos la caja de control, intentando alcanzar el interruptor que había olvidado.

> "Cuando el muchacho despertó y vio el calcetín, supo que no podía abrirlo porque no tenía brazos. Deja que te lo diga, nos quedamos hechos polvo."

La reacción de mis compañeros me hizo empezar a comprender que las cosas no iban bien. Más tarde el jefe de la tripulación, un buen compañero mío, se me acercó y dijo: "¿Qué hiciste?"

"¿A qué te refieres?"

"Te has portado de una manera muy extraña. Los pilotos me pidieron que hablara contigo. ¿Habías tomado alguna droga?"

"¿Qué estás diciendo? Tú estabas allí. ¿No lo oías? ¿Estás sordo? ¿No te das cuenta de lo que pasaba? Dejamos morir a esos tipos. Por causa de una puñetera tregua a las seis en punto por la que nadie da un pimiento, excepto quizá en París, donde están todos sentados discutiendo el tamaño de la mesa. ¿Y tú me preguntas si me había 'colocado' con algo? ¿A ti te parezco raro? ¿No eres tú el raro?"

"Vale, de acuerdo, perdón por la pregunta, tranquilízate. No importa. No tomas drogas. De acuerdo, te dejaremos en paz."

Pensaban que había perdido la chaveta. Esa era la única explicación lógica que se les ocurría. Veía que las cosas no eran justas. Quizá esto no era "Sargento Rock", al fin y al cabo. Me siguió gustando volar y ser un artillero de portezuela, pero desde aquel momento sentía que algo iba mal allí. No alcanzaba a verlo. Era algo extraño.

★ ★ ★

Celebramos una misa la noche antes de Navidad, a la que asistieron todos los pacientes que podían dejar la sala. En el hospital teníamos pacientes que sabían tocar la guitarra, de manera que tocaron en la ceremonia. Cuando fui allí tenía mis dudas acerca de Dios, pero ahora no tengo ninguna duda de que existe.

Todos habíamos recibido paquetes navideños de nuestras casas, con comida o pequeños regalos, y todos los compartimos con los pacientes de la sala. Entre todos hicimos un bote y fuimos a comprar vino al economato para que todos los pacientes pudieran beber vino esa noche, excepto los muertos o los que estuvieran en coma. Incluso los que tenían sondas en el estómago —iban a beber el vino y se les iba a ir directamente por el tubo—, pero todos tenían un vaso de vino.

Lo único triste era que teníamos un muchacho de 19 años que había perdido los brazos. Había llegado a la sala de operaciones a primera hora de la mañana y estaba en recuperación. Habíamos puesto en cada cama un calcetín con algo dentro —unos caramelos y cosas así—. Estábamos desesperados porque no habíamos quedado sin calcetines y no teníamos para el chico. Yo había recibido un paquete de una amiga que conocí en la escuela de enfermeras, de manera que dije: "Voy a abrirlo, por si hay algo." Efectivamente, había un calcetín rojo de lana. Así que se lo pusimos al extremo de la cama con algunas cosas dentro. Cuando despertó, todos los muchachos tenían sus regalitos de Navidad desperdigados por las camas. A los que estaban sus pendidos de poleas les pusimos cintas de colores colgadas en los hierros. Todo era muy feo, pero era algo. Estábamos en Navidad.

Cuando el muchacho despertó y vio el calcetín, supo que no podía abrirlo porque no tenía brazos. Deja que te lo diga, nos quedamos hechos polvo.

Uno de los enfermeros que estaba en la sala no entraba de servicio hasta la noche, pero había venido a ayudar a abrir los regalos. El muchacho lloraba desconsoladamente. Como no podíamos hacer nada, el enfermero se quedó con él un par de horas. El chico no hacía más que llorar y llorar. Ni siquiera tenía muñones suficientemente grandes para ponerse una prótesis decente. Resultaba que su esposa acababa de tener un hijo y él nunca iba a poder cogerlo en brazos.

Aparte de eso, la Navidad fue muy buena, porque todo el mundo compartía y tú no tenías nada para compartir.

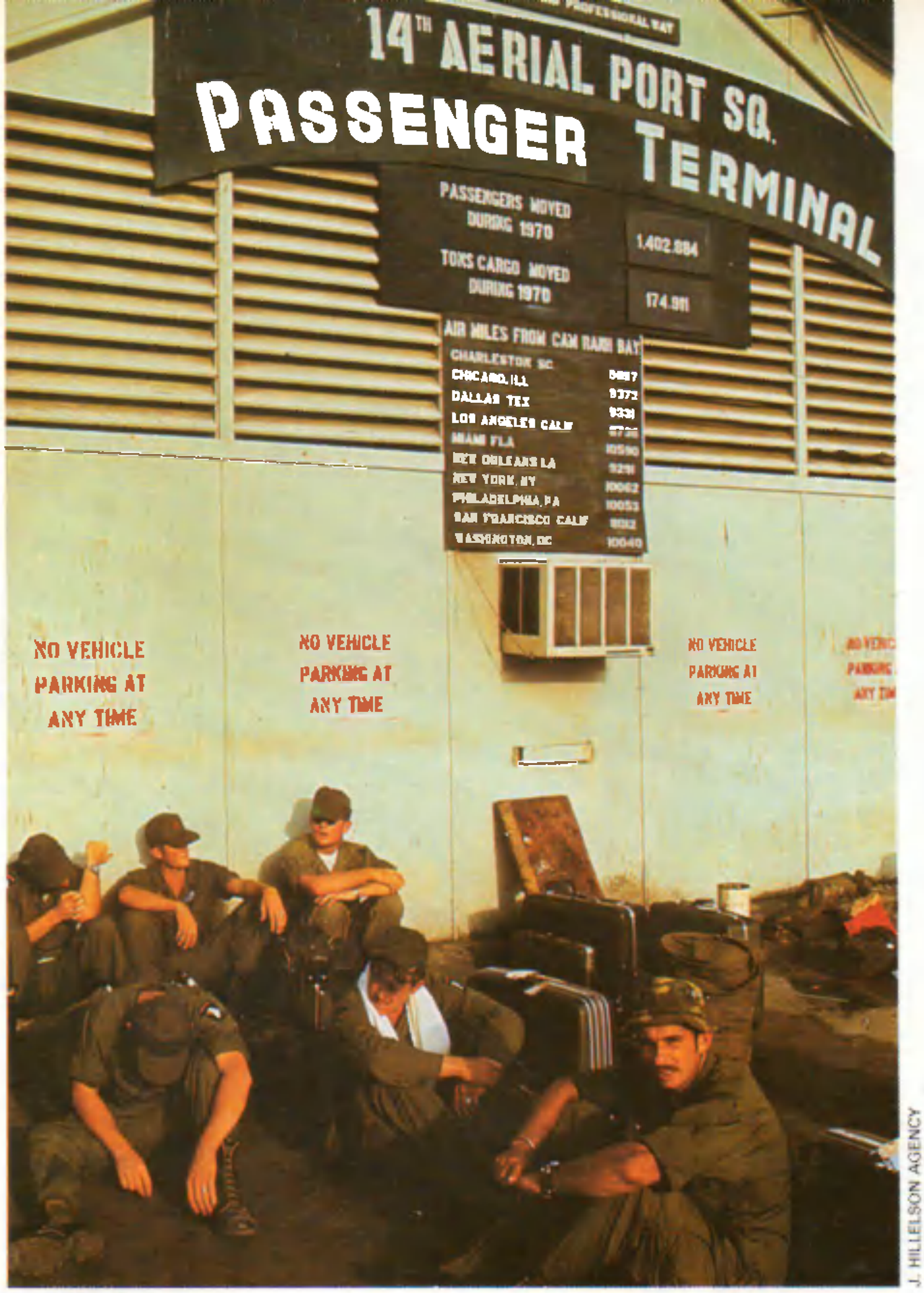
"Eh, tío, el próximo año tiene que ser mejor."

"Sí, claro, quizá estemos en Laos."

★ ★ ★

US ARMY

ARRIBA: *Soldados heridos presenciando un espectáculo antes de abandonar Vietnam.*
DERECHA: *Hombres de la División "Águilas Chilladoras" esperan la "Gran Ave" que los llevará de vuelta al Mundo.*



J. HILLELSON AGENCY

Capítulo 4

EL MUNDO

CAPÍTULO 4 EL MUNDO

EL REGRESO

El Ave del Paraíso volaba en línea recta hacia el hogar, alegre y confiada. Un soldado podía dejar el barrizal inmundo de un campo de arroz y en menos de 36 horas encontrarse vestido de civil andando por la Calle Mayor de su ciudad natal, buscando el mínimo gesto de reconocimiento en los rostros con los que se cruzaba. Pero nunca regresaban al mundo que habían dejado.

En un año cambian las cosas corrientes —la ropa, el estilo del peinado, los programas de la televisión—, pero nada había cambiado tanto como ellos mismos. Habían visto demasiado, habían hecho demasiadas cosas. Y ahora descubrían que habían albergado demasiadas esperanzas.

★ ★ ★

En Nam, a los soldados los llamaban reyes. Yo caminaba entre reyes. Cuando regresaran aquí iban a cubrirlos de mierda, pero en Vietnam eran reyes. No era nada absurdo. En medio de un tiroteo se ve exactamente quién es quién. No había trampa posible, allí todo era real, lo más real que he hecho en mi vida. Desde entonces todo me parece completamente superfluo. Es todo estúpido.

★ ★ ★

En mi segundo año en Nam entré en el Ala Aérea. Todo lo que hacía era fumar porros y llevar artilleros en los helicópteros. Pero comenzaban a repatriar a infantes de Marina y quisieron hacerme volver a mí también a Estados Unidos. No podía permitirlo. Tuve que encararme con todo un coronel y meterle una bola acerca del motivo por el que tenía que seguir en Vietnam. Se lo tragó. ¿Él qué sabe? Es de "Tragabolas de Abajo" o por ahí, ¿verdad? Me dejó quedarme.

Iba a quedarme un tercer año, pero me licenciaron un año antes y me hicieron regresar. A algunos tuvieron que encarcelarlos porque no querían dejar Vietnam. Había muchos tipos que deseaban morir allí. Yo mismo quería morir allí. Allí murieron todos mis amigos.

★ ★ ★

Cuando regresé, fui a California, a casa de mi hermano. La primera semana dormí en el suelo, porque me encontraba incómodo en una cama. Bebí una cerveza fría y me dio dolor de garganta, así que tenía que esperar a que se calentara un poco antes de beberla. No estoy tomándote el pelo. Comía como un maldito animal. Me hacían toda clase de preguntas: "¿A cuántos mataste?" "¿Qué se siente al matar a una persona?" Infinitamente mejor que si ella me hubiese matado a mí, eso era lo que les contestaba.

★ ★ ★

Cuando me licenciaron, tuvieron la cara de reclamarme 600 dólares. Decían que me habían pagado de más en Vietnam. ¿Cómo demonios iba a saber yo que me estaban pagando de más? Ellos me dijeron: "Bueno, estabas cobrando en exceso." Pero nosotros no sabíamos cuál era la escala de sueldos allí. Venía un oficial, te decía que te correspondía tal cantidad y firmabas el recibo. Una parte te la daban en moneda vietnamita o en vales y el resto podías meterlo en un banco en la zona de Da Nang. Y enviabas a casa una cantidad X. Eso era todo. Yo decidí mandar 100 dólares a casa, recibir 20 en mano y el resto lo enviaba a retaguardia. Ese fue el trato. Al final, los amenacé con recurrir a abogados civiles y lo dejamos en 300 dólares. ¡Tuve que pagar por licenciarme!

★ ★ ★

Cogí un taxi desde la base a Berkeley. Cuando íbamos por Telegraph Avenue, le dije al taxista: "Quiero bajarme aquí, deseo ir andando."

"¿Quiere ir andando? ¿Por aquí?" Yo iba vestido con uniforme de paseo y lleno de condecoraciones y medallas.

"Sí, hombre, pare. Quiero ir andando."

"De acuerdo, es cosa suya."

Le pagué y me bajé del coche. Caminando por las calles de Berkeley, me sentía como un marciano visitando la Tierra. Todos me miraban, hacían comentarios de todas clases, algunos escupían a mi paso. Estaba más asustado andando por esa calle que cuando estaba en Vietnam. Allí tenía un arma para defenderme, pero ahora me habían quitado el arma. Aquella gente parecía que tuviera más ganas de matarme que los vietcong.

Inmediatamente entré en un bar a llamar a mi hermano para que viniera a recogerme. Los tipos del bar empezaron a tirarme cacahuetes, hasta que se presentó mi hermano con un grupo de amigos y me sacó rápidamente de allí.

★ ★ ★

Cuando me hirieron por tercera vez, regresé del Vietnam con permiso. Estaba herido de verdad, reventado emocionalmente. Durante unas dos semanas, las cosas me fueron muy bien en Long Island.

Me pasé un par de horas mirando la nevera, descargando la cisterna del váter y abriendo el agua caliente. Tenía problemas de insomnio, porque todo estaba demasiado silencioso y me gustaba oír la artillería a lo lejos por la noche: eso significaba que en alguna parte a algunos les estaban zurrando la badana.

Les dije a mis padres que no iba a volver allá y se subieron por las paredes. No es que fueran unos patriotas, sino que querían que me licenciase y me quedaba muy poco tiempo para ello. Pero yo les dije: "No pienso volver y no me importa lo que tenga que hacer ni lo que hagáis vosotros. No voy a volver al Ejército."

> "En Nam, a los soldados los llamaban reyes... Cuando regresaran aquí iban a cubrirlos de mierda, pero en Vietnam eran reyes."

Al principio intenté licenciarme haciéndome el loco: iba de una base militar a otra inventando historias descabelladas.

Todo el tiempo que fui AWOL (en licencia temporal) estuve cobrando la paga y en una ocasión me pagaron una semana tres veces. No sabían qué coño estaba pasando. Recibía llamadas furibundas de diferentes bases militares dos o tres veces al día. Aunque tuve problemas para entrar, me pasé dos semanas en la sala de psiquiatría de Fort Dix. Intentaba parecer deprimido, pero estaba tan feliz de no estar en Vietnam que me lo pasaba bomba. En aquella sala de locos pasé los mejores ratos de mi vida.

En el hospital me vi envuelto en un par de peleas violentas. Una vez estaba jugando al dominó con un tipo que habían traído de Valley Forge. Cada vez que yo ponía una ficha en la mesa él comenzaba a resoplar enseñando los dientes y mirándome con un "Muere" escrito en los ojos. Yo le decía: "Sargento, creo que es mejor dejarlo." Finalmente, el tipo explotó e in-

DERECHA: *Herido pero sonriente. No es de extrañar, porque sabe que vuelve a casa.*

REX FEATURES

CAPÍTULO 4 EL MUNDO

POPPERFOTO

ARRIBA: *Cuando el período de servicio de un soldado llega a su fin, quedan aún muchos otros metidos hasta el cuello en el combate.*

tentó golpearme. Y yo, claro está, cogí una silla y se la rompí en la cabeza. Las enfermeras se encerraron en su cuarto. Alguien intentó atacar el cuarto de las enfermeras. Una vez iniciado el jaleo, la violencia se extendió como una plaga.

Al cabo de dos semanas, el psiquiatra dijo: "¿Qué quieres que haga contigo?"

"Escuche, doctor, no puedo volver a Vietnam. ¿Comprende lo que le digo?

"Comprendo lo que me dices, pero yo no puedo hacer nada. Estás más cuerdo que yo. Podrías estar llevando esta sala."

"No puedo volver."

"Tengo que hacerlo, lo siento." Firmó la orden para que fuera al puesto de reembarque a Vietnam.

Ordenaron a dos soldados que me escoltaran al puesto, y cuando estábamos a medio camino les dije: "Ya vale, sé dónde estoy. Ya he estado antes en Vietnam, así que podéis iros." En cuanto se fueron, volví a ser AWOL.

Así pasaron cuatro o cinco meses, hasta que me harté y decidí irme a Canadá.

★ ★ ★

El día que me licenciaron aterricé en el aeropuerto de Filadelfia. Llevaba dos filas y media de galones. Me sentía muy orgulloso: era sargento por méritos de guerra y me habían licenciado honrosamente. ¿Qué te parece?

Bajé del avión y fui al bar. Lo único que sabía hacer era beber. Pedí una Coca-Cola y una cerveza y me quedé allí con una sonrisa en el rostro. En una mesa cercana había un tipo con dos chicos y una mujer. Los chicos eran de mi edad —19 o 20 años.

"De vuelta con permiso", me dijo el tío.

"No, me acabo de licenciar."

"¿De dónde vienes?"

"De Vietnam."

"¿Cómo te sientes después de matar a todos esos inocentes?", me preguntó la mujer inesperadamente.

Llamé al camarero. "¿Puedo invitarlos a un trago?" Me sentía culpable. Yo había matado e intentaba enmendarlo como fuera.

"No aceptamos invitaciones de asesinos", contestó la joven.

Más tarde, ya en casa, me dijo mi hermano: "No lleves el uniforme." ¿Qué era toda aquella mierda? Deseaba llevar el maldito uniforme con mis galones. Estaba orgulloso de lo que había hecho: yo soy un rey. Aquello no me dolió entonces, pero me duele ahora.

★ ★ ★

Hubo muchos que quedaron perturbados de verdad. Cuando volábamos de Vietnam a Japón vi a un tipo en una camilla cubierto con una manta hasta la barbilla. Pensé que tenía alguna enfermedad contagiosa. Pero vi que llevaba barba. Nos pusimos a hablar y le pregunté: "¿Cómo los convenciste para que te permitieran dejarte la barba?"

El tipo experimentó un cambio radical ante mis ojos. Comenzó a desvariar. "¡Quieren cortarme la barba! ¡Pero no van a conseguirlo! ¡No paran de darme pinchazos! ¡No me gusta que me pinchen!" Chillaba cada vez más. Llegó uno de los enfermeros y lo inspeccionó bajo la manta. Iba esposado y atado con correas de cuero cerradas con candados. Le pusieron una inyección y cayó en una situación de estupor.

El enfermero echó una mirada a la ficha del tipo. Alguien le había llamado hijoputa y él cogió el cañón de una ametralladora M60 y mató a tres tíos a golpes.

Por eso, no pongo en duda que algunos volvieran psicópatas, pero fueron una minoría. ¿Por qué nos trataron a todos como si lo fuéramos?

Cumplí con mi deber, no hui al Canadá, no fingí estar loco para que me dieran un "Inútil total". Lo único que sabemos es que has matado a gente. Estás un poco extraño. No nos fiamos de ti, no del todo, porque has pasado por esa terrible y horrorosa experiencia. Hice lo que me ordenaron que hiciera y lo hice muy bien. Me jodieron bien, eso es todo.

★ ★ ★

A veces me pregunto que les ocurriría a aquellos tipos, aquellos que tenían heridas en la columna vertebral, o los que habían pisado una de esas minas que llaman Bouncing Betty: explotan y se te llevan por delante las piernas, el pene, el recto. Después de recibir eso, llevabas al tipo al hospital y le salvabas la vida,

pero si no quedaba paralítico, tenían que ponerle un ano artificial, o no podía tener relaciones sexuales y no podía tener niños.

Montones de muchachos se suicidaron camino de Japón o en un hospital de la Asistencia al Veterano. Sé de algunos que consiguieron meter de contrabando medicamentos en la sala del hospital para matarse antes de ser evacuados. Decían: "¿Cuándo parte el avión? Voy a decírselo a mis compañeros de unidad. Tienen que traerme las fotos. Tienen que traerme mis cosas."

"Bueno, no sale hasta las once, pero ya conoces el Ejército, eso querrá decir las doce o así." Esperaban a que les llegaran sus cosas y se suicidaban en el avión camino de Japón, especialmente los enfermos. ¿Qué chico de 19 años desea vivir así?

★ ★ ★

En 35 horas fui de Vietnam a San Francisco. Atrás dejaba un lugar donde uno se podía dar una ducha si le apetecía, aunque no servía de nada porque el agua estaba negra. La ropa limpia era un lujo y, si la conseguías, la guardabas para las ocasiones. Y allí hablamos un idioma muy distinto.

Nada más regresar a casa, entré en un bar, di un golpe en la barra y dije: *"Chicosan, bami-bam."* En los bares vietnamitas siempre había niños detrás del mostrador, porque todos los mayores de 17 años habían sido movilizados. *Bami-bam* era cerveza. El camarero me miró como diciendo: "¿Qué demonios pasa contigo?"

"Cumplí con mi deber, no hui al Canadá... Hice lo que me ordenaron que hiciera y lo hice muy bien. Me jodieron bien, eso es todo."

Sólo hacía cinco horas y media que había vuelto y andaba buscando un ligue. Tenía suerte, porque había vuelto con el pelo relativamente largo, así que no parecía el típico monstruo militar. Encontré a una chica en un bar, nos pusimos a charlar y la cosa funcionaba. Decidió llevarme a su casa. Cuando estábamos desnudos me vio esa fea cicatriz rojiza que tengo en el hombro y me preguntó de qué la tenía. Sin pararme a pensarlo, le dije que era una herida de metralla que había recibido en Vietnam. Me echó a patadas de la cama y de la casa. Aquello me dejó hundido.

★ ★ ★

Hubo un enfermero al que tuvimos que llevar desde la cantina hasta el extremo de la pista una y otra vez para que tomara el avión. Llegaba siempre un par de horas más tarde y lo perdía. "No lo entiendo, teniente, fui al servicio y cuando salí el avión se había ido." Tenía miedo de regresar.

Yo pensaba que era una especie de locura, pero cuando me llegó el turno, la semana antes de partir caí enfermo. En aquel momento no sabía que estaba relacionado con el regreso.

La reacción natural es desear vivamente volver a casa, salir de aquello. Pero, por mal que estuviera en Nam, allí sabía exactamente lo que podía esperar. Hacía 15 meses que estaba fuera de casa, lo cual, en cierto sentido, era agradable. Tus padres no podían controlarte, y aunque te escribieran cartas no era lo mismo. Nadie podía controlarte. Ni siquiera el Ejército. ¿Qué van a hacer, enviarte a Vietnam? Me daba más miedo volver a casa que seguir allí. Pero en poco más de un día dejé Vietnam, me licenciaron y me encontré en casa de mis padres desayunando.

Al principio de regresar, la gente me decía: "¡Oh, fuera de serie!, has estado en Nam. ¿Has matado a alguien? ¿Es verdad que hubo sífilis?" Yo empezaba a contestar: "Bueno, no fue realmente sífilis; fue algo difícil de tratar, pero..." Miraba a los que me rodeaban y veía que no me escuchaban. No tenían ganas de escuchar, ni siquiera esperaban a la respuesta.

Yo no sabía lo que era "biodegradable". Estábamos fregando la vajilla mi cuñada y yo. Acababa de lavar un tarro e iba a tirarlo cuando ella me dijo: "No lo tires a la basura, no es biodegradable." En el año que estuve fuera había perdido una parte de la cultura norteamericana.

Mi ciudad natal es una pequeña ciudad universitaria. La calle principal no es muy grande, pero, cuando no estás acostumbrado al tráfico, pierdes capacidad para calcular la velocidad de los coches. Yo me colocaba en el bordillo y veía venir los coches sin saber si tenía bastante tiempo para cruzar la calle o no. Así que esperaba a que no viniera ningún coche o cruzaba la calle corriendo como alma que lleva el diablo.

Las noches de los viernes era lo que peor llevaba. El viernes noche de aquí era como la mañana del sábado en Vietnam. Si tenías libre el día, ibas con los médicos a la leprosería donde pasábamos consulta y hacíamos operaciones. Los viernes por la noche estaba en casa y sabía que eran las ocho de la mañana, y los muchachos iban a coger el jeep y dirigirse a la leprosería. Iban a pasar la mañana trabajando y después las monjas iban a darles de comer. Luego irían a la playa.

La playa de la leprosería era preciosa, y muy tranquila. Charlie nunca nos molestaba allí, porque le daban miedo los leprosos. Uno podía tumbarse allí sabiendo que estaba casi tan seguro como es posible estarlo. El agua estaba caliente como en una bañera. Pero 24 horas y un par de cambios de fecha internacionales y cambió la cosa por completo.

★ ★ ★

Llegué a casa sobre las tres de la madrugada. Todos se levantaron a recibirme y después se volvieron a la cama a dormir. A las 8:30, cuando se iba a trabajar, mi padre me despertó y me dijo: "Oye, ahora que estás de vuelta, ¿cuándo vas a buscar trabajo?"

★ ★ ★

Siempre había oído que nos guardarían el puesto de trabajo para la vuelta. Cuando fui a mi antiguo trabajo, me dijeron: "¿Qué quieres? ¿Dejar a alguien en la calle? Tienen familias e hijos." Después de echarme su discursito, terminé trabajando en el almacén, en el puesto en que había empezado antes de irme; y eso sólo lo conseguí después de amenazarlos con llevarlos a juicio. Me dijeron que no podían reconocerme la antigüedad que tenía antes de irme hasta que pasara un año: la segunda semana del undécimo mes me despidieron.

Fui a la Asistencia al Veterano y les dije que necesitaba un trabajo o un subsidio. Me enviaron a una fábrica donde me pagarían el salario mínimo. Fui allí, pero era un lugar donde te chupaban la sangre, así que acabé sin trabajo.

Fui a la compañía eléctrica y me hicieron efectuar un reconocimiento médico. El doctor y yo estuvimos hablando, y cuando se enteró de que era veterano, me preguntó si había ido a Vietnam. Después de aquello, comenzó a reconocerme como si tuviera que tener algo mal. Mientras me tomaba la tensión, me levantó el brazo y comenzó a mirarlo detenidamente, desde el sobaco a la muñeca y por arriba y abajo.

CAPÍTULO 4 EL MUNDO

Estaba buscando marcas de pinchazos y con eso se me hincharon las narices. No iba a pasar por aquello. Les dije dónde podían meterse el trabajo. En la compañía telefónica me dijeron que me apuntara en la lista de espera y que no era culpa suya que en el Ejército sólo me hubieran enseñado a manejar un arma y no un oficio. Me apunté en la lista de espera para trabajos federales, para Correos, para guardia de prisiones. Terminé aceptando un trabajo de empleado en un parking. Desde el principio me lo dijeron: "Así que eres uno de esos veteranos. Bueno, pues aquí no hay privilegios porque hayas estado en Vietnam." Vaya, acababa de cruzar aquella maldita puerta y eso era lo que me tiraban a la cara. No entré allí pidiendo nada más que trabajo.

De modo que me compré un taxi sin licencia y alquilé otros tres. Los polis se pusieron tan pesados que terminaron retirándome el carnet de conducir. Por tanto, me puse a hacer lo que hacía la mayoría de los muchachos: me eché a la calle a llevar fulanas, a vender marihuana, coca... Tenía que sobrevivir. Tenía que ocuparme de mí y de mi familia.

★ ★ ★

Íbamos todos atados. Se figuraban que íbamos a hacer tonterías en el avión, lanzarnos a una ventana o sobre una enfermera. Pero ellos les inyectaban, te dormían automáticamente con morfina. Regresaban los psicópatas, los mutilados, los tipos que deseaban morir.

Estaba en un hospital de la Asistencia al Veterano cuando por primera vez oí decir a alguien: "Esos cabrones de Vietnam. Mira lo que están haciendo." Hombre, eso me afectó. Como si fuera culpable. Yo era un criminal. Tú me habías sentenciado a muerte. Y ésas eran las mismas personas que las que dejé hacía un año. He vuelto, pero no pertenezco a esto. Quiero volver a Vietnam. Me habría reenganchado, pero estaba lleno de heridas.. Este mundo me era ajeno, lo que hablaba la gente, lo que a la gente le gustaba.

ABAJO: *El comandante Floyd Thompson se reúne con su mujer tras 10 años de cautiverio..., el más largo soportado por un militar norteamericano.*

US ARMY

Cuando venía mi madre a verme, ella era una persona diferente. No la odiaba ni nada de eso, pero era otra persona. No podía comunicarme con ella, solamente mirarla. Si hablábamos, se acabó.

Este no es el Mundo. Señor, ¿cómo pueden hacerme esto a mí? ¿Cómo pueden devolverme a un mundo en el que no sé de qué hablan? Los Estados Unidos dicen una cosa. La gente dice otra. El presidente Nixon habla de la mayoría silenciosa. La gente está en las calles protestando. ¿Quiénes son los que protestan mientras los muchachos están en el Nam pasando un infierno físico y psíquico? Caminando durante el monzón, cuando llueve varios meses sin parar; cayendo víctimas de francotiradores; muriendo; pisando trampas explosivas; viendo cómo la jungla les pudre los pies; siendo comidos por las sanguijuelas... ¿Cómo pueden ellos decir que la guerra es injusta? ¿Cómo puedes abandonar el Nam y dejar a los muchachos en el campo de batalla o desaparecidos en combate?

> "No quería coger mi subsidio como soldado porque no quería que nadie supiera que era un veterano. Estaba avergonzado."

No es que pensara que eran antiamericanos, pero, hombre, nos estaban segando la hierba bajo los pies. Nos estaban apuñalando por la espalda. En general, los que luchaban por la paz no lo comprendían. El Ejército nos apuñaló por la espalda mientras estuvimos en el Ejército. Los pacifistas nos apuñalaron por la espalda cuando regresamos a Estados Unidos. El presidente Nixon nos apuñaló por la espalda. No dice más que ridiculeces. Henry Kissinger está hablando de paz y poniendo fin a la guerra. Esto es una basura.

Reanudé los estudios en septiembre, pero pagándolos de mi bolsillo. No quería coger mi subsidio como soldado, porque no quería que nadie supiera que era un veterano. Estaba avergonzado porque en Estados Unidos todos odiaban a los soldados por haber estado en el Nam. Estaba intentando esconderme.

Pensaba que si volvía a la escuela podría adaptarme, pero allí todos decían: "Esos jodidos soldados en Vietnam..." Los profesores movían la cabeza. "Es vergonzoso que esos soldados vayan a Vietnam a matar personas inocentes." Yo no decía nada.

Estaba allí sentado y sentí un chasquido en la cabeza. Lo único que veía era que estaba en el Nam y el profesor que estaba enfrente mío era un "amarillo". Me parecía un "amarillo", aunque ni siquiera era oriental. Pero quería matar a aquel hombre. "Tengo que matar a ese profesor." Mi mente me decía: "Mata a ese tipejo. Es un enemigo. ¿Qué hace en el campo de batalla?" Por la cabeza me llegaban los recuerdos como fogonazos.

Oía hablar a los chicos: "Lo que está pasando en Nam es una vergüenza. Unámonos al movimiento pacifista. Vamos a manifestarnos." Esos tipos intentan matar a la gente que es mi Mundo. Son enemigos. Voy a matar a esos hijoputas.

De regreso al Mundo, muchos veteranos cogían fusiles y empezaban a disparar a la gente. Lo puedo entender. No podían adaptarse. Nos arrojaron a un lugar donde teníamos que vivir sin estar entrenados para ello. Tendrían que habernos preparado para regresar al Mundo. A mí me llevó años comprender que soy parte de Estados Unidos.

★ ★ ★

BAJAS

Desperdiciados.

"Después de una crisis, te quedabas deshecho."

"Dios santo, destrozamos a los 'amarillos'."

"Aquella droga me consumió."

"A Geezer lo destrozaron en alguna colina."

"¡Qué despilfarro!"

En Vietnam, Estados Unidos desperdició norteamericanos de manera sorprendentemente variada. Y, cuando regresaron, fueron igualmente desechados, como platos de papel sucios después de una merienda. Fueron soldados de usar y tirar, hombres y mujeres tratados como tantos desperdicios humanos cuyo destino es ir a la basura.

La guerra de Vietnam dejó en mi generación una herida que aún no se ha curado. Se ha cerrado, pero está dolorosamente infectada. Cuanto más tiempo la ignoremos, más grave se hará la infección. Sin embargo, el proceso de curación parece sencillo. No tenemos más que reabrir la herida, echar fuera el pus hediondo, lavarla y mantenerla limpia hasta que volvamos a estar curados.

★ ★ ★

A veces esta cabeza de superviviente concibe la idea, y voy a decirle a la gente: "Pero es que no entendéis. No entendéis lo que estáis haciendo a los demás cuando lo jodéis todo de esa manera. No comprendéis que esa estupidez vuestra, esa estupidez consciente y deliberada, esa distorsión de la verdad, esa deliberada falta de honradez, hacen daño. Dejadme que intente haceros comprender que cuando actuáis así ponéis en peligro la vida de otros. Es absurdo. A mí no me importa si estamos en el frente con un M16 en la mano o si estamos en América con un talonario de cheques en la mano. Es lo mismo."

Me irrita mucho ver que la gente obra mal conscientemente. Me sale mi lado cruel. Es necesario erradicar sin piedad a todos los estúpidos del mundo, porque ponen en peligro la vida de otra gente.

"En general, disfruté en Vietnam. Fue la parte más intensa de mi vida. Disfrutaba de la anarquía que imperaba allí, ya sabes, a tu aire. Nadie te importunaba."

No sentiría nada de esto con tanta pasión si no hubiera sido por Vietnam. Sería probablemente tan insensible como el resto, porque estaba puñeteramente bien preparado para ello. Probablemente habría sufrido una crisis nerviosa a los 44 años, de la que no me habría recobrado. Yo sé que gracias a mi experiencia soy más sensato que lo que he sido en toda mi vida o lo que habría sido si mi vida hubiera seguido el camino que tenía trazado.

En Vietnam descubrí también que la gente es capaz de mucho más de lo que pensamos de ella. Me irrita ver que la gente puede hacerlo mejor y no lo hace porque no le importa de verdad. No veo que no haya motivo para no tratarlo como si fuera importante. A mí sí me lo parece.

★ ★ ★

Todavía sueño con ello. Mi esposa me oye gritar en medio de la noche. Lo juro por Dios, a veces es muy real. Siento como que estoy en el sueño y que no puedo despertar. Tiene que ser un sueño. Pero, Dios Todopoderoso, está aquí otra vez. He vuelto a Vietnam, es mi tercer período y sólo faltan dos meses más. Entonces, vuelven a dispararme otra vez, vuelvo a caer herido. Mi fusil no funciona y entonces no tengo fusil: estoy solo sin nada con qué defenderme y esos jodidos "amarillos" vienen a por mí... Me dan dolores de cabeza y manías.

"A mí no me importaba el dinero. Hacía las cosas por un simple apretón de manos. Necesitaba la inyección de adrenalina."

En general, disfruté en Vietnam. Fue la parte más intensa de mi vida. Disfrutaba de la anarquía que imperaba allí, ya sabes, a tu aire. Nadie te importunaba. ¿Sabes lo que es ir por la carretera con 12 hombres armados hasta los dientes y que si alguno te dispara lo pasará mal? Vives cada minuto. Estás con tipos que realmente se ocupan de ti, puedes confiar en ellos. Lo eché mucho de menos cuando volví. Eso se aprecia de verdad ahora, cuando la sociedad no para de joderte.

Cuando regresé hice un montón de atracos, porque necesitaba esa *cosa*. No me preocupa eso de qué pasa si te disparan. Mierda. A mí me han disparado. Estar en apuros no me preocupa. Eso es algo grande. ¿Cómo puede ser malo?

Los muchachos con los que trabajaba eran también veteranos, una verdadera locura. Hay montones de pandillas de psicópatas, de pistoleros, metidos en esto, y todos son antiguos infantes de Marina como yo. Lo hacen porque no pudieron dar el salto cuando volvieron a la vida civil. No encontraron el camino de vuelta a la sociedad, así que se quedaron fuera. A mí no me importaba el dinero. Hacía las cosas por un simple apretón de manos. Necesitaba la inyección de adrenalina.

Era como estar de nuevo en Nam: tenía la posibilidad de recibir un tiro y tenía la posibilidad de disparar contra otros. Eso era lo único que sabía. No me daba miedo morir. Menos si iba a morir a los 23; me figuraba que seguía teniendo ventaja en el juego, porque yo no debía de haber sobrevivido a los 19 años, cuando estuve en Vietnam. Así que en América estaba jugando

ABAJO: *La ceremonia del regreso. Pero era en el año 1985... Tanto tiempo tardó Estados Unidos en honrar a sus veteranos.*

F. SPOONER PICTURES

a la ruleta rusa con mi vida, corriendo hacia la muerte sin siquiera saberlo.

De vez en cuando, especialmente en la cárcel, me pongo a pensar en ser libre y Vietnam vuelve a mí en cuadros muy vívidos. Recuerdo a chicos del pelotón y digo: "¿Qué les habrá ocurrido?" Después me pasan por la cabeza algunos tiroteos y me imagino al tipo herido y muerto en Vietnam. Era todo tan caótico que ni siquiera recuerdo al tipo que murió hace diez años. *Boom-boom-boom, bang-bang-bang*. Transmitir los informes de bajas. Esperar a que vuelvan a arrojarnos mierda encima otra vez. Y volvían. Era como un juego de locos: te ponían en la línea de salida y el juego se llamaba sobrevivir. Todos estaban fuera de sí y a nadie le importaba. "De acuerdo, tío, aquí estás 13 meses y puedes hacer lo que quieras mientras continúes vivo. Pero recuerda, a nadie le importa un pijo si mueres o sigues vivo." Lo verdaderamente atroz de Vietnam no fue el combate. Lo verdaderamente atroz para mí fue que el pueblo norteamericano no apoyaba a sus soldados.

★ ★ ★

Lo que de verdad eché de menos al volver a Estados Unidos fue al norteamericano con agallas. Estoy seguro de que en el Sur todavía siguen siendo norteamericanos. Cuando miro a mi alrededor y veo los robots en que se han convertido los norteamericanos, se me ponen los pelos de punta. Me encantaría que un ejército extranjero invadiera este país y se cargase a unos cuantos para meterlos en cintura. Así de mal me hacen sentirme ciertas cosas —como la forma en que se malograron tantos jóvenes—. Deja solamente que algunos lo prueben, tío.

Yo fui policía, y cuando me veía envuelto en una refriega, para mí era como una batalla. Estoy en el Nam. Los otros me decían: "Eres muy violento. ¿Qué es lo que anda mal? ¿Qué pasa contigo? ¿Qué sucede? No estás aquí para cargarte a la gente. Relájate." Pero lo que me pasaba por la cabeza es que estaba en el Nam. Durante un minuto simplemente se me iba la cabeza y ya estaba en el Nam. Siempre que oigo tiros y veo fogonazos vuelvo allí, incluso ahora, después de todos estos años. Y te estoy hablando de unos 11 años.

"Lo verdaderamente atroz de Vietnam no fue el combate... Fue que el pueblo norteamericano no apoyaba a sus soldados."

Mi esposa no lo comprendía. Me aparté de ella, simplemente desconecté. Yo no tenía ningún tipo de sentimientos ni nada. Comencé a caer en una depresión. Después, murió mi hija, creo que estaba afectada por el Agente Naranja. Recuerdo cómo lo esparcían, la nube que levantaban según cruzaban el campo.

Cuando nos sacaron de Vietnam tenían que habernos metido en un campo de tiro: la primera semana te dan 1.000 balas, la siguiente 500. Como con las drogas, desengancharnos lentamente. Pero simplemente me enviaron a casa y me dijeron: "Muy bien, ya eres normal otra vez. Adelante."

El Cazador ha sido la primera película sobre Vietnam que he visto. Estaba con una chica y la verdad es que entré porque pensaba que era una película normal, como *Los Boinas Verdes* de mi actor favorito, John Wayne, que había visto en la televisión. Aquello no era Nam. Me hizo reír. Pero *El Cazador* era otra historia.

"Estoy otra vez en Vietnam", me dije. "Estoy otra vez en Vietnam." De pronto hay un tiroteo en la pantalla, y si hubiera tenido un arma en la mano habría comenzado a disparar. ¿Puede imaginarse que hubiera abierto fuego sobre el público de la sala? Los polis entrarían y me dirían: "Muy bien, te vamos a meter en la jaula." ¿Puede imaginarse que yo les dijera que pensaba que estaba de nuevo en Vietnam?

Hablo en serio, aquello me desgarraba. Me acurruqué detrás del asiento; luego me arrastré hasta el pasillo y salí al exterior a cuatro patas. Ya no me daba cuenta de que era una película, había vuelto a la guerra y eso era lo que tenía que hacer. El juez me miraría y me diría: "No, no creo que estuvieras de nuevo en Vietnam. Encerradlo."

Tengo 33 años y estoy fuera de Vietnam desde 1969. Si fuera a ver una película como ésa y tuviera un arma en las manos, reaccionaría como si estuviera en el Nam. De tal modo me afectó. No puedo controlarlo, aunque lo intento. Quizá debería seguir algún tipo de tratamiento psiquiátrico. Sin embargo, a mí me parece que puedo funcionar normalmente, desempeñar un trabajo de policía. He tenido otros empleos. Tengo estudios superiores, pero cuando me ponen delante una película como ésa me hace sentir que estoy en el Nam y no sé la razón.

★ ★ ★

No sé cómo llegamos a aquello. Le dije al tipo de la caravana de al lado que había estado en Vietnam y quiso ver las fotografías. No tomé más que unas cervezas, dos o tres tal vez. Comenzamos a mirar el álbum y de pronto me puse fuera de mí. Empecé a cagarme en todo, golpeé a mi mujer en la cabeza con una botella de cerveza y arrojé a aquel tipo fuera de la caravana.

ABAJO: *Incapaces de adaptarse a la vida del Mundo después de Vietnam, muchos veteranos se retiran a lugares apartados.*

F. SPOONER PICTURES

Llamaron a la poli y me pusieron a un par de ellos a cada puerta de la caravana; y tuve suerte, porque lo normal es que me hubieran sacado de allí por la fuerza. Pero yo les dije: "Mantened vuestras puñeteras jetas fuera de aquí." Tenía varios cuchillos de carnicero en cada mano y los amenazaba con darles una cuchillada. Les dije: "No váis a entrar aquí. Ni pensarlo."

★ ★ ★

Habían desenfundado las armas, pero no dispararon. Llamaron a una ambulancia, y el conductor fue tan insensato que entró en donde yo estaba. En cierto modo, me hizo volver a la realidad. "Mira, tío", me dijo, "si no vienes conmigo los polis van a sacarte. Y no saldrás en una sola pieza". Entró decidido a la caravana. Era un tipo con agallas.

Me tuvieron en un sanatorio mental un par de días, pero vieron que yo estaba tan bien como cualquiera de los de afuera. Únicamente tenía mucha ansiedad acumulada y la soltaba en cuanto podía. El psiquiatra me dijo: "No te pasa nada, simplemente estás un poco sobreexcitado e hipertenso."

"Sí, ya lo sé". Me ponía fuera de mí siempre que veía las fotografías de aquel álbum. Se me iba la cabeza y no sabía lo que sucedía. Pero sólo duraba un rato.

★ ★ ★

Fui a un mitin en memoria de los soldados muertos en la guerra de Vietnam. Yo nunca había protestado ni me había sumado a nada, estaba simplemente intentando descubrir lo que me había ocurrido a mí mismo. En el mitin había políticos y activistas de todo tipo, pero toda la gente por entre la que pasaba estaba emborrachándose. Iban animándose unos con otros. Solamente los organizadores parecían interesados, los demás estaban pasándolo bomba en la reunión o estaban vendiendo toda clase de porquerías para sacar dinero, así que me largué. No podía entenderlo: a aquellos tipos no les importaba un pijo los muchachos que murieron en Vietnam.

> "Quedé sorprendido porque no sabía que perdíamos la guerra. No íbamos perdiendo mientras estaba allí."

Yo no estaba a favor de la guerra, deseaba que se acabara. Sabía que las cifras de bajas eran ridículas. Estaba harto de la maldita guerra y deseaba un final de verdad con alguna justificación para todos los hombres que habían muerto. Y sin embargo continuaba. "Mierda", pensaba, "tenían que habernos retirado de allí en el 65. Si no iban a resistir, ¿por qué no nos sacaron de allí en el 65?"

Contener el comunismo era sólo un 5 % de las razones de la guerra. Generar capital para las empresas era el 41 %. Había muerto el "prometo lealtad a la bandera", ahora había que prometer lealtad a la Dow y la Monsanto y todas las grandes empresas.

Eso hizo añicos la imagen que yo tenía de Estados Unidos, de la libertad y la democracia, del mundo en que vivimos, y todos los ideales por los que había ido a Vietnam. El sacrificio era una mentira. La guerra era un fraude. Volví a examinar lo que me decían de que era un asesino y empezaba a pensar que posiblemente lo hubiera sido. Yo era completamente insignificante, excepto para ser utilizado. Aquello me producía más que depresión: no quería formar parte de este planeta, de esta podredumbre.

Me tomé 30 pastillas de Seconal, un tubo de aspirinas y un puñado de mierdas de ésas. Luego llamé a todos mis conocidos para despedirme de ellos. Era mi última súplica de ayuda, para que alguien me dijera que yo tenía algún valor. Un par de veteranos vinieron a por mí, y de no haber sido por ellos no estaría aquí ahora. Al día siguiente estaba furioso por seguir vivo. Me enfadé con ellos por salvarme.

La guerra no ha acabado para nosotros y no acabará hasta que alguien asuma de verdad sus responsabilidades: el gobierno federal y las empresas químicas.

★ ★ ★

Mis únicos amigos de verdad son los veteranos. Son mis amigos íntimos, porque sé como mínimo que ellos estarán en la trinchera conmigo y no se quedarán dormidos encima de mí. Cuando miro a los demás hombres, me parecen unas puñeteras vírgenes. Ellos no pasaron por aquella conmoción y aquellas penalidades. Aquello te deja marcado.

Soy un buen camarero, pero lo odio. Como soy el conciliador que soy, no importa quién entre, enseguida veo quién se merece un puñetazo en los morros. Uno intenta meterse con la chica de otro y, de pronto, vuelvo a estar en combate. La única diferencia es que no llevo armas y que si muelo a alguno a palos, enseguida aparece la policía. Así que, ¿para qué? Llevo el bar por dinero. Soy un hipócrita, tengo un "master" en hipocresía. Pero, si quieres sobrevivir, es necesario.

★ ★ ★

Tenía un dolor terrible en el hígado y, como ya no podía soportarlo más, fui a la Asistencia al Veterano. Me internaron y me tuvieron allí unas cinco semanas. Me quitaron el bazo, la vesícula y el apéndice, porque estaban inflamados, según me dijeron. Después de la operación me sentí psicológicamente mejor durante una temporada, pero no conseguí mejorar y todavía ahora sigo jodido.

Yo lo achaco a que en Nam me rociaron ocho o nueve veces con el Agente Naranja. Nunca antes ha visto nadie una enfermedad como la mía, que acaba con todos los órganos de mi cuerpo. Me digo para mí mismo: "¿Qué diablos me pasa? ¿Por qué tenía que ser yo el único en América con esta maldita enfermedad? ¿Dónde la cogí? ¿Quién me la contagió? Si yo la tengo, algún otro tendrá que tenerla también, ¿no? Yo no me invento las enfermedades, de veras."

Por tanto, lo achaco a mi exposición continua al herbicida. He ido a reclamar, pero la Asistencia al Veterano rechaza por todos los medios mis pretensiones, porque se ha dado cuenta de que el asunto puede traer cola. Si le pagan a uno, se encontrarán con que ningún veterano de Vietnam se encuentra muy bien. No tiene cura. Es una situación mala de verdad.

★ ★ ★

Al volver a América me quedé sorprendido no por el hecho de que a ninguno le importase lo que pasaba allí, sino porque ni tan sólo hablaban de ello. Quedé sorprendido porque no sabía que perdíamos la guerra. No íbamos perdiendo mientras estaba allí.

★ ★ ★

Me siento mejor cuando hablo de Vietnam y voy echando cosas fuera de vez en cuando. No se puede guardar todo dentro. Si está dentro, está dentro y me acompañará el resto de mi vida, pero voy consiguiendo distanciarme. Llegas a sentirlo: "Dios mío, tengo que hablarle a alguien sobre todo esto."

Al principio no hablaba de ello, pero después fui relajándome un poco y decidí que no tenía sentido ocultarlo. Si lo oculto, los

F SPOONER PICTURES

ARRIBA: *Apodados "tropieza-alambres" por las trampas explosivas del Vietnam, algunos veteranos simplemente no pueden afrontar la vida en la ciudad.*

demás pueden pensar que hay algo que no marcha. Hay cosas de las que da miedo hablar porque no se sabe lo que puede ocurrir al decirlas. Como lo de dar patadas en el estómago a mujeres embarazadas y arrebatarles los niños a las "mamasan" mientras los acunan para dormirlos, cantando y todo eso, o llevarse a "papasan" porque se muere y ayudarle un poco levantándole la tapa de los sesos con un 45... No importaba un pijo, pertenece al pasado. Te vuelve majara, eso es lo que te produce. A mí no me avergüenza decirlo, ya lo he hecho antes. No estuve demasiado orgulloso de mí mismo durante una temporada, pero esas son cosas que he hecho yo. Era precisamente para lo que nos mandaron allí. Vosotros, cabrones, queréis que mate a alguien y yo lo mato. Mato todo lo que puedo: pollos, perros, cualquier cosa. Lo he hecho.

Sin embargo, es una pena toda aquella locura, porque yo encontré allí a mucha gente decente. Para mí fueron personas decentes: ellos protegían mi vida y yo protegí la suya.

★ ★ ★

Lo que resultaba más peliagudo de aceptar era el hecho de que pasarlo —sobrevivir— fuera probablemente la única parte de la experiencia que mereciera la pena. No fue el ir allí a salvar al mundo del comunismo o a defender la patria. De la supervivencia era lo único de la única cosa de la que podías obtener alguna gratificación.

★ ★ ★

La ciudad en donde vivo ha acogido a algunos refugiados y *boat people*. En nuestro periódico local salen un montón de artículos como "Ésta es la última familia de *boat people* que hemos rescatado de las garras de la muerte".

A veces me resulta muy difícil. Unas casas más allá de la mía viven varios niños vietnamitas que saben que soy un veterano. Al principio me tenían miedo, aunque no sé por qué. Quizá porque voy en una silla de ruedas, puesto que a los niños, cuando no son todavía bastante mayores para sentir curiosidad, el hecho de verte en una silla de ruedas los asusta.

Conocí al pueblo vietnamita, viví entre ellos y tuve experiencias comunes con soldados vietnamitas igual que con norteamericanos. Me parecían igual que nosotros, sólo que con diferente color y diferente cultura. También ellos aman a sus mujeres y sus hijos, y no son esos orientales inescrutables e insensibles que siempre nos han pintado: les dolía tanto la muerte de otro ser como a cualquiera de nosotros. Lo único que me hace sentirme mal es que no les diéramos a todos la oportunidad de salir de Vietnam si así lo deseaban antes de dejar que cayera. Pero fue inevitable.

★ ★ ★

Uno de los aspectos en que Vietnam más cambió mi vida es precisamente en el campo de la compasión, la ternura y la preocupación por los demás —el interés profundo por el ser humano—. Vi entre los hombres en Vietnam más capacidad para la comprensión, la delicadeza y el amor que lo que nunca antes había encontrado en toda mi vida.

Después vuelves al País del Gran Economato y todo es como de costumbre. Los hombres son masculinos al modo tradicional, pisándose unos a otros para subir los primeros, no con una crueldad sincera, sino con sensiblera masculinidad.

Eso es algo a lo que es más difícil adaptarse: a reingresar en el mundo en el que tuviste que vivir desde la niñez, pero después de haber pasado una experiencia que te ha enseñado un plano de la existencia que nunca habías imaginado por tu cuenta. Has descubierto en ti mismo una capacidad para la compasión que nunca creíste que existiera. Has sufrido heridas más hondas que las que pensabas que podías resistir.

Al regresar ves a tu alrededor un puñado de personas que no desean escucharte. Y tienes que enfrentarte a esa gente, sin ganas de tratarlos diariamente con las dosis de crueldad y compasión precisas.

★ ★ ★

Echo de menos los ruidos nocturnos de Vietnam, de los helicópteros aterrizando y despegando, y de nuestras descargas de fuego —no las que recibíamos, aunque hasta ésas eran emocionantes—. Los sonidos son singularmente intensos. El poderío de un gran cañón cuando dispara o cuando un proyectil cae en tierra, el sentir en la cara los gases que expulsa... De vez en cuando, de una manera insensata, al pensar en Vietnam desearía poder estar allí; una hora nada más y que luego me trajeran de vuelta. Quizá simplemente estar allí para desear regresar aquí de nuevo.